

PORTUGAL Y CEUTA: UNA HISTORIA COMÚN (1415 - 1668)



I JORNADAS DE HISTORIA DE CEUTA

**I JORNADAS
DE
HISTORIA DE CEUTA**

**PORTUGAL Y CEUTA: UNA HISTORIA COMÚN
(1415-1668)**



**INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES
CEUTA 2009**

© EDITA: INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES

Apartado de correos 593 • 51080 Ceuta

Tel: + 34 - 956 51 0017

E-mail: iec@ieceuties.org

www.ieceuties.org

I Jornadas de Historia de Ceuta.

Portugal y Ceuta: Una historia común (1415 - 1668)

Ceuta, del 9 al 12 de diciembre de 1997

Cubierta: Mosaico de la Pousada de Sagres. Simón Chamorro Moreno.

1ª Edición 2001

2ª Reimpresión 2009

Comité editorial:

José M.^a Campos Martínez • Alberto Weil Rus

José Luis Ruiz García • José Antonio Alarcón Caballero

Vocal de publicaciones:

Álvaro Velasco Aured

Diseño y maquetación:

Enrique Gómez Barceló

Realización e impresión:

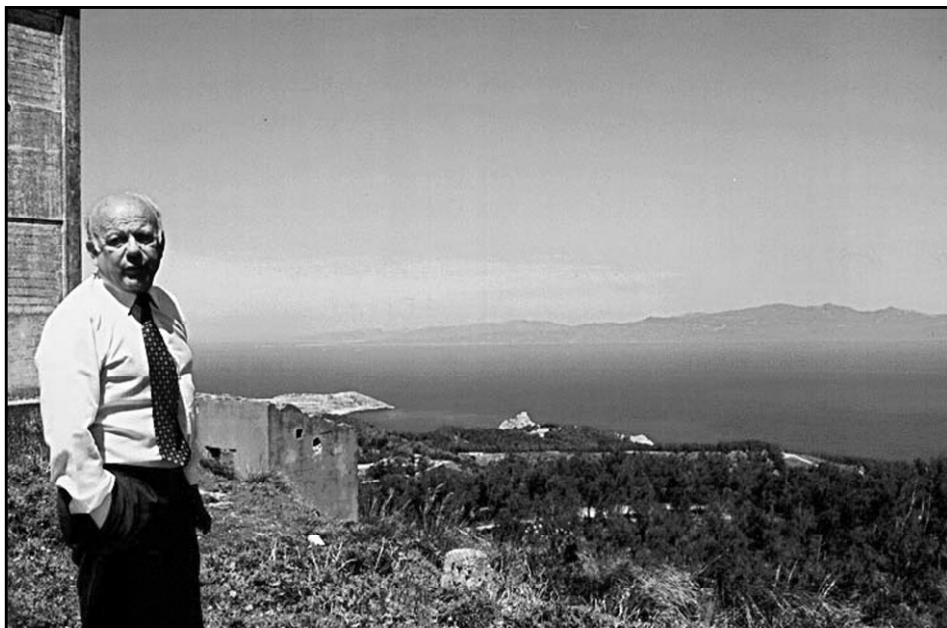
Gráficas San Pancracio, S. L. - Málaga

ISBN - 978-84-930502-9-0

Depósito Legal: CE- 14/2009

**PORTUGAL Y CEUTA: UNA HISTORIA COMÚN
(1415-1668)**

DEDICATORIA



Alberto Baeza Herrazti (1927-1998)

Miembro numerario del Instituto de Estudios Ceutíes desde 1978

Vocal de la Junta Rectora del Instituto de Estudios Ceutíes entre 1989 y 1992

Vocal de publicaciones del Instituto de Estudios Ceutíes entre 1992 y 1997

El Instituto de Estudios Ceutíes no puede olvidar, al publicar estas actas de las *I Jornadas de Historia de Ceuta*, dedicadas a *Portugal y Ceuta: Una historia común (1415-1668)*, a quien fuera uno de sus más destacados promotores, a quien queremos dedicárselas:

Alberto Baeza Herrazti

Nuestro compañero fue, sin duda, brillante orador y escritor dedicado en todos sus ratos de asueto al estudio y divulgación de la historia de Ceuta pero, del mismo modo, fue su período de especialización el largo espacio de tiempo en el que nuestra ciudad fue parte de Portugal, tanto con el reinado de los monarcas de la casa de Avís como con los de la de Austria. En sus últimos años, inclusive, había continuado sus investigaciones para sumergirse en los vericuetos de la expansión lusitana, tanto en Africa como en América o Asia.

Generoso siempre, hasta el último minuto puso sus conocimientos a disposición de los demás, dejándonos entre sus trabajos en prensa el ya editado por nuestro Instituto dentro del Homenaje al Dr. Carlos Posac Mon y ahora la brillante conferencia que, bajo el título *Ceuta lusitana* pronunció durante las *I Jornadas de Historia de Ceuta* en diciembre de 1997.

Ningún homenaje mejor que el impreso para un investigador, coleccionista de impresos y grabados, bibliófilo y editor de obras propias y ajenas. Sea.

Alberto Baeza Herrazti

(1927-1998)

Alberto Baeza nació en Ceuta el 21 de julio de 1927. Su padre, José María Baeza Huesca, había llegado a la Ciudad años antes para hacer el servicio militar y, aunque era natural de Monóvar, en Alicante, venía de Argelia, en donde junto a sus hermanos había tratado de encontrar nuevos horizontes. Quizá a ese afán aventurero y emprendedor contribuyó también M^a Natalia Herrazti Gamio, una cubana de innegable origen vasco.

La infancia de Alberto se vio sacudida por la II República y la Guerra Civil Española que llevaron a su padre, ante el cierre del Colegio de los Agustinos, a internarlo en los franciscanos de Tánger, en dónde continuó forjándose su carácter independiente y abierto a todo lo que le rodeaba. Con posterioridad culminó sus estudios de Comercio en la tierra de su familia materna, dónde comenzó a escribir sus primeros artículos, concretamente crónicas taurinas.

De vuelta a Ceuta, Alberto se incorpora al negocio familiar. Una gran empresa que tenía varias sucursales en otras ciudades pero que había conseguido consolidar un importante mercado en el Protectorado Español en Marruecos. Conseguida la Independencia de aquel país, la firma sufre una crisis importante, siendo él la cabeza y el motor que trazaría sus nuevos horizontes.

Alberto Baeza forma parte de ese grupo de ceutíes que tomaron las riendas de sus empresas familiares en un momento de desesperanza, de reducción de perspectivas y que no sólo fueron capaces de reflotarlas y llevarlas a cotas mucho más notables a las que habían llegado, sino que, además, no renunciaron a mantener sus centrales en la ciudad en la que nacieron, en Ceuta.

La naturaleza inquieta de este hombre, sus ganas de saber y de hablar con propiedad de lo que le rodeaba le llevaron a interesarse por la historia de Ceuta y de su entorno inmediato, en especial de Marruecos. En sus viajes de negocios por España, Marruecos y Portugal comienza sus adquisiciones de libros y compone la que durante muchos años ha sido la biblioteca más importante, cualitativa y

cuantitativamente, en esos temas que había en Ceuta. Sus estudios se traducen en planteamiento de iniciativas, de proyectos para la ciudad en general en el plano turístico.

Sus incursiones en el mundo público de la cultura se inician en 1954, al ser elegido vocal del Centro de Hijos de Ceuta. A finales de los años sesenta se funda el Centro de Iniciativas Turísticas, del que él será su principal impulsor lo que le servirá, años después de su fundación, a ingresar en el Instituto de Estudios Ceutíes.

Es entonces cuando comienza a publicar artículos de divulgación histórica, pronuncia algunas conferencias y pregones, en los que su estilo desenfadado y sus conocimientos le hacen destacar en el plano local, aunque para ello hay que entrar en los años ochenta.

A comienzos de los años 80 Alberto es nombrado Director de Publicaciones de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Ceuta, cuya colección abre su pregón de las fiestas de 1981 con el título “Evocación de Ceuta” al que seguiría en 1983 una edición del libro sobre “Jacinto Ruiz hijo de Ceuta, héroe de España” de Antonio Ramos y Espinosa de los Monteros y quizá su libro más conocido: “El Presidio de Ceuta”.

Cofundador del Grupo Aleo de investigación y promoción cultural, en 1983, Alberto pone en marcha una nueva colección de publicaciones cuyos títulos se duplican con la colección de la Caja de Ahorros. En ella se edita una nueva obra dedicada a Antonio Ramos y Espinosa de los Monteros con el título “Ceuta 1.900” y en gran formato dos títulos básicos de su bibliografía: “El aleo, bastón de mando de los comandantes generales de Ceuta” y “Bulas de Cruzada en la Reconquista de Ceuta”.

En la labor de investigación de Alberto hay dos constantes destacables: la primera la constituye su ámbito de estudio, que tuvo como preferencia todo lo que se refiere a Portugal y su presencia en el norte de Africa; la segunda es su fuente de información que no serán tanto los archivos como las bibliotecas y los libros.

Respecto a sus estudios sobre Portugal es conocido su trabajo en torno a la conquista de Ceuta, sus participantes y hechos más destacados que quedan confirmados en “El Aleo” y en “Bulas de Cruzada” aunque su última y quizá más importante aportación fue el artículo que bajo el título “Una fecha histórica para Ceuta: El 21 de agosto de 1415” envió a los tomos en homenaje al Dr. Carlos Posac Mon. Otros trabajos sobre la conquista, constantemente citados, son: “Gomes Eanes de Zurara y sus Crónicas sobre Ceuta”, “La Conquista de Ceuta en el “Diario” veneciano de Antonio Morosini” y “Ruy Díaz de Vega, un espía de Aragón en la Reconquista de Ceuta”, todos ellos publicados por el Instituto de Estudios Ceu-

tíes”. En los últimos años, agotando ya el tema, y siguiendo a algunos de sus autores preferidos como Zurara había continuado investigado otros territorios de dominio portugués en Asia, Africa y América.

En estos trabajos se ve ya su bibliofilia y gran conocimiento de la bibliografía lusa, de la documentación recogida y compilada en obras desconocidas para la investigación local hasta que él las da a conocer. En ese sentido fue también “Transfretana” la revista del Instituto de Estudios Ceutíes, la gran beneficiada, al publicarle la serie titulada “Bibliografía Histórica de Ceuta” en la que dio a conocer gran parte de crónicas e historias escritas sobre nuestra población, muchas de las cuales aún están por hallar y en cuya investigación dio a conocer sus últimos descubrimientos gracias al prólogo realizado para la “Historia de Ceuta” de Jerónimo de Mascarenhas que reimprimiera la editorial Algazara.

Por último, en su bibliografía no podemos olvidar su consecuente forma de defender las ideas y hallazgos de su investigación. Crítico y beligerante se muestra, por ejemplo, en sus artículos sobre la Autonomía de Ceuta y la Isla del Peregil o en su trabajo para el I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar: “La fundación de Ceuta y la fábula de Noé”.

Colaborador constante con las instituciones fue uno de los defensores de la instauración del día de Ceuta el 2 de septiembre, en recuerdo de la fecha en la cual Pedro de Meneses –quizá el personaje que más ha estudiado y más ha disfrutado Alberto– quedó solo al mando de la Plaza, al partir la flota lusa y el monarca, Juan I, hacia la metrópoli. El redactó un documentado informe de cuyo resumen se editaron miles de copias que se repartieron por toda la ciudad.

Alberto fue no sólo amigo de homenajear a personajes desconocidos, sino también a amigos. A él se debieron homenajes y peticiones de medallas para escritores locales como Luis López Anglada y Manuel Alonso Alcalde sin contar el apoyo que dio siempre a quienes comenzaban su labor como investigadores y escritores.

El 20 de diciembre de 1998 un infarto fulminante segó la vida de este hombre que horas antes subía los escalones de la calle Alférez Bayton de dos en dos, y hablaba con entusiasmo de cómo había resuelto las cartas a los Reyes Magos de sus nietos. Lleno de vida, tenía preparadas nuevas excursiones por Marruecos, como tantas veces había hecho años atrás. Este había sido su año. El que siempre propuso homenajes a los demás y que jamás los quiso para sí había sido nombrado Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia. No era el primer ceutí en la docta corporación, pero sí el primero que había tenido el privilegio de representar a la Ciudad en ella. Incluso había ido a tomar posesión de la prebenda y cuando homenajeábamos a D. Carlos Posac Posac por el otorgamiento de la Medalla de Oro de la Ciudad recalca que él había sido Académico

Portugal y Ceuta una historia común (1415-1668)

e Ilustrísimo antes que él, quien por cierto sería nombrado meses después para ocupar la otra plaza en la Real Academia.

Lamentablemente, la muerte le impidió disfrutar de tan merecido galardón y el 12 de mayo de 1999 le fue concedida la Medalla de la Ciudad, en su categoría de Oro, a título póstumo, que fue entregada a su viuda, D^a María Dolores Weil Sánchez, en presencia de sus hijos Ernesto, Alberto y Susana Baeza Weil.



SALUTACIÓN

Uno de los principales objetivos de la Dirección Provincial del Ministerio de Educación y Cultura en Ceuta, en el marco de sus fines de promoción cultural, es ofrecer a los ceutíes un acercamiento al legado de las diferentes culturas y pueblos que han forjado su identidad actual. Como punto de partida nos complacemos en presentar una serie actividades bajo la denominación "*Portugal y Ceuta (1415-1668): Una historia común*" que pretende dar a conocer la impronta que el reino lusitano dejó durante la Edad Moderna en nuestra ciudad.

La elección del período portugués como inicio de este ciclo viene motivado por una razón principal: por ser un período escasamente conocido a pesar de que durante éste se forjan las señas de identidad y los símbolos más significativos de Ceuta aún vigentes.

De cara a conocer estos acontecimientos se ha programado un ciclo de conferencias en las que, contando con investigadores de relevancia tanto españoles como portugueses vinculados al estudio histórico de este período, se ofrecerá una versión actualizada y rigurosa de la Ceuta lusitana. También se ha convocado una mesa redonda en las que se debatirán y matizarán aspectos del legado portugués en nuestra Ciudad.

Por último, una exposición complementaria del resto de las actividades, en las que se muestran objetos y aparato gráfico que ilustran la herencia portuguesa de Ceuta

Pedro José Gordillo Durán
Director Provincial del Ministerio de Educación y Cultura
Ceuta

**I JORNADAS
DE
HISTORIA DE CEUTA**

PRESENTACIÓN Y CONCLUSIONES

MANUEL CAMARA DEL RÍO

PRESENTACIÓN

Estas *I Jornadas de Historia de Ceuta*, a las que sirven de prólogo estas palabras, tuvieron su origen en la iniciativa del Director Provincial del Ministerio de Cultura en Ceuta, *D. Pedro José Gordillo Durán*, quien por aquellos días me propuso la organización de actividades de proyección cultural en el campo de la Historia. Mi experiencia me indicaba un cierto desconocimiento de nuestra larga historia por parte de un amplio sector de la población ceutí, a la vez que percibía un creciente interés por saber de ella. Por ello, sugerí centrar esas actividades en la historia local y, más concretamente, en el periodo que inicia la incorporación de la Ciudad al ámbito ideológico europeo-occidental en el que ha permanecido desde entonces, o sea, al periodo portugués de su historia. De ahí, el título elegido finalmente para las mismas *“Portugal y Ceuta 1415-1668: una Historia Común”*. Con posterioridad harían suya también esta propuesta inicial, tanto el Instituto de Estudios Ceutíes, como el Centro Asociado de la UNED en Ceuta.

Las Jornadas se perfilaron con un doble contenido: uno académico centrado en un ciclo de conferencias, y otro divulgativo basado en una exposición temática asociada. Por su parte, el aspecto académico se enfocó con una doble perspectiva: la aportada por historiadores ceutíes y, por tanto, españoles y la desarrollada por historiadores portugueses. De la perspectiva española-ceutí se encargaron el *Dr. D. Carlos Posac Mon* y *D. Alberto Baeza Herrazti*, ambos miembros del Instituto de Estudios Ceutíes, grandes eruditos y perfectos conocedores del periodo elegido. Además, en *D. Alberto* concurría en esos momentos un hecho especialmente entrañable, tanto para él como para todos los que gozábamos de su amistad: su ingreso en la Real Academia de la Historia como miembro correspondiente. Esta feliz circunstancia hizo que este hombre de extraordinaria vitalidad y elocuente oratoria diera a sus intervenciones una especial brillantez y profundidad que todos los asistentes a esta Jornadas recordarán vivamente.

Por su parte, la impronta portuguesa fue puesta por los jóvenes investigadores portugueses *D. Paulo Drumond Braga* y *D^a María Ribeiro Mendes Drumond*, ambos profesores de la Universidad de Lisboa. Estudiosos del pasado portugués de nuestra ciudad y, hace ya algunos años, becados por Instituto de Estudios Ceutíes, durante su corta pero intensa e importante actividad investigadora han atesorado

suficientes méritos como para ser nombrados miembros correspondientes del Instituto de Estudios Ceutíes.

La segunda vertiente pretendida, la expositiva, se concretó en la organización de una muestra de objetos del periodo estudiado y en la confección de unos paneles en los que se ilustraron diversos aspectos de la cultura de la época. Los materiales que compusieron la muestra —todos ellos procedentes de Museo de la Ciudad— fueron una selección de objetos domésticos de aquel periodo: vasijas, monedas, armas... y de símbolos: el aleo y el pendón. Los paneles, (un total de diez) se dividieron en dos grupos: el marco histórico y el legado. En el marco histórico se agruparon los siguientes epígrafes:

- Panel I: Crónica de los reyes y hechos que acaecen en la Ciudad durante su reinado
- Panel II: Portugal y la era de los descubrimientos.
- Panel III: Los personajes que influyeron en la Ciudad.
- Panel IV: Ceuta: organización de una ciudad de Ultramar I.
- Panel V: Ceuta: organización de una ciudad de Ultramar II.

Los paneles relacionados con el legado portugués en Ceuta se dividieron en los siguientes apartados:

- Panel VI: Los símbolos civiles: aleo, escudo, bandera, pendón
- Panel VII: Los símbolos religiosos: patrona, templos...
- Panel VIII: Las fortificaciones.
- Panel IX: Objetos de la vida cotidiana
- Panel X: Armamentos y guerreros.

Para la confección de los paneles se contó con la inestimable colaboración de *D. José Manuel Hita Ruiz*, *D. Fernando Villada Paredes* y *D. José Luis Gómez Barceló*, quien aportó grabados y fotografías de gran valor. También el maquetador de los mismos, *D. Alejandro Alcázar*, puso todos su empeño y dedicación al servicio de la muestra y por ellos debe ser justamente recordado.

Presentación y conclusiones

Las Jornadas se inauguraron oficialmente el día 9 de diciembre de 1997 con las intervenciones de rigor, a las que siguieron dos conferencias. El mismo número de comunicaciones ocuparon las actividades del día siguiente y el tercer día finalizaron las Jornadas con una mesa redonda en la que estuvieron presentes, además de los ponentes de los días anteriores, otros historiadores conocedores de aspectos específicos de la época, como *D. Alejandro Sevilla Segovia*, experto en temas religiosos y *D. Julio Contreras Gómez* en temática militar, al igual que el Consejero de Cultura de la Ciudad Autónoma como responsable del legado portugués en Ceuta. Las Jornadas fueron clausuradas oficialmente por el Excmo. Sr. Presidente de la Ciudad Autónoma de Ceuta, *D. Jesús Cayetano Fortes Ramos*, quien procesionó el histórico Pendón de la ciudad, lo que revistió a este sencillo acto de una gran emotividad.

De las conclusiones que se leyeron al final de las mismas y que a continuación se exponen, emanó el compromiso de hacer un reconocimiento especial a la figura histórica de *D. Pedro de Meneses*, sugiriéndosele a los responsables políticos de la Asamblea de la Ciudad autónoma de Ceuta la conveniencia de erigirle algún tipo de monumento en la Ciudad que recordara su figura. Asimismo, también se indicó la conveniencia de entablar relaciones de hermanamiento con ciudades portuguesas especialmente vinculadas con Ceuta, así como la de reconocer la importancia de este periodo histórico en la simbología actual de nuestra ciudad.

En el transcurso de las *Jornadas* pudimos comprobar que la premisa de partida era cierta, ya que el público se mostró ávido de conocer nuestra historia y, al mismo tiempo se corroboró el poco conocimiento que se tiene de nuestro pasado. Por todo ello, el Instituto de Estudios Ceutíes se comprometió a seguir el camino trazado en estas *I Jornadas de Historia de Ceuta*, organizando las futuras ediciones de la misma.

Manuel Cámara del Río

Responsable de las Jornadas y

Secretario del Instituto de Estudios Ceutíes

CONCLUSIONES LEÍDAS EN EL ACTO DE CLAUSURA CELEBRADO EL DÍA 12 DE DICIEMBRE DE 1997

Las *Jornadas* dieron comienzo el pasado día nueve, inaugurándose la exposición que acompaña a este evento con las palabras del Director Provincial del Ministerio de Educación y Cultura, *D. Pedro J. Gordillo*. En su intervención, justificó la necesidad de las mismas, destacando la frase “*un periodo escasamente conocido a pesar de que durante éste se forjan las señas de identidad y los símbolos más significativos de Ceuta, aún vigentes*”.

A continuación tuvo lugar la primera ponencia, desarrollada por el profesor de la universidad lusófona de Lisboa *Dr. D. Paulo Drumond Braga* y titulada “*Ceuta en el siglo XV*”. En ésta se analizaron los preparativos de la expedición que terminaría conquistando la Ciudad para la corona portuguesa, así como su devenir, sus causas y lo ocurrido en los primeros momentos de la conquista en la Ciudad. Aportó datos inéditos, provenientes de la historiografía portuguesa, sobre la vida en Ceuta durante ese siglo, centrándose en el análisis de las dificultades de los primeros años de la etapa histórica que se iniciaba: los cercos de 1418-19, la campaña fallida de 1437 y el problema de la restitución de Ceuta. Aspectos de la Ciudad, como el abastecimiento y aprovisionamiento, la población, la sociedad, sus habitantes, la economía, la administración, la defensa y la organización eclesiástica, la asistencia hospitalaria y beneficencia, formaron parte importante de su comunicación.

La segunda ponencia del día, titulada “*La Ceuta portuguesa*”, corrió a cargo del *Dr. D. Carlos Posac Mon*, Vicedirector del Instituto de Estudios Ceutíes. En ella se ofreció una visión general de la Ciudad durante el periodo portugués y se recrearon aspectos del urbanismo, la vida cotidiana, la sociedad de la época. Asimismo, la comunicación profundizó en algunos personajes relevantes de ese momento histórico que desarrollaron su actividad en el mismo espacio que lo hacemos hoy. De entre las figuras analizadas, destacó la del primer gobernador portugués de la ciudad, *D. Pedro de Meneses*, poniendo de manifiesto el papel fundamental que jugó en esa época y su escaso reconocimiento actual. Asimismo, se detuvo en algunas familias portuguesas de notable importancia en este periodo, como la de los *Correa da Franca* —uno de cuyos integrantes será ajusticiado en

la revuelta de 1640 que acabó con la unión castellano-portuguesa, por defender la legitimidad del monarca español, *Felipe IV*, como el verdadero rey de Portugal —o la familia de los *Guevara Vasconcelos*— uno de cuyos miembros llegaría a ser Capitán General de los ejércitos de Nueva Granada y rival del líder de la independencia *Simón Bolívar*. También analizó en profundidad las repercusión de los acontecimientos del año 1640 en Ceuta y desmitificó el polémico asunto del pretendido referéndum por el que los ceutíes optaron por la corona castellana, sosteniendo la tesis de que en la realidad se trataba de portugueses legitimistas, valedores del orden establecido, tesis que en la actualidad mantienen también otros historiadores.

El día 10 comenzó la sesión con la ponencia de la *Dra. D^a Isabel M^a. Ribeiro Méndez Drumond*, “*Vivir en Ceuta en el siglo XVII*”. En ella, al igual que en la primera comunicación del día anterior, se ofreció una visión desde la perspectiva de la historiografía portuguesa del siglo que nos ocupa. Describió cómo la ciudad se cerró sobre sí misma al construir las emblemáticas fortificaciones del Foso y las Murallas Reales y se detuvo en describir el sistema de puertas, de cierres y de llamadas de alerta a la población a través de las campanas. Esbozó la situación de inseguridad reinante y las soluciones adoptadas para hacer más llevadera la vida en Ceuta, ya que ésta se veía continuamente comprometida por el problema de abastecimiento y sus negativas repercusiones sobre la salud de sus habitantes. Resaltó que las condiciones de vida en Ceuta durante este siglo resultaron bastante más difíciles que las habituales en la península ibérica, pudiendo todo ello resumirse en la frase “*vivir en Ceuta parece haber sido una aventura fascinante y desoladora a la vez. Una aventura arriesgada pero inolvidable para todos los que pasaron por tal experiencia*”.

La última ponencia del día corrió a cargo de *D. Alberto Baeza Herrazti*, miembro del Instituto de Estudios Ceutíes y destacado historiador de la Ciudad. En su exposición, titulada “*Ceuta lusitana*”, expuso la situación del occidente europeo en la época y la importancia que tuvo Ceuta para el norte de África durante muchos siglos, como puerta de entrada al continente africano. Una de las principales ideas aportadas fue la inclusión de la conquista de Ceuta dentro del ámbito de la reconquista, fenómeno que marcó y caracterizó la política ibérica en los siglos anteriores. Afirmación que basó en la bula de cruzada otorgada por *Martín V, Romanus Pontifex*, para legitimar la reconquista de un territorio que anteriormente había sido cristiano, recordándonos que, ya en el siglo IV, existía en la Ciudad una importante comunidad cristiana, como lo atestiguan los restos de la basílica paleocristiana descubiertos en la Gran Vía. Asimismo, describió las causas y motivos de otra índole que propiciaron la conquista de Ceuta, deteniéndose también en reivindicar la figura de *D. Pedro de Meneses*, tal como ya realizó en su ponencia *D. Carlos Posac*. Igualmente, destacó la importancia de este periodo como origen

Presentación y conclusiones

de los símbolos actuales de la Ciudad, adornando su exposición con numerosas anécdotas sobre los mismos, y analizando el momento en el que se introdujeron. Por último, subrayó la importancia que tiene para cualquier comunidad el conocimiento de su pasado y el papel que cumple éste en el establecimiento de sus señas de identidad. Por otro lado, hizo hincapié en la importancia simbólica que tiene la conquista de Ceuta para el país hermano, Portugal, exponiendo detalladamente los hechos que avalan la afirmación anterior. Para finalizar, insistió en la necesidad de estrechar lazos con Portugal y en la conveniencia de promover hermanamientos con ciudades portuguesas que, como Lisboa, Oporto, Sintra, Santarem o Lagos, tienen estrechas vinculaciones históricas con nuestra ciudad.

CEUTA LUSITANA

ALBERTO BAEZA HERRAZTI

Miembro del Instituto de Estudios Ceutíes y

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

CEUTA LUSITANA

Con frecuencia se suele reprochar que España y Portugal han vivido casi siempre de espaldas, ignorándose mutuamente, pese a compartir una frontera de centenares de kilómetros y una misma península, un hogar común. Y esto ha sido cierto durante la mayor parte de su historia, aunque no faltaron intentos de unidad.

A principios del siglo XIX la pérdida de territorios y de prestigio que supuso la independencia de las colonias americanas, representó un evidente signo de decadencia, y la idea de la Unión Ibérica rebrotó de nuevo con fuerza como una solución capaz de devolver la relevancia internacional perdida y de fomentar el progreso económico.

El iberismo fue una idea compartida por algunos políticos e intelectuales de ambos países que propugnaban la unión política o, al menos, una estrecha vinculación y hermanamiento entre España y Portugal.

Pero las distintas ópticas partidistas de los epígonos del iberismo malograron las expectativas. Los de tendencia republicana apoyaban la idea de una sola nación englobando dos Estados; los de adscripción monárquica defendían una monarquía dual, a semejanza de la que recientemente se había establecido en Austria y Hungría. Nada de tal pudo concretarse, y después de estos intentos ambas naciones volvieron a ignorarse.

Pero si el popular dicho portugués "*De Espanha nem bom vento nem bom casamento*"¹¹ ya no tiene sentido, y la unión política tampoco, sí lo tiene fomentar la amistad entre ambos países, el calor humano, social y cultural.

Desde la más remota Antigüedad el Mediterráneo fue el eje de gravitación donde se desarrolló el comercio y la cultura de los pueblos clásicos. A partir del Descubrimiento de América ese eje pasó al Atlántico, y ahora estamos asistiendo a un nuevo desplazamiento de la hegemonía mundial hacia el Pacífico, con el triángulo Norteamérica, Asia y Australia.

Pero la cultura marítima mediterránea que durante siglos enriqueció su propia cuenca, quedó en la Edad Media dividida y bloqueada por dos poderes y dos mentalidades absolutamente contrapuestas: la Cristiandad y el Islam.

Se hacía necesario el empuje de un pueblo nuevo, con ideales expansionistas, que saltase más allá de las Columnas de Hércules en busca de un nuevo escenario en las vastas soledades atlánticas, en los mares abiertos e infinitos, sin límites ni referencias.

Este honor inmarcesible, este ímpetu expansivo hacia rumbos inéditos y desconocidos, le corresponde en primer lugar a Portugal, seguido más tarde por España.

En el siglo XV la pequeña Portugal se embarcó en una aventura marítima que le llevaría a protagonizar uno de los capítulos más relevantes de la historia moderna: la formación del primer imperio de dimensiones mundiales, con presencia en todos los mares hasta entonces conocidos.

El espíritu de cruzada, el afán evangelizador, y la ambición económica, la búsqueda de recursos materiales, fueron causas determinantes de esta expansión. Y las naves portuguesas se arriesgarán "*por mares antes nunca navegados*", en expresión de Camoens.

Pero como el espacio que se ofrecía a sus proas era demasiado grande y Portugal demasiado pequeño, no se podían seguir los esquemas de conquista y dominación plena del territorio como se hizo en la Península, y entonces la Corte portuguesa optó inteligentemente por poner en práctica el modelo utilizado por los pueblos comerciantes de la Antigüedad: ocupar una serie de puertos y enclaves estratégicos costeros que absorbiesen el comercio de sus contornos vecinos, y controlar los mares asegurando el cordón umbilical con la metrópoli mediante sus flotas guerreras.

Y el primer peldaño de este gigantesco esfuerzo, el primer eslabón de esta expansión prodigiosa fue Ceuta, y estimulados por el éxito inicial de Ceuta, la marea portuguesa se desbordó por todo el litoral africano, Alcazarseguer, Tánger, Arcila, Azemur, Safí, Mogador, Mazagán, Agadir, Arguim, San Jorge de Mina (la actual Ghana), Guinea, Sierra Leona, Congo, Angola, las islas de Cabo Verde, Fernando Poo, Santo Tomé y Príncipe, hasta doblar en 1487 el Cabo de las Tormentas por Bartolomeu Dias, cabo desde entonces bautizado de la Buena Esperanza por los buenos augurios que prometía, la posterior llegada de Vasco de Gama a las Indias Orientales en 1498 (cuyo V Centenario se va a solemnizar el año próximo), y el descubrimiento de Brasil por Pedro Alvares Cabral en 1500, como hitos relevantes.

Progresando en su política de asentamientos costeros los portugueses llegaron a poseer un rosario de unos cuarenta enclaves, fortalezas o factorías entre África y Asia, haciéndose dueños indiscutibles de las rutas comerciales del Antártico Sur y del Índico, donde contaron con establecimientos en Sofala, Mozambique, Ormuz, Goa, Mascate, Diu, Damao, Malaca, Macao, Timor, Sumatra y las Molucas.

Con frecuencia se ha reprochado también que España y Portugal han vivido de espaldas a Europa. Pero no debe de olvidarse que en los siglos medios dos acontecimientos trascendentales fueron causa determinante de este aislamiento: la invasión árabe y la era de los descubrimientos marítimos, con el enorme esfuerzo y dedicación que requirió la conquista de América y la expansión hacia Asia.

De todas las naciones europeas sólo España y Portugal sufrieron la invasión árabe, y fueron pioneras y máximas protagonistas de la expansión ultramarina. A causa de la invasión árabe, durante siglos España y Portugal fueron países de frontera, obligados a luchar por su supervivencia en progresión gradual hacia el Sur peninsular, en forcejeo constante con el invasor islamita.

La reconquista dejará un sello indeleble y será un elemento esencial en la formación de ambos reinos ibéricos, y su poderosa inercia resultará decisiva en la gesta de las conquistas y descubrimientos de ultramar.

Españoles y portugueses, imbuidos de una mezcla explosiva de ardor guerrero, celo apostólico y codicia material, saltarán los océanos y llevarán su impronta a los más lejanos confines.

Parece como si la Península Ibérica, siguiendo la imagen del escritor Saramago, se desgajase de los Pirineos y, convertida en una balsa de piedra, comenzase a navegar por los Océanos.

Y si es cierto que esta deriva nos impidió aprovechar en toda su plenitud los frutos del Renacimiento europeo, y tal vez incorporarnos puntualmente al tren de la revolución industrial, también es cierto que las epopeyas española y portuguesa cambiaron el concepto medieval del mundo, basculando la hegemonía secular del Mediterráneo hacia el Atlántico, configurando un universo con nuevas tierras, nuevos contactos y relaciones humanas, nuevos productos, recursos, ideas y conocimientos, y sembrando una semilla en lengua y cultura que va a tener primordial influencia modernamente en foros internacionales. Hace poco, un escritor recomendaba a las jóvenes generaciones: "*Lo que hay que saber en el siglo XXI es Informática, Inglés y Español*".

En lo concerniente a Portugal es evidente que esta asombrosa aventura de los descubrimientos cimentó su origen y ulterior desarrollo en una serie de circunstancias políticas y coyunturas favorables, y en un cúmulo de valores

humanos, sociales y religiosos, de tenacidad, fe y determinación, que encontraron perfecto encaje y definición en la nueva y pujante dinastía de la Casa de Avis.

Durante casi doscientos años la dinastía de Avis marcará el apogeo, el cénit, el período más brillante de la Historia de Portugal.

Desde don Juan I, el conquistador de Ceuta, elevado al trono en 1385, hasta el último soberano, el malogrado don Sebastián, que pereció masacrado en las llanuras calcinadas de Alcazarquivir el 4 de agosto de 1578, en la Batalla de los Tres Reyes, y con él los últimos alientos de la dinastía.

Desde los comienzos de su reinado D. Juan I instaurará la secular y decisiva alianza de Portugal con Inglaterra, fundamentalmente para precaverse de Castilla, consagrada y fortalecida mediante su matrimonio con una princesa inglesa, doña Felipa de Lancáster, de rígidas y puritanas convicciones. Como escribe un autor, cada dos años, con una puntualidad británica, doña Felipa alumbrará un retoño, y todos ellos formarán la brillante progenie sublimada por Camoens con su celebre frase de: "*Íncrita generación, altos Infantes*".

Una parte sustancial de la esmerada educación de los Infantes de debió, sin duda, a la influencia de su madre, que supo imbuirles sentimientos de religiosidad, compañerismo y sanas costumbres. La prematura desaparición de la reina, ocurrida en Odievaes en julio de 1415, a causa de la peste, fue un rudo golpe para los jóvenes Infantes, que nunca olvidaron su memoria.

Precisamente días antes de morir la Reina dispuso que le trajeran tres espadas ricamente guarnecidas que tenía preparadas para que con ellas sus tres hijos mayores fuesen armados caballeros cuando se conquistase Ceuta. En un acto conmovedor la Reina hizo entrega de las espadas a D. Duarte, D. Pedro y D. Enrique, y al propio tiempo les dió tres porciones de la sagrada reliquia del Santo Leño, exhortándoles a que no se separaran de ellas en su vida.

Don Duarte llevó su reliquia hasta la tumba, al punto que fue necesario rescatarla del sarcófago para entregársela a su esposa. De don Pedro consta que murió con ella en la trágica jornada de Alfarrobeira. Don Enrique, a sus 54 años de edad, le confesó al cronista Zurara que siempre llevaba aquella reliquia consigo. La conservó hasta la muerte, y fue un caballero de la Orden de Cristo, don Luis de Sousa Carneiro, quien la desprendió del cuello de su cadáver para entregarla al rey D. Alfonso V.

En una sociedad tan relajada de costumbres, sorprende también el alto concepto del honor y de la castidad que mantuvieron los Infantes. Según testimonios de sus preceptores y de los cronistas, "*don Duarte fue siempre casto hasta llegar al matrimonio*". Don Pedro "nunca tuvo trato carnal con ninguna mujer, salvo con

la propia". Don Enrique no sólo fue casto toda su vida, "*llevando continuamente cilicio alrededor de sus carnes*", sino que "*virgen le comió la tierra*". En cuanto al Infante don Fernando, que murió cautivo en Fez, inmolado como rehén en prenda de Ceuta, toda su vida "ayunó tres días a la semana, y siempre conservó la joya de la pureza".

No es de extrañar que tan insólitas convicciones y actitudes hicieran exclamar al cronista Zurara: "... *eran hombres con una maravillosa fortaleza*".

Pero al propio tiempo que esta sólida formación moral, los preceptores de los Infantes no descuidaron la preparación humanística y cultural de sus pupilos. Teniendo en cuenta la rudeza de la época, no es frecuente encontrar entre la realeza una familia con miembros ilustrados y con inquietudes culturales como los componentes de la primera Casa de Avis.

El propio rey fundador de la dinastía, D. Juan I, que a sus seis años era designado Maestre de Avis, desde tan tierna edad fue educado para dirigir esta importante Orden religioso-militar, recibiendo una completa instrucción eclesiástica, con buen conocimiento del latín y del derecho canónico, además de las prácticas militares propias de dicha Orden. Tradujo del latín al portugués un "Libro de Horas", y fue autor de un celebrado "Livro da Montaria", donde describe sus experiencias cinegéticas y técnicas de caza.

Del mismo modo que el puritanismo religioso de la Reina tuvo decisiva influencia en la educación moral de los Infantes, sin duda la sensibilidad del rey debió favorecer y estimular la formación humanística de sus hijos.

El Infante D. Duarte, que fue Rey solamente cinco años, pese al carácter melancólico y retraído con que generalmente se le presenta fue al parecer un hombre desenvuelto que destacó en el ejercicio de las armas y de las lides caballerescas, sin desmerecer en el terreno intelectual, culto, poseedor de una respetable biblioteca, habituado a la lectura y a la reflexión filosófica. Fruto de estas inquietudes es el "Livro da Ensinança de bem Cavalgar Toda Sela", escrito cuando todavía era príncipe, basado en sus conocimientos del arte de la equitación. Pero su obra fundamental es el "Leal Conselheiro", un notable tratado sobre filosofía moral y reglas de comportamiento.

El Infante D. Pedro fue también un hombre culto y preparado, buen latinista, muy dado al estudio. En su juventud realizó un largo viaje por varios países de Europa para conocer otros ambientes, y más tarde, durante diez años, entre 1438 y 1448, demostrando gran capacidad de estadista, fue Regente del Reino cubriendo la minoridad de su sobrino Alfonso, hijo del fallecido rey D. Duarte, que llegaría a reinar con el nombre de Alfonso V. Con el título "Tratado de Virtuosa Benfeitoria", el Infante D. Pedro adaptó del latín la obra "De Beneficiis", de Séneca.

Finalmente, el Infante D. Enrique, universalmente conocido con el sobrenombre de El Navegante, será el más famoso de los hermanos. Entusiasta impulsor de la empresa de Ceuta, este éxito le dio alas para erigirse en artífice de la expansión ultramarina portuguesa, a la que imprimió su genio místico y emprendedor, rara mezcla de idealismo religioso y de codicia material, animada por una determinación pragmática de descubrimiento y posesión. Cabría decir que el Infante D. Enrique adoraba por igual a Dios y al becerro de oro.

Siendo esencialmente un hombre de acción, no se conoce ningún trabajo literario de su autoría, salvo algunas cartas, una de ellas, fechada en 1457, tres años antes de su muerte, es interesante porque hace alusión a las expediciones náuticas que envió a la exploración de las costas africanas.

Y una vez hecho el esbozo moral e intelectual de los primeros componentes de la dinastía de Avis, vamos a centrarnos ahora en uno de los hitos más relevantes de los que fueron protagonistas: la reconquista de Ceuta.

Antes de la aparición del Islam, la religión cristiana estuvo firmemente arraigada en el norte africano. Casi todos los pobladores, y entre ellos los bereberes, eran cristianos. Entre los siglos III y principios del V llegó a ser tan floreciente el Cristianismo que en dichos territorios, dominados por los Romanos, se contaban más de doscientas sedes episcopales, entre ellas la "Septensi", y numerosos monasterios, templos y eremitorios. Demostración palpable de esta influencia es la aparición reciente en el núcleo urbano de Ceuta de los restos de una notable basílica cristiana datada en esa época.

La Iglesia norteafricana alumbrará personalidades cristianas tan eminentes como Tertuliano, Arnobio, Lactancio, Ciriaco, San Cipriano y el gran San Agustín.

En el siglo V se produce el alud vándalo, pero en el siglo VI el emperador bizantino Justiniano recuperará el litoral norteafricano, restaurará el culto católico, y elevará en Ceuta un templo a la Madre de Dios, que posiblemente pudo estar ubicado, a tenor de indicios literarios posteriores, en el mismo lugar de la actual Catedral.

Por consiguiente, cuando a principios del siglo VIII los árabes de Oriente llegan a las puertas de Ceuta, como umbral de Hispania, Ceuta era territorio cristiano, con Iglesias, como confirman los propios cronistas árabes, bajo la égida del Conde don Julián, gobernador cristiano feudatario de las potestades cristianas visigoda o bizantina.

En consecuencia, en función de sus raíces y antecedentes históricos, de la mentalidad y el derecho consuetudinario de la época, la recuperación de Ceuta, que había sido cristiana hasta el siglo VIII, se considera cuestión pendiente y

obligada, que se estimula y se legitima con el respaldo, los apoyos y la bendición de la Santa Sede, patentizados en sus Bulas de Cruzada.

De cumplir este imperativo se encarga Portugal que, teniendo finalizada la recuperación de su propio suelo y, sin merma de otros objetivos políticos y económicos, traslada los ideales de reconquista y su afán evangelizador a la otra orilla del Estrecho.

La "questao de Ceuta", la cuestión de Ceuta, es una de las asignaturas pendientes de la historiografía portuguesa, y todavía se discute sobre las causas y motivaciones que incitaron a D. Juan I a reconquistar la ciudad norteafricana.

Desde ideales religiosos, como el espíritu de cruzada y el afán evangelizador ya citados, o motivos de índole económica como controlar el flujo del oro subsahariano y el acopio de trigo y de otros recursos de los que Portugal era deficitaria, así como la necesidad de yugular la piratería berberisca que asolaba las costas del Algarve, y el imperativo político de anticiparse a Castilla poniendo pie en África y dominando el Estrecho y la entrada del Mediterráneo, sin olvidar, como apunta Zurara, el deseo de complacer a la nobleza ociosa y levantisca del Reino y de armar caballeros a los Infantes en un hecho de guerra. En mi opinión, todas estas causas, unas más que otras, pudieron pesar en el ánimo del monarca, y ninguna puede considerarse excluida.

Como herencia de la batalla de Aljubarrota (14 de agosto de 1385), que aseguró la independencia portuguesa, un clima de hostilidad presidió las relaciones entre Castilla y Portugal. Durante un cuarto de siglo se vivió un largo período de treguas inestables, de mutuas algaras y gestos amenazadores. Hasta que en 1411 se firmó un Tratado de Paz entre ambos reinos ibéricos. Nada más concluido, D. Juan I se ofrece a los castellanos para colaborar en la lucha contra los moros de Granada. Rehusada su colaboración, es cuando D. Juan I se decide por el objetivo de Ceuta.

Durante casi cuatro años el Reino se moviliza y, pese a lo intenso y llamativo de los preparativos, se mantiene el más estricto secreto sobre el destino de la expedición. Por fin, el 25 de julio de 1415, día de Santiago, una poderosa flota de 220 naves, transportando 19.000 combatientes y 6000 marineros y auxiliares, brillantemente empavesada, abandona el estuario del Tajo y zarpa de Lisboa rumbo al Sur.

El 28 de julio, en la escala de Lagos, el predicador fray Juan Xira publica la Bula de Cruzada, exhorta y absuelve a todos los expedicionarios, y desvela el objetivo de la expedición: Ceuta.

Enfilado el Estrecho, y después de varias vicisitudes, al amanecer del miércoles 21 de agosto de 1415 el ejército portugués, al mando del rey D. Juan I,

con participación de sus hijos los Infantes D. Duarte, heredero del trono, don Pedro y don Enrique, y con la flor de la nobleza lusitana, desembarca en las actuales playas de San Amaro y reconquista Ceuta para las armas cristianas.

Al atardecer del citado día 21 de agosto de 1415 Juan Vaz de Almada tremola el Pendón Real y la Bandera de Lisboa desde la Torre de la Vela ceutí, setenta y siete años antes que los Reyes Católicos hiciesen tremolar sus estandartes desde la Torre de la Vela de Granada, dando fin a la Reconquista de España.

Desde ese momento, y durante dos siglos y cuarto, Ceuta vivirá, hablará y sentirá en portugués. De cuantos personajes notables participaron en la reconquista de Ceuta, quisiera centrarme en la figura de **Pedro de Meneses**, que fue designado primer Gobernador y Capitán General de la Ciudad.

Cuando D. Juan I quiso otorgar la Capitanía General de Ceuta a alguno de sus capitanes, encontró ciertas reticencias. Conocedor de estas dificultades, don Pedro de Meneses, que era Alférez del Infante D. Duarte, acudió presuroso ante el monarca, ofreciéndose voluntario para el cargo. En sus manos llevaba un palo, llamado "Aleo", con el que estaba practicando un juego de campo muy popular en la época. Al preguntarle el Rey si se sentía con fuerzas para asumir tamaña responsabilidad, don Pedro le contestó con gallarda bizarría: "**Señor, con este palo me basto para defender a Ceuta de todos sus enemigos**". Halagado el Rey por la determinación de Meneses, le confió el mando de la Plaza, y le entregó el palo como Bastón de Mando y símbolo de su autoridad, dispensándole de cualquier otro juramento.

Desde entonces, y a través de los siglos, todos los Generales que acceden al mando de la plaza, en solemne ceremonia, renuevan esta bella tradición ceutí, jurando defender la Ciudad sobre el Aleo o Bastón de Mando, tal como lo hiciera su primer propietario. Por ende, y en tiempos de aflicción, el Aleo fue depositado en manos de Santa María de África, Patrona de Ceuta, en simbólico gesto de poner bajo su protección a la Ciudad y a sus habitantes.

La frase arrogante de Meneses "*Con este palo me basto*" es toda una declaración de principios, un mensaje de fe y de esperanza, el contrapunto perfecto como expresión de firmeza, de determinación y confianza en los destinos de la Ciudad.

Pedro de Meneses nació en 1377, en el seno de una familia hidalga, que tenía ascendientes y títulos castellanos. Cuando en 1415 llega a Ceuta, formando parte de la expedición portuguesa, lo hace como Alférez abanderado de las huestes del Infante D. Duarte, heredero del trono. Contaba 38 años de edad, y durante los 22 años siguientes, hasta su muerte, acaecida en Ceuta el 22 de septiembre de

1437 (hace poco se han cumplido 560 años), desempeñó el cargo de Gobernador y Capitán General de un modo admirable.

Haciendo honor a la confianza del Rey, defendió la Ciudad con energía, organizándola en sus primeros difíciles años y gobernándola con acierto y decisión.

El 2 de septiembre de 1415, cumplidas todas las previsiones, el rey D. Juan I y el grueso de la expedición lusitana regresan a Portugal. Desde ese día don Pedro de Meneses, como Gobernador y Capitán General, asume todos los poderes y responsabilidades civiles y militares.

En ese 2 de septiembre de 1415, fecha ahora elegida para conmemorar el **Día de Ceuta**, comienza uno de los períodos más prolongados de autogobierno que la Ciudad haya conocido jamás. Durante 225 años la estirpe de los Meneses regentará en usufructo la Capitanía General de Ceuta hasta que, en 1640, al producirse la separación de Portugal, los ceutíes optaron por permanecer fieles a la Corona de España.

Durante los 22 fructíferos años que duró el gobierno de Pedro de Meneses se producen acontecimientos, se originan símbolos, y se consolidan logros e instituciones que constituyen la esencia, la médula y el fundamento de la Ceuta de hoy.

Durante esos decisivos años asistiremos al nacimiento de un nuevo marco ciudadano, con la elevación de la villa al rango de "Ciudad" en 1420, hace ya casi seis siglos, antigüedad que muy pocas ciudades de España pueden ostentar, su erección en Diócesis Episcopal, dependiente del Primado de Portugal, la designación de su primer Obispo, fray Amaro, el poblamiento y el abastecimiento, la consagración de templos y conventos, la fundación de hermandades y cofradías, la llegada de la imagen de la Virgen de África, traída por el Infante D. Enrique, la contribución de las Ordenes Militares, y la legitimación jurídica de la conquista, obteniendo el reconocimiento universal de todos los países a través de la Santa Sede que, en aquellos tiempos, representaba a todo el orbe cristiano.

Por si fueran poco los títulos jurídicos e históricos, Portugal nos legó también nuestros más preciados símbolos: el Escudo de Ceuta, prácticamente idéntico al de la nación hermana; el Pendón Real y la Bandera blanquinegra de Lisboa (si un día coincidís en Lisboa con fiesta oficial, veréis con emoción la ciudad engalanada de banderas ceutíes), las imágenes de la Virgen del Valle y de Nuestra Señora de África, venerada Patrona de la Ciudad, el Aleo o Bastón de Mando de los Gobernadores Generales; y hasta el Ceutil, una moneda genuinamente ceutí con la que los tripulantes de las carabelas de Colón hicieron los primeros trueques con los nativos del Nuevo Mundo.

Como colofón a este período tan fértil y constructivo, hay que recordar que de la estirpe de D. Pedro de Meneses proceden los dos únicos ceutíes elevados a los altares, Santa Beatriz de Silva y Meneses y su hermano el Beato Amadeo, nietos ambos del Gobernador.

Hemos de convenir, por tanto, que PEDRO DE MENESES fue una figura decisiva en la Historia de Ceuta, que puso los cimientos de nuestro devenir histórico, e inició la tenaz andadura para proyectar a Ceuta a su época moderna. Una figura desconocida e ignorada por el gran público, que se merece algo más que la modesta calle que hoy tiene dedicada.

Si los recuerdos de Portugal perduran en Ceuta en sus más preciados símbolos, son tan numerosos los vínculos y recuerdos que de Ceuta existen en Portugal, que para los ceutíes visitar la nación hermana es como hacer una peregrinación sentimental.

Si llegamos a Lisboa en automóvil por su vertiente sur y, desde Almada, embocamos el espléndido Puente 25 de abril, se ofrecerá ante nuestros ojos una de las panorámicas más maravillosas que nos sea dable contemplar.

Lo primero que ve el visitante al llegar a Lisboa por el puente del 25 de abril, es la rua da Ceuta (Avda. de Ceuta)

Desde considerable altura cruzaremos el amplio estuario del Tajo, desplegándose en abanico los monumentos emblemáticos de la ciudad, la Torre de Belén, el Monasterio de los Jerónimos, la plaza del comercio, el castillo de San Jorge y, al fondo, al igual que Ceuta, recostada sobre siete colinas, Lisboa, la Olisipo de los fenicios, inundada de sol si entramos de día, rutilante de luminarias si lo hacemos de noche.

Realmente impresionados por esta panorámica tan asombrosa cruzaremos el Puente majestuoso y, a su término, tan pronto conectamos con la autovía de la vertiente opuesta, un gran cartel nos sorprende: "Avenida de Ceuta", una amplia avenida que nos conduce, curiosamente, entre otras direcciones, a San Amaro. En efecto, lo primero que un ceutí encuentra, como gratificante bienvenida, entrando en Lisboa por tan espectacular acceso es la "Avenida de Ceuta".

En 107 callejeros de pueblos y ciudades aparece el nombre de Ceuta. En un estudio somero que yo hice de los callejeros y códigos postales portugueses, encontré un total de 107 pueblos o ciudades que tienen una "rua de Ceuta", "Plaza de Ceuta" o "Avenida de Ceuta". Cotejándolo con los códigos postales españoles no todas las capitales de provincia, que son cincuenta, no todas, tienen calles dedicadas a Ceuta.

Si preguntáis a un portugués por Albacete, Palencia, Oviedo u otras ciudades españolas, se quedará perplejo y no sabrá situarlas. Pero si le preguntáis por Ceuta, y esto lo he comprobado con personas del común, enseguida exclamará: "¡Ah, Ceuta, claro, la Tomada de Ceuta!". Y es que todos los niños portugueses han estudiado la conquista de Ceuta en la escuela, hito de donde arranca el despegue y la gloria histórica de Portugal, y episodio que para los portugueses de la época fue la más pasmosa hazaña de la Historia lusitana.

En numerosos lugares de Portugal hay representaciones plásticas de la Tomada de Ceuta, cuadros de Columbano, Veloso Salgado y Domingo Rebelo en el Museo de Arte Antiga y en el de Historia Militar, soberbios murales de azulejos –el gran arte portugués– en edificios oficiales, institutos, bibliotecas, ministerios, en hoteles como el Gran Hotel de Busaco, en el Aveiro, y en el Hotel Atlántico de Portimao, en la Estación Central Ferroviaria de Sao Bento en Oporto, y en numerosos parques públicos, en Lisboa, en Cascais, en Paço d´Arcos, estampados en los respaldos de los bancos y en las fuentes decorativas.

Túmulo de D. Juan I Rey de Portugal y del Algarve, señor de Ceuta, en el interior del Monasterio de Batalha.

A quien esté iniciado en la historia ceutí, y tenga conocimiento de sus antiguos gobernadores, numerosa toponimia portuguesa sonará inconfundible a sus oídos, como los Condes de Viana, de Barcelos, de Borba y de Odemira, los duques de Viseu, de Braganza y de Caminha, y los nombres de poblaciones y fortalezas que nutrieron las guarniciones de Ceuta, como Silves, Mértola, Tomar, Elvas y Castro Marim.

Numerosos edificios y monumentos están relacionados con el acontecimiento histórico de nuestra ciudad, como el Palacio medieval de Sintra, donde se decidió la expedición sobre Ceuta, la capilla de Restelo, en la que los más destacados capitanes rezaron antes de embarcar, la Torre de Belén y el Monasterio de los Jerónimos elevado en honor de la expansión portuguesa de ultramar, el Monasterio de Alcobaça, y el bellissimo Monasterio de Batalha, panteón real donde están enterrados D. Juan I y toda su ínclita generación de altos Infantes. Baste decir que en el larguísimo epitafio del túmulo de D. Juan I la referencia a la conquista de Ceuta es mucho más extensa que la dedicada a la batalla de Aljubarrota, cuna de la independencia de Portugal. Rey de Portugal y del Algarve y señor de Ceuta se titularon orgullosamente D. Juan I y sus descendientes.

De todas estas reflexiones deberíamos extraer alguna moraleja. Es lastimoso que conociéndose de siempre esta estrechísima vinculación entre Ceuta y Portugal, todavía a estas alturas Ceuta no esté hermanada con alguna ciudad portuguesa.

Del hermanamiento entre ciudades pueden derivarse ubérrimos frutos de cooperación, apoyo y solidaridad.

Ahora que Ceuta es autónoma, debe dar muestras de imaginación y de creatividad, promoviendo iniciativas e ideando fórmulas de cooperación en muy variados campos. Del mismo modo que se ha establecido un puente con Andalucía, Ceuta tiene necesidad de acercamiento, de estrechar vínculos y relaciones con las demás Comunidades Autónomas, y con Portugal por supuesto. Hasta algunas ciudades marroquíes, como Tánger y Arcila, que fueron enemigas y sometidas a los portugueses, están hoy hermanadas con Portugal. Esto denota nuestra desidia y tal vez la ignorancia de nuestras fuerzas vivas.

Más de media docena de ciudades portuguesas ofrecen razones históricas para estar hermanadas con Ceuta. Lisboa, como cabecera de la nación; Sintra, en cuyo Palacio se diseñó con arena un mapa en relieve de Ceuta para estudiar su conquista; Santarem, donde se celebraron Cortes relacionadas con Ceuta, y en la que se encuentran los túmulos funerarios de D. Pedro y D. Duarte de Meneses y los de otros gobernadores ceutíes; Leiría y Vila Real, cuna de la familia Meneses, cuya Casa nobiliaria usufructuó la Capitanía General de Ceuta durante dos siglos y cuarto; y en el Algarve, Lagos, que acogió y avitualló en su hermosa bahía a la flota que navegaba a Ceuta, y Faro, última escala de dicha flota y, posteriormente, ambas ciudades, durante muchos años, abastecedoras de nuestra ciudad. Han quedado citadas siete ciudades.

¿Y Oporto? ¿Qué decir de Oporto? Ciudad donde se armó la mitad de la flota que vino sobre Ceuta, y que suministró gran parte de las vituallas, colaborando con tal entusiasmo que, después de sacrificar y salar todo el ganado de los alrededores, se quedaron sólo con las vísceras, las tripas o callos. De ahí que a los habitantes de Oporto, desde hace casi seis siglos, y como consecuencia de la conquista de Ceuta, se les conoce hoy como tripeiros, lo mismo que a nosotros se nos denomina "caballas". ¿No podríamos hermanarnos los caballas con los tripeiros para formar un succulento guiso?

Pero hay más. Y es que durante 150 años la totalidad de los pueblos y de los hogares portugueses contribuyeron con un óbolo para el sostenimiento y la defensa de Ceuta. En 1416, a los pocos meses de reconquistada la ciudad, el rey D. Juan I estableció un impuesto denominado "los diez reales para Ceuta", mediante el cual todo ciudadano portugués estaba obligado a contribuir con diez reales al año para subvenir a las necesidades ceutíes. Caso tal vez único de apoyo y solidaridad de un país con su apéndice de Ultramar.

En fin, es triste que nosotros no sepamos valorar y aprovechar todo este caudal de testimonios afectivos: con ningún lugar de España tenemos mayores lazos históricos ni mayores deudas de gratitud que con Portugal.

Ceuta Lusitana

Una ciudad sin recuerdos, sin memoria ni tradiciones, una ciudad ignorante de su pasado y de sus orígenes, que no sepa, valorar sus símbolos, que no sienta el orgullo de sus raíces, no es una ciudad, es solo un conglomerado difuso de intereses y ambiciones personales, sin ideales ni principios, presa fácil del desánimo y de la manipulación.

Debemos todos esforzarnos en recuperar nuestras peculiaridades, el acervo histórico y el legado cultural de quienes nos precedieron, como compendio de los valores que refuerzan y definen nuestra personalidad, y entre ellas la memoria de los dos siglos y cuarto de presencia portuguesa en Ceuta, entrañable herencia y sólido fundamento de la Ceuta española de hoy.

**CRÓNICAS DE LA CEUTA PORTUGUESA
DESDE LA CONQUISTA
HASTA LA INCORPORACIÓN A LA
CORONA DE FELIPE II**

CARLOS POSAC MON

Doctor en Filología Clásica

Vicedirector del Instituto de Estudios Ceutíes

CRÓNICAS DE LA CEUTA PORTUGUESA DESDE LA CONQUISTA HASTA LA INCORPORACIÓN A LA CORONA DE FELIPE II

Contaba el historiador Gomes Eanes de Zurara, cuyos escritos me sirven de fuente casi exclusiva en la primera parte de esta charla¹, que Juan I de Portugal, tras firmar en 1411 un tratado de paz con Castilla que reconocía la independencia de su país, pensó organizar unos fastuosos torneos a los que se invitaría a prestigiosos campeones de diversos países europeos. Al terminar, siguiendo los usos de aquella época, serían armados caballeros tres hijos del monarca que habían alcanzado la edad adecuada para merecer tan alta distinción.

Estos no consideraron meritorio obtener las espuelas y espadas de caballeros en unas pacíficas justas cortesanas. Aconsejados por el Veedor de la Real Hacienda, Juan Alfonso de Alenquer, indujeron a su padre a emprender una guerra, cuyo objetivo bien podía ser la ciudad musulmana de Ceuta.

En el curso de la Baja Edad Media, hasta aquellos tiempos, Ceuta había pertenecido sucesivamente a los dominios almorávide, almohade y merinida, con largas etapas de autonomía política que, en diversas ocasiones, podía calificarse de plena independencia. Era un emporio cosmopolita al que acudían, por vía marítima, mercaderes de los principales puertos del Mediterráneo, tanto musulmanes como cristianos. Por tierra llegaban allí productos de variada índole, incluyendo algunos procedentes del África subsahariana. En el siglo XIV y en los años iniciales del XV estuvo sometida en algunos momentos al reino nazarita de Granada.

Corriendo el mes de agosto de 1415, probablemente el día veintiuno, una poderosa fuerza expedicionaria portuguesa, mandada personalmente por Juan I, desembarcó en las riberas de Ceuta. Acompañaban al monarca sus hijos: Alfonso, el de mayor edad y de rama bastarda, Duarte, heredero del Trono, Pedro y Enrique.

Los soldados lusitanos se lanzaron al asalto de la plaza y la conquistaron en pocas horas, tras encarnizadas luchas callejeras. Fueron escasas las bajas sufridas

por los invasores, contándose entre ellas un personaje de alto rango, Vasco Fernández de Ataide, fidalgo de la Casa Real y Veedor del infante don Enrique, muerto por una piedra de gran tamaño que le arrojó una mujer desde lo alto de una torre. Una lápida redactada en latín y fechada en 1574 da noticia del trágico fin de este caballero. Estuvo empotrada durante muchos años, bajo la supuesta piedra homicida, en la llamada Torre de la Mora, derribada a comienzos del presente siglo. Actualmente se conserva en el Museo de Ceuta.

Los moradores de la Plaza que no sucumbieron a manos de los asaltantes, buscaron refugio en la inmediaciones de ella. Inspiraban piedad los lastimosos gemidos con que deploraban la pérdida de unos hogares que jamás recuperarían. En contraste, los vencedores se hacían dueños de opulentas mansiones ricamente decoradas con ladrillos vidriados de variado cromatismo y espléndidos mármoles, que encerraban ricos ajuares domésticos. Muchos de ellos eran rudos campesinos pobres, cuyas viviendas -al decir del cronista Zurara- en comparación con las que encontraron en Ceuta bien podían calificarse de chozas de cerdos.

Juan I dispuso que la mezquita mayor de la Plaza recién ocupada se transformara en un templo cristiano. Se colocaron en ella dos campanas que en años precedentes habían cogido unos corsarios moros en una incursión sobre la ciudad de Lagos. Al llegar el domingo, tras practicar los ritos de purificación, se dijo allí misa solemne y al terminar, el soberano, con el protocolo habitual, armó caballeros a sus tres hijos legítimos.

Algunos historiadores dudan que la empresa de Ceuta tuviera como origen proporcionar un escenario bélico adecuado para que los hijos del rey, derrochando heroísmo en un campo de batalla, merecieran ser armados caballeros. Se han apuntado diversas hipótesis para explicar las razones que indujeron a Juan I a organizar una operación tan costosa y arriesgada. Tal vez se dejó llevar por los impulsos todavía latentes de las Cruzadas emprendidas contra el Islam, o atendió a estímulos de carácter estratégico para conjurar definitivamente la posibilidad de que los magrebinos intentaran lanzarse de nuevo a la conquista de la Península Ibérica, como ocurriera en tiempos del semimítico Conde Julián que, precisamente, era Gobernador de Ceuta. Por último, no faltan quienes opinan que en el trasfondo de la conquista hubo razones más pragmáticas, inspiradas por la naciente burguesía mercantil que empezaba a tener influencia política, sobre todo en Lisboa y en Oporto, y que estaría convencida de obtener cuantiosos beneficios económicos si conseguía extender sus actividades al emporio ceutí.

No voy a analizar tales hipótesis porque las ha comentado *in extenso* el profesor Drumond Braga en la comunicación que acaba de presentar. Me limito a señalar que si los mercaderes de Lisboa y Oporto pensaban explotar en su favor los esquemas comerciales en que se basaba la prosperidad de la Ceuta musulmana,

sus cálculos resultarían totalmente equivocados porque al incorporarse a la Corona de Portugal la ciudad dejó de ser un rico emporio para convertirse en un baluarte militar en perenne estado de guerra, acosado casi sin tregua por las belicosas gentes fronterizas, apoyadas en más de una ocasión por los ejércitos magrebinos.

Cuando Juan I consideró que la conquista de la plaza quedaba bien consolidada, eligió los soldados que formarían su futura guarnición y dispuso que el grueso de la expedición retornara a Portugal, fijando la partida para el día 2 de septiembre, una fecha que actualmente sirve como fiesta oficial de la Ciudad Autónoma de Ceuta.

El monarca iba a encontrar problemas a la hora de elegir un paladín que se responsabilizara del gobierno de la Plaza. Había pensado que el candidato ideal era el Condestable Nuño Álvarez Pereira, el máximo héroe de la guerra contra Castilla, en defensa de la independencia de la patria. Gracias a su bravura y a sus dotes como estratega se obtuvo la victoria decisiva alcanzada en 1385 en la batalla de Aljubarrota, uno de los episodios más brillantes de la historia de Portugal.

El insigne poeta Luis Vaz de Camoens, a quien más adelante citaremos como huésped forzoso de Ceuta, en su poema épico "*Os Lusíadas*", contaba que en ese combate, rodeado por un enjambre de enemigos, don Nuño se batía como un león acosado por unos guerreros ceutíes que hacían una incursión por los contornos de Tetuán. Estos eran sus versos:

*Está alí Nuno, qual pelos outeiros
de Ceita está o fortíssimo leão,
que cercado se vê dos cavaleiros
que os campos vão correr de Tutuão²*

El Condestable no aceptó el nombramiento porque había decidido dedicarse a la vida monástica ingresando en un monasterio en Lisboa. El soberano pasó la oferta al Mariscal Gonzalo Vaz Coutiño, que se excusó por razones de edad. Su tercer candidato fue el Guarda Mayor Martín Alfonso de Melo que también buscó un pretexto.

Enterado de las dificultades que encontraba el rey a la hora de nombrar un Gobernador, Pedro de Meneses, Alférez del príncipe Duarte, se ofreció para el desempeño de tan honroso cargo. En el primer momento el soberano manifestó sus dudas de que el pretendiente fuera capaz de resistir con éxito los inminentes ataques de los marroquíes. Es sobradamente conocida la respuesta que dió Pedro de Meneses ante la postura dubitativa de Juan I. Blandiendo en su mano un palo, nombrado *aleo* en el habla portuguesa de aquel tiempo, dijo: "*Señor, con este aleo me basto para defender Ceuta de todos los enemigos*".

Estas jactanciosas palabras le valieron el nombramiento de primer Gobernador de la Ceuta lusitana. El famoso *aleo* se conserva como una reliquia histórica en el Santuario de Nuestra Señora de Africa y, a través de los tiempos, lo han tenido en sus manos los sucesivos Capitanes Generales en el juramento prestado al tomar posesión³.

CEUTA BAJO LA PROTECCIÓN DEL INFANTE ENRIQUE "EL NAVEGANTE"

Al retornar triunfante a Portugal, Juan I encargó la guarda de Ceuta a su hijo Enrique. Este infante, que pasaría a la historia con el calificativo de "*el Navegante*" (no por sus méritos náuticos, sino porque impulsó las exploraciones marítimas llevadas a cabo por los portugueses en el litoral africano), cumplió con eficacia la tarea encomendada hasta su muerte, acaecida en 1460, enviando a la recién conquistada plaza, bastimentos, dinero y los soldados precisos para garantizar su salvaguardia. También se preocupó de atender a las necesidades de la vida espiritual de sus moradores y les regaló una imagen de la Virgen que éstos adorarían y han adorado hasta el presente dándole el título de Nuestra Señora de Africa⁴.

A los soldados dejados para guarnecer la plaza y que podríamos calificar de "*nuevos ceutíes*" se unieron muchos de sus familiares venidos de Portugal. Poco después de la conquista el censo de habitantes se incrementó con numerosos *degredados* (desterrados) enviados por la justicia a tierra africana por haber infringido las leyes. Servían como fuerzas armadas auxiliares y se les aplicaban medidas de gracia si se distinguían en acciones bélicas libradas con los guerreros marroquíes. Cuando llegaban a Ceuta se presentaban al Gobernador y eran inscritos en un registro conocido como "*libro de homiziados*"⁵.

Juan I falleció en 1433 y le sucedió su hijo Duarte I. Venciendo las objeciones que le hizo el monarca, Enrique "*el Navegante*" organizó un cuerpo de ejército para emprender una nueva campaña en suelo africano. En esta ocasión el objetivo sería la estratégica ciudad de Tánger. Colaboró con entusiasmo en la empresa su hermano menor, el infante Fernando.

Mediado el mes de julio de 1437 los preparativos estaban terminados y tras oír misa solemne en la Seo de Lisboa, con asistencia de toda la Corte, los dos infantes y sus soldados embarcaron en la flota que los conduciría al otro lado del mar, dispuestos a repetir el triunfo alcanzado en 1415 en el palenque ceutí.

La expedición tomó el rumbo de Ceuta puesto que se había elegido esta plaza como principal base logística. Al llegar aquí, el Gobernador Pedro de Meneses brindó una cálida acogida a sus compatriotas. Se pasó revista a las fuerzas desembarcadas contándose un total de 6000 hombres, distribuidos así: 2000 jinetes,

1000 arqueros y 300 infantes. Los veteranos guerreros ceutíes pensaron que era un número menguado para empresa tan importante, pero sus prudentes advertencias no menguaron el ánimo de los dos infantes.

Siguiendo los planes trazados, el cuerpo expedicionario se dividió en dos partes. Una de ellas, al mando de Enrique avanzaría por tierra y la otra, a las órdenes de Fernando, tomaría la vía marítima para desembarcar en las playas tangerinas. La primera se encaminó hacia Tetuán, ciudad que en aquel tiempo estaba en ruinas y deshabitada. Desde allí proseguiría la marcha hacia Tánger.

Las fuerzas de vanguardia tenían como jefe al Conde de Arroyolos, nieto del Condestable Nuño Álvarez Pereira. Portaba el estandarte real Duarte de Meneses, hijo del Gobernador de Ceuta, que por su edad y achaques no podía intervenir en la campaña. Formaban parte de aquella columna, que avanzaba intrépidamente por suelo marroquí, sin encontrar apenas resistencia en su progresión, muchos ilustres personajes de la nobleza lusitana. Iban también algunos eclesiásticos, encabezados por el Obispo de Évora. Portaban diversas reliquias e imágenes sagradas. En el otro extremo de la escala social debemos citar a buen número de *degradados* dispuestos a alcanzar la remisión de sus condenas batiéndose con denuevo contra los infieles.

Reunidas frente a las murallas de Tánger las huestes de ambos infantes iniciaron el asedio de la ciudad. Tres intentos de asalto fracasaron con graves pérdidas. Millares y millares de marroquíes acudieron en auxilio de los tangerinos y los sitiadores acabaron convirtiéndose en sitiados. Finalmente, para evitar el inminente aniquilamiento de sus tropas, Enrique, que actuaba como comandante supremo, solicitó un armisticio y su petición fue atendida. Parlamentarios de uno y otro bando acordaron poner término a la lucha con la retirada de los portugueses, abriéndoles un paso libre para que embarcaran en la naves propias surtas en la bahía tangerina. Para garantía del pacto, los marroquíes exigieron como rehén al infante Fernando. Con gran dolor de su corazón, Enrique no tuvo más remedio que acceder a tal pretensión.

Sin respetar lo concertado, los portugueses fueron atacados por sus adversarios. Luchando desesperadamente y con sensibles bajas consiguieron abrirse camino hasta las playas y subieron a bordo de los navíos que los aguardaban. Abrumado por la derrota y por la entrega de su hermano, Enrique se retiró a Ceuta, en tanto que la mayoría de sus soldados pasaron a Portugal.

Quedó Fernando en manos enemigas, en calidad de cautivo. Para su rescate los marroquíes pusieron como condición indispensable la entrega de Ceuta. Una condición que buena parte de la opinión pública portuguesa consideró inaceptable. Duarte I hizo cuanto estuvo en sus manos para conseguir la liberación del infortunado Fernando, contando con el firme apoyo del infante Enrique. La muerte

del monarca en 1438 y los graves problemas suscitados durante la minoría de su sucesor, Alfonso V, hizo pasar a un segundo plano el problema de la libertad del cautivo, problema que quedó resuelto al morir éste en una mazmorra de Fez en 1443.

La trágica historia de Fernando dictó los siguientes versos de Camoens, en los que se ensalza su sacrificio para evitar la pérdida de Ceuta. Dicen así:

*Só por amor da pátria esta passando
a vida, de senhora feita escrava,
por não se dar por ele a forte Ceita⁶*

El triste destino del infante también sirvió de tema a un drama de Pedro Calderón de la Barca titulado "*El Príncipe Constante*". En el momento culminante de la obra, cuando el rey de Fez pregunta a Fernando "*¿Por qué no me das Ceuta?*", contesta éste "*¡Porque es de Dios y no es mía!*".

DATOS SOBRE CEUTA EN LAS CHANCILLERÍAS DEL REY ALFONSO V

Cuando en 1438 fue proclamado rey, Alfonso V tenía seis años. Por disposición de su padre quedó bajo la tutela de su madre, la reina viuda Leonor y más tarde de su tío, el infante Pedro. En 1446, al cumplir los catorce años fue declarado mayor de edad. Parte de la nobleza indujo al jovencísimo monarca a enfrentarse con Pedro y estalló una guerra civil en la que el antiguo Regente perdió la vida en la batalla de Alfarrobeira. Disgustado por aquella guerra fratricida el infante Enrique pensó en pasar el resto de sus días en Ceuta, participando en las constantes luchas con los fronterizos. Una orden real le impidió salir de Portugal⁸.

Documentos de las Chancillerías de Alfonso V conservados en el Archivo Nacional de la Torre do Tombo de Lisboa, han sido publicados por el historiador Pedro de Azevedo⁹. Contienen abundantes datos relativos a Ceuta, con una temática muy variada. Seleccione los que expongo en los párrafos siguientes. Para evitar reiteradas referencias bibliográficas, me limitaré a consignar las fechas en que fueron redactados.

Comienzo dando cuenta de diversos nombramientos, teniendo mayor relevancia el de Gobernador. Una orden fechada el 14 de agosto de 1445, que firmó el Regente Pedro en nombre del pequeño Alfonso V, otorgaba ese cargo al Conde de Arroyolos, a quien vimos en páginas anteriores camino de Tánger. Por otro decreto sancionado el 17 de septiembre de 1451 se dispuso su relevo, nombrándose sucesor a Sancho de Noronha, Conde de Odemira. Por línea paterna era nieto de Enrique II de Castilla y por la materna de Fernando I de Portugal.

Un puesto administrativo de mucha responsabilidad era el de Almojarife. De él dependía el control de los abastecimientos. El 18 de julio de 1446 se confió el cargo a Fernán Rodríguez, escudero del Regente. De los asuntos notariales se ocupaba un *Tabelião*. El 8 de abril de 1449 el puesto se encomendó a Fernando de Evora, que también estaba al servicio del infante Pedro. El cuidado de los *Contos*, o sea la Real Hacienda incumbía a un Tesorero y un Escribano. Para el segundo empleo el 6 de abril de 1456 fue designado Fernando Machado, por haberle cedido la plaza su suegro Tomás Fernández.

Los servicios de Intendencia encargados de atender a las necesidades de suministros de toda índole que precisaba Ceuta se instalaron en un edificio que servía como depósito de provisiones y pertrechos precisos para la supervivencia de la Plaza. Contaba con los servicios administrativos adecuados. Se conocía este establecimiento como "*Casa de Ceuta*". Para encargarse de los asuntos económicos contaba con un Administrador que periódicamente presentaba las cuentas ante el Contador de la Real Hacienda.

Cumpliendo esta obligación el 2 de marzo de 1456 el Tesorero Gonzalo Pacheco entregó para su examen al Contador Gonzalo Vas cuatro libros que contenían la contabilidad correspondiente a los años 1453 y 1454. De forma pormenorizada Azevedo dedica cuarenta páginas a la relación de los gastos en especie y en dinero hechos en el curso de ese bienio.

El aprovisionamiento de Ceuta se hacía a bordo de navíos de diversas clases, predominando las carabelas. Una de éstas, la que hacía viajes más frecuentes, era propiedad de la "*Casa de Ceuta*". Tenía como patrón a Alvaro Pérez y contaba con una tripulación de 8 marineros, 3 grumetes y 2 pajes. Se les suministraban víveres para su mantenimiento durante la travesía a tierra africana. Una cuenta específica que en una ocasión les dieron 96 alqueires de trigo, 75 almudes de vino y pescado en salazón: 78 merluzas y 800 sardinas. También recibieron 1000 reales para gastos complementarios y otros 5000 en concepto de sueldos de un mes.

También incumbía a la *Casa de Ceuta* ocuparse de los viajeros que pasaban a Ceuta, provistos de un permiso real. Para el trayecto les facilitaban alimentos y un subsidio en metálico cubriendo sus necesidades por un tiempo que variaba entre 15 días y 3 meses. Por lo general iban solos y en algún caso aislado llevaban algunos familiares: esposas e hijos. Constan, a veces, sus profesiones: escuderos, carpinteros, herreros, canteros, zapateros, barberos, criados, etc.

Durante los dos años citados pasaron el mar pequeños contingentes militares al mando de algún personaje relevante. Así, por ejemplo, Alvaro de Sousa Mayordomo Mayor y Consejero del Rey vino a Ceuta con 40 ballesteros, 12 escuderos, 6 mozos y 1 paje. Traía además 15 caballos. Con los soldados venían

dos mujeres, calificadas de mancebas y que eufemísticamente podríamos nombrar como "*reposos del guerrero*".

Para sustento de los expedicionarios, durante tres meses se dieron 1286 alqueires de trigo, 48 de cebada, 30 almudes de vino, 3024 raciones de carne salada y 13.846 reales. Poco antes de la partida se incorporaron otros 11 soldados y se acrecentaron proporcionalmente las vituallas y el dinero, con la entrega adicional de 247 reales.

Bastantes expedientes concernían a gentes perseguidas por la Justicia. Los que en 1437 habían tomado parte en la desastrosa campaña de Tánger podían acogerse a medidas de indulgencia promulgadas en sucesivas órdenes dictadas en nombre de Duarte I y ratificadas durante los primeros tiempos de la Regencia de Alfonso V. Veamos el caso de Juan de Goes, indultado el 18 de septiembre de 1440.

Era escudero del Obispo de Évora y estuvo con él en el campo de batalla tangerino, recibiendo una herida muy grave de la que convaleció en Ceuta. Un día se peleó e hirió a un religioso, fray Hernando, y fue por ello encarcelado en la Torre de la Mora. Aprovechando un descuido de los guardianes se escapó, saliendo por la puerta. El fraile lo había perdonado según acreditaba un escrito firmado por el *tabelião* Martín Alfonso.

Otro expediente nos informa que García Valdés, hijo de Juan García de Contreiras, un caballero de Tavira, fue acusado de haber cometido un homicidio con la complicidad de sus criados Vasco Anes y Juan Gordo. Para eludir el castigo los tres buscaron refugio en Ceuta, convencidos de que allí no los alcanzaría el brazo de la Ley. Estaban equivocados y pese a que habían realizado aquí meritorios servicios de armas, fueron detenidos y condenados debiendo cumplir sus sentencias en el *couto de homiziados* de Arronches. Ellos preferían seguir en suelo ceutí, en calidad de *degredados* y así se lo hicieron saber el 14 de febrero de 1446 al Gobernador de la ciudad, según explicaba un escrito fechado el 29 de octubre de ese año.

En ciertas ocasiones el proceso era inverso al anterior. Algunos habían cometido un delito en Ceuta y para evitar la sanción huían a Portugal. Tal fue el caso de Gonzalo Caballero, natural de Évora que vivía en Ceuta en casa de Vasco Martínez de Melo, al que robó una espada y ciertas prendas de vestir. Acusado por la esposa de Vasco puso el mar por medio para no ser encarcelado. Acabó en manos de la Justicia que el 31 de mayo lo condenó a pagar una multa de 500 reales blancos.

No faltaban entre los desterrados a Ceuta quienes eran víctimas de represalias políticas. Haber hablado mal del regente don Pedro, le costó el *degredo* a un

relevante eclesiástico, el padre Alfonso Simoens, prior del convento de Santiago de Tavira. En escrito de 27 de abril de 1445 consta que le enviaron por tres años a Ceuta. Igual acusación se hizo a Álvaro Pesanha. Pidió clemencia por él doña María de Sousa, esposa de Tello de Meneses, fidalgo de la Casa Real. Su demanda fue atendida y el 9 de noviembre de 1445 se envió una carta al Gobernador de Ceuta, indicándole que permitiera el retorno del desterrado.

Analizando los datos recogidos por Azevedo, Guillermo Gozalbes ha compilado una nómina de los guerreros que participaron en la conquista de Ceuta y se quedaron como moradores de la ciudad hasta el final de sus días¹⁰. Su hijo Enrique Gozalbes, utilizando las mismas fuentes, contabiliza las aportaciones en dinero hechas por diversas juderías portuguesas para coadyuvar al esfuerzo de la plaza africana, aportaciones obtenidas a través de un impuesto nominalmente destinado al pago de los herreros de Ceuta. Entre los años 1439 y 1456 lo pagaron las comunidades judías de Lisboa, Coimbra, Guarda, Setúbal y Alenquer¹¹.

Alfonso V mostró especial empeño en continuar la política de expansión por el Septentrion magrebino iniciada por su abuelo con la conquista de Ceuta y paralizada por el fracaso de Tánger. Con un poderoso ejército en 1458 atacó y tomó Alcazarseguer. Ya sexagenario, el infante Enrique participó con denuedo juvenil en los combates librados en el curso de la campaña. En 1471 el monarca portugués se adueñó de Arcila y de Tánger. "*El Navegante*" no llegó a conocer estos triunfos porque había fallecido en 1460. Por esas tres importantes conquistas, Alfonso V pasaría a la Historia con el calificativo de "*el Africano*".

En los párrafos que siguen tomo reiteradamente como fuente informativa las valiosas páginas que el presbítero ceutí Alejandro Correa de Franca (1673-1750) dedicó a la Historia de su patria chica. Según contaba, merced a los triunfos de Alfonso V se aprovecharon las tierras del campo exterior hasta una distancia de dos leguas. Además, se establecieron relaciones mercantiles con los moros fronterizos, con grandes beneficios para todos¹².

Al morir Enrique IV de Castilla en 1474 estalló una guerra civil entre los partidarios de Isabel "*la Católica*" y su sobrina Juana "*la Beltraneja*". Alfonso V apoyó a la segunda. Sus tropas cruzaron la frontera y ocuparon Toro, Zamora y Plasencia, pero en 1479 sufrieron una gran derrota en La Albuera y el monarca portugués tuvo que firmar un Tratado de Paz. En el curso de aquel conflicto bélico Fernando "*el Católico*", aliado con el rey de Fez, lanzó un ataque contra Ceuta que, a la sazón, tenía como Gobernador a Rui Méndez de Vasconcelos. Jerónimo de Mascareñas nos informa sobre los pormenores de esa ofensiva combinada por tierra y mar. Explica las artimañas de que se valió el Gobernador para conseguir la retirada de sus adversarios. Su esposa, doña Isabel Galbán, tuvo un gesto de valor

disparando un cañonazo contra los enemigos, tras arrebatar la mecha de manos de un artillero acobardado¹³.

SE CONSOLIDA EL DOMINIO PORTUGUÉS EN EL SEPTENTRIÓN AFRICANO

En 1481 murió Alfonso V y le sucedió su hijo Juan II. Durante su reinado, que terminó en 1495, los Reyes Católicos conquistaron Granada. Una oleada de fugitivos pasó del territorio nazarita a Marruecos. La mayor parte de ellos se estableció en Tetuán y Xauen. No tardarían en convertirse en una pesadilla para los moradores de Ceuta, por sus frecuentes ataques.

El siguiente titular del Trono fue Manuel I (1495-1521). En sus tiempos Portugal vivió una etapa brillantísima, con una impresionante expansión territorial ultramarina, acompañada por un espectacular auge económico. En 1498 Vasco de Gama llegaba a la India. Poco después navegantes portugueses alcanzaban la península de Malaca, abriendo el camino hacia los mares de China. En 1500 Pedro Álvarez Cabral descubría el Brasil. En la fachada atlántica de Marruecos pasaron a manos lusitanas los puertos de Safí, Azamor, Mazagán, Anfa y Santa Cruz del Cabo de Aguer. Convertido prácticamente en un Emperador, el monarca mereció el título de "*el Afortunado*".

De la bonanza general participaba Ceuta. Según decía Correa de Franca "*empuñado el cetro por el rey Manuel, con abundancia proveió a Ceuta de Infantería, Cavallería, de todas municiones, Artillería y llenó los Almagacenes de víveres y vituallas, aumentó los sueldos del Governador, Adalid, oficiales, vecinos y gente de guerra y mandó que de la parias y tributos que los moros pagasen, se diese el diezmo a la Yglesia para manutención de los Sacerdotes*¹⁴".

Manuel I mantuvo buenas relaciones con España, ya unificada por los Reyes Católicos. Esta circunstancia favoreció los intercambios comerciales entre las posesiones norteafricanas de la Corona portuguesa y Andalucía. Desde 1508 se nombraron los llamados *feitores*, que desde Málaga y otros puertos meridionales cuidaban de reclutar mercenarios, comprar o pedir prestado dinero y enviar a esas posesiones municiones, leña, hierro, madera, cal y víveres, sobre todo trigo. A veces se retrasaban los aprovisionamientos, particularmente cuando soplabla fuerte el viento de Poniente¹⁵.

En algunas ocasiones, como fruto de la buena armonía existente entre las dos naciones ibéricas, tropas andaluzas acudieron en ayuda de Ceuta. Así ocurrió, por ejemplo, en 1511. El Capitán General de la Costa de Granada, Berenguer de Olms, estando en Marbella, tuvo noticia de que el rey de Fez, con un ejército numeroso de infantes y jinetes, se disponía a atacar esa plaza africana. Con sus

naves se hizo a la mar y contó con el refuerzo de Pedro López de Orozco, alias "*el Zagal*", Rodrigo Bazán y el Capitán Hernando de Valdés. Al llegar los expedicionarios a Ceuta, el Gobernador de la ciudad, Pedro Barba de Vera, les comunicó que los marroquíes, cambiando de objetivo, iban contra Tánger. Allí se dirigieron los guerreros andaluces. Gracias a su concurso los atacantes fueron rechazados, sufriendo graves pérdidas¹⁶.

CEUTA DURANTE EL REINADO DE JUAN III (1521-1557)

La relativa bonanza imperante en los territorios portugueses del noroeste africano iba a disiparse durante el reinado de Juan III, debido, en parte, a dificultades económicas, pero, sobre todo, a la guerra santa emprendida contra ellos por los sultanes de la dinastía saadiense. Uno de éstos, Muhammad-ach-Cheij, conocido por los cronistas cristianos como el Xarife, puso todo su empeño en recuperar las plazas perdidas por sus antepasados.

En 1541 el Xarife tomaba al asalto Santa Cruz de Aguer, posición próxima a Agadir y cogía prisioneros a sus habitantes que fueron bien tratados y se dio el caso sorprendente de que el jefe victorioso tomó por esposa a una hija del Gobernador portugués, llamada Mencía, que falleció poco después a seguidas de un parto¹⁷. Antes de que concluyera ese año, vista la imposibilidad de mantenerlas, fueron evacuadas las plazas fuertes de Safi y Azamor.

Tratando de conjurar el peligro que se cernía sobre Ceuta, Juan III dictó diversas medidas encaminadas a reforzar sus defensas. Sin precisar la fecha, dice Correa de Franca que considerando que el circuito amurallado no podría resistir el fuego de la abundante artillería con que contaba el Xarife, el monarca confió a expertos ingenieros los trabajos de fortificación adecuados.

Se proyectó que en el frente orientado hacia el campo moro se abriera un foso de comunicación entre los dos mares y una cortina con dos baluartes. Igual disposición se haría en el sector oriental que miraba a la Almina. En la ribera que daba vista a Gibraltar correría un lienzo de muralla en escarpa con su plataforma y plaza para la artillería en la parte media. El mismo trazado valdría para la ribera meridional, procurando ampararse de los ataques del Morro de la Viña. La Coraza o Espigón del flanco izquierdo tendría el mayor espesor posible¹⁸.

El 27 de febrero de 1549, el rey Juan III envió un mensaje urgente al Gobernador de Ceuta, Alfonso de Noronha, ordenándole que pasara a Alcazarseguer y fortificara convenientemente el Seinal, un montecillo inmediato a esa plaza, porque tenía noticia de un inminente ataque del Xarife contra ella. Contaría para los trabajos con 1350 obreros, protegidos por un contingente de 4000 soldados, de los que la mitad se reclutarían en Andalucía.

El 30 de mayo, desde la cumbre del Seinal, Alfonso de Noronha daba cuenta al soberano de la marcha de las obras y pedía que se mejoraran las defensas de Ceuta. Se quejaba de que el foso no estaba terminado y se podía franquear fácilmente a caballo o a pie. Había cal suficiente pero faltaba dinero¹⁹.

Fue posiblemente la falta de medios económicos de la Real Hacienda lo que decidió a Juan III a tomar una medida drástica en 1550: la evacuación de Arcila y Alcazarseguer, después de haber gastado grandes sumas en la fortificación del Seinal. Portugal renunciaba a su política de expansión por el Septentrión africano para concentrar todos sus esfuerzos en la India. Parte de la opinión pública acogió con acerbas críticas la decisión real de abandonar esas dos plazas²⁰.

Correa de Franca comentaba con amarga ironía *"empeñados los Señores Portugueses en sus expediciones y conquistas del Asia, conteniendo con diversidad de gentes y naciones con justa admiración de todo el orbe, y conociendo que de esta parte de Africa no podían sacar Diamantes, Marfil, Drogas Aromáticas, ni otras riquezas iguales, sino solamente Lanzadas, y golpes de Zimitarras: resolvieron el año 1550 (a reserba de Ceuta, Tanger y Mazagán) abandonar las Plazas de Arcila y Alcazar Zeguer, cuios havitadores se establecieron muchos con sus sueldos en las reserbadas, no siendo pocos los que en los Archibos de Ceuta, se hallan mencionados²¹".*

Y en un Archivo de Ceuta consta que en 1550 vinieron a la Ciudad dos *havitadores* de Alcazarseguer, Juan y Catalina Sebolinho, esposa de Gil Velho²². Juan debía ser el caballero que tomó parte en la incursión sobre Tetuán llevada a cabo el 28 de septiembre de 1545 bajo el mando de Alfonso de Noronha y Alvaro de Carvalho, Gobernadores de Ceuta y de Alcazarseguer. Juan Sebolinho perdió una mano al enfrentarse con los soldados tetuanés²³. Uno de sus descendientes, el Almocadem Martín Sebolinho daría nombre a un callejón de la Almina y tuvo un papel relevante en la milicia ceutí en el curso del siglo XVII²⁴.

En torno a ese crítico año 1550 –no se sabe la fecha precisa– vino a Ceuta como *degredado* Luis Vas de Camoens, el más insigne poeta de la literatura portuguesa. De su estancia en la plaza se ocupó extensamente Mascareñas y en tiempos más recientes Robert Ricard²⁵.

En su juventud, Camoens, un modesto fidalgo, requirió de amores a Catalina de Ataíde, una dama de Palacio. Para castigar tal osadía fue desterrado a Santarem. Retornó pronto a Lisboa y perseveró en su empeño sentimental y la porfía le costó el destierro a Ceuta. Aquí mantuvo estrecha amistad con Antonio de Noronha hijo del Conde de Linhares. Estaba enamorado de una joven aristócrata, Margarita de Silva. Por razones que no constan, el Conde no veía con buenos ojos el apasionamiento de su hijo y para ver si se aminoraba, decidió poner tierra de por

medio y lo envió a Ceuta bajo la tutela del Gobernador, otro Pedro de Meneses, tío del desconsolado Romeo.

Camoens debió estar en Ceuta un par de años y durante su estancia en la plaza perdió un ojo, sin que se conozca bien cual fue la causa del infortunio. Ya no estaba en la plaza cuando en la primavera de 1553 la guarnición sufrió un tremendo descalabro en un combate librado en la colina de Condesa.

EL DESASTRE DE CONDESA

Mascareñas da una amplia referencia de ese descalabro, aunque lo sitúa erróneamente en 1554. Según cuenta, dos caudillos marroquíes, Arrahibetuchas, Gobernador de Larache y Al Hasein, que lo era de Tetúan, atacaron Ceuta. Pedro de Meneses los desafió a una pelea en el punto que eligieran. El Adalid Diego Nabo que, al decir del historiador *"era persona de experiencia adquirida en el largo discurso de la guerra en aquellas fronteras"* consideró imprudente y temeraria la actitud del Gobernador, pero éste salió al campo con 130 jinetes, entre los que se contaban los fronteros más prestigiosos, tomando el camino que llevaba a la ladera Norte de la colina de Condesa, palenque escogido por los magrebinos.

Al llegar al punto acordado, observando el crecido número de enemigos allí apostados, Pedro de Meneses se percató de que había caído en una celada y pidió consejo al Adalid sobre lo que convenía hacer. Este le respondió *"que el remedio era perder la vida con honra"* y espoleando su caballo se lanzó contra los moros, seguido por su gente²⁶.

Para volver luego a la versión de Mascareñas, paso a la que ofrecía Correa de Franca. Según contaba, el 18 de abril de 1553 -la fecha era correcta- los Alcaldes Arrao Bentuda y Hacén, con numerosas fuerzas de caballería, vinieron a correr los campos de Ceuta. Enterado de la novedad, don Pedro de Meneses decidió salirles al paso con un contingente de 320 soldados de infantería y caballería. Avanzaron por la línea del litoral que conducía al río de Castillejos y vadeado éste, la columna inició el ascenso de la colina de Condesa. Protegiendo el avance navegaban cerca de la costa dos bergantines bien equipados. Iba en vanguardia el Adalid Diego Nabo, que estuvo cautivo algún tiempo en Marruecos y había sido rescatado hacía menos de un año. Llevaba con él un destacamento de veinticinco jinetes. No tardaron en atacarlo los adversarios con tanta furia que antes de que se pudiese revolver, lo mataron a lanzazos, junto con todos los que lo acompañaban, entre los que se contaban Manuel Arráz, Manuel Díaz de Grade y Francisco de Andrade.

Don Pedro de Meneses, no sufriendo su coraje ser testigo de esta desgracia se lanzó al combate y también fue muerto. Con él perdieron la vida su sobrino

Antonio de Noroña, Cristóbal Fernández Valariño, Luis Cabral de Almeida, Manuel Méndez, Francisco Díaz, Martín de Roche, Fernán Martínez, Gonzalo Pereira, Gaspar López, Pascual de Andrade, Pedro Arráez de Mendoza, Lorenzo Pereira y otros, cuyos nombres no pudo averiguar el historiador.

Para ayudar a sus desventurados camaradas, los artilleros de los bergantines dispararon sus versos o pedreros pero con tanto desatino que hicieron más daño a los suyos que a los adversarios. Estos cortaron las cabezas de los caídos que consideraron de mayor categoría y las enviaron al Xarife como trofeo de su victoria.

Tan funesto episodio causó en Ceuta un notable desconsuelo y llanto porque muchos de los muertos estaban casados y tenían hijos. Se trataba en su mayoría de soldados valerosos con mucha experiencia en las lides guerreras, figurando entre ellos personajes de elevado rango social.

Los que salvaron la vida sufrieron las penalidades del cautiverio. En 1588 fueron rescatados Manuel de Goes, con un hijo suyo, Francisco Fernández Leitam, Juan Rocha, Manuel Rebelo, Francisco Vieira, Manuel de Mendoza, hijo de Diego Soberal y Juan Soacho, abonándose mil pesos por cada uno de ellos. Se pagaron dos mil por Andrés Araña, hijo de Juan Rodríguez y tan sólo quinientos por Melchor Pires²⁷.

Volviendo a las páginas de Mascareñas, se comentaba en ellas que según algunas personas ancianas de Ceuta, los reflejos de las espadas y de los alfanjes con que batían los combatientes del cerro de la Condesa, parecían llamas de fuego a los que contemplaban la pelea desde las murallas de la plaza²⁸.

Camoens tuvo noticia de la trágica muerte de su amigo Antonio de Noronha. En una de sus Églogas y dándole el nombre de Tionio, lo evoca en estos dos versos:

*"Que ali tambem da vida foi privado
Tionio meu, ainda em flor cortado"*

En aquel combate cayó Gonzalo Mendes de Sá, hijo de un famoso poeta, Francisco Sá de Miranda. Otro poeta, Antonio Ferreira, envió una Elegía al atribulado padre y éste agradeció la atención con unos sentidos tercetos de los que copio el que sigue:

*"Quando mandei meu filho em tal idade
a morrer pola fé, se assi compresse,
(qu' esta era a verdadeira sua verdade)"²⁹.*

FELIPE II DE ESPAÑA Y I DE PORTUGAL CONSIGUE LA UNIDAD POLÍTICA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Juan III falleció en 1557 y le sucedió su nieto Sebastián I, que sólo tenía tres años. Al cumplir los catorce fue declarado mayor de edad. Muy pronto tuvo la obsesión de que la Cristiandad estaba en peligro. Portugal bien podía ser su salvación, tocándole a él el papel de salvador. En 1572 preparó una flota para combatir a los herejes que fue destrozada por una tempestad. Dos años después, por un impulso repentino, pasó el mar y se presentó en Ceuta y en Tánger. Pretendía lanzar una campaña inmediata contra los infieles y a tal fin había dejado instrucciones en el Reino para que toda la gente tomase las armas y fuese a reunirse con él. El proyecto era irrealizable y el monarca retornó a Portugal³⁰.

Correa de Franca, tantas veces nombrado, contaba así la presencia del Rey en Ceuta: Vino en pleno verano con una flotilla de cuatro galeras y varias carabelas al mando de Fernando, Álvarez de Noronha. Lo acompañaban Jorge de Alencastro, Duque de Aveiro, el Conde de Vimioso y otros cortesanos así como los Capitanes Jorge de Alburquerque Coelho y Bernardino Ribeiro. Aprovechando la visita real se colocó en la Torre de la Mora la lápida dedicada a Vasco Fernández de Ataíde, citada al hablar de la conquista de Ceuta. El 28 de agosto, Sebastián I y su comitiva salieron rumbo a Tánger³¹.

En el verano de 1578, sin atender los prudentes consejos de su tío Felipe II, rey de España, desembarcó en Arcila y al frente de un potente ejército avanzó por territorio marroquí. Su aventura africana tuvo un resultado catastrófico en la batalla librada el 5 de agosto a orillas del río Mehacén, cerca de Alcazarquivir. El monarca cayó en el combate y con él buena parte de sus soldados, quedando prisioneros casi todos los supervivientes.

Murió sin dejar descendencia y no tenía hermanos, por lo que se planteó un problema sucesorio resuelto transitoriamente por el acceso al Trono vacante de su tío Enrique, un Cardenal sexagenario y de salud precaria. Falleció en 1580 y dos pretendientes se disputaron con las armas la Corona del Imperio de Portugal: Felipe II de España y don Antonio, Prior de Crato, hijo bastardo del infante Luis, hermano de Juan III y de una cristiana nueva.

Para hacer prevalecer sus derechos, en el verano de 1580 el monarca español se dispuso a entrar en Portugal con un potente ejército. Contando con la valiosa cooperación del Duque de Alba, consiguió una victoria total, siendo proclamado rey de los lusitanos con la titulación de Felipe I.

Un documento del Archivo de Simancas da amplia información acerca de la obediencia que Ceuta prestó a su nuevo Señor³². Hago un brevísimo resumen de su contenido y con él pongo fin al presente trabajo dedicado a la Historia de Ceuta

en tiempos de la dinastía Avis. Con una reseña más amplia comienza el estudio que estoy preparando sobre los avatares de nuestra ciudad en los tiempos en que Portugal estuvo bajo la soberanía de la Casa de Austria.

El 17 de agosto de 1580, desde su Cuartel General de Badajoz, Felipe II escribió al Duque de Medina Sidonia, encargándole que pasara a Ceuta para que tomara juramento de lealtad a su persona, a las autoridades y al pueblo de la plaza. El Duque delegaría este encargo en el Corregidor de Gibraltar, Antonio Felices Ureta.

Cumpliendo lo que le ordenaban, éste pasó el Estrecho y se presentó en Ceuta, que estaba gobernada en aquel momento por Lionis (Dionisio) Pereira. En la mañana del 7 de septiembre se iniciaron los solemnes actos que marcarían una fecha trascendental en la Historia de Ceuta³³. En el curso de ellos el Corregidor entregó al Gobernador el pendón real, que hoy se conserva con la máxima veneración. Por una cara lleva las armas de Portugal y por el otro, las de España, como testimonio de que ambos Imperios se habían unido bajo un mismo soberano, Felipe I de Portugal y II de España.

NOTAS:

- ¹ GOMES EANES DE ZURARA. *Crónica da tomada de Ceuta*, Coimbra 1915.
- ² VAS DE CAMOENS, LUIS. *Os Lusíadas*, Canto IV, estrofa 34.
- ³ BAEZA HERRAZTI, ALBERTO. *El Aleo, bastón de mando de los Comandantes Generales de Ceuta*, Ceuta 1987.
- ⁴ SEVILLA SEGOVIA, ALEJANDRO. *La Virgen de África en la Historia de Ceuta*, Ceuta 1992.
- ⁵ BEIRANTE, MARÍA ANGELA. "Ceuta nas Ordenações Alfonsinas", *Ceuta Hispano-Portuguesa*, Ceuta 1993, págs. 87-100.
- ⁶ VAS DE CAMOENS, LUIS. *Ob.cit.*, canto IV, estrofa 52.
- ⁷ FRADEJAS LEBRERO, JOSÉ. *Ceuta en la Literatura*, Ceuta 1962, pág. 69.
- ⁸ SANCEAU, HELAINE. *D.Henrique, o Navegador*, Porto 1942, *passim*.
- ⁹ AZEVEDO, PEDRO DE. *Documentos das Chancelarias Reais anteriores a 1.531 relativos a Marrocos*, dos tomos, Coimbra 1915-1934.
- ¹⁰ GOZALBES BUSTO, GUILLERMO. "Los últimos da "tomada de Ceuta", *Ceuta hispano-portuguesa*, Ceuta 1993, págs. 173-186.
- ¹¹ GOZALBES CRAVIOTO, ENRIQUE. *Notas para la Historia de los Judíos en Ceuta*, Ceuta 1988, págs. 48-9.
- ¹² CORREA DE FRANCA, ALEJANDRO. *Historia de Ceuta*, Biblioteca Nacional de Madrid, sección de manuscritos, Ms.nº 9.741, párrafo 277.
- ¹³ MASCAREÑAS, JERÓNIMO DE. *Historia de la ciudad de Ceuta*, Lisboa 918, págs. 249-50. La obra fue escrita en 1648. Hay reedición facsímil, Málaga 1995.
- ¹⁴ CORREA DE FRANCA, párrafo 311.
- ¹⁵ RICARD, ROBERT. "Les places portugaises du Maroc et le commerce "Andalousie" *Annales del'Institut d'Etudes Orientales*, t.IV, 1938, págs. 129-53.
- ¹⁶ MASCAREÑAS, JERÓNIMO DE. *Ob. cit.* , págs. 264-5.
- ¹⁷ TERRASSE, HENRY. *Histoire du Maroc*, Casablanca 1950, t.II, pág. 164.
- ¹⁸ CORREA DE FRANCA, párrafo 334.
- ¹⁹ Ricard, Robert. *Les Sources Inédites de l'Histoire du Maroc*, Paris 1951, t. IV, págs.310-329.
- ²⁰ *Ibidem*, págs. 335-349.
- ²¹ CORREA DE FRANCA, párrafo 362.
- ²² Archivo de la Ciudad Autónoma de Ceuta. Sección Casa de la Misericordia, legajo 07/2.
- ²³ RICARD, Robert. *Sources*, pág.177.
- ²⁴ POSAC MON, CARLOS. *La última década lusitana de Ceuta*, Ceuta 1983 (2ª edición) Pág.66
- ²⁵ MASCAREÑAS, JERÓNIMO DE. *Ob.cit.*, págs. 296-9 ; RICARD, Robert. *Sources*, págs. 392-395.
- ²⁶ MASCAREÑAS, JERÓNIMO DE. *Ob.cit.*, págs. 299-300.
- ²⁷ Correa De Franca, párrafo 364.
- ²⁸ Ver nota 26.
- ²⁹ MICHAELIS DE VASCONCELLOS, Carolina. *Poemas de Francisco de Sá de Miranda*. Halle 1885, elegía nº 133.
- ³⁰ HERMANO SARAIVA, JOSÉ. *Historia de Portugal*, Madrid 1989, págs.193-4.
- ³¹ CORREA DE FRANCA, párrafo 392.
- ³² Archivo de Simancas. Sección de Estado, legajo 416.
- ³³ CORREA DE FRANCA, párrafo 418. Sitúa el acontecimiento en el 28 de agosto.

CEUTA EN EL SIGLO XV

PAULO DRUMOND BRAGA

Doctor en Historia

Profesor de la Universidad Nova de Lisboa

CEUTA EN EL SIGLO XV

COYUNTURA

1. La conquista de Ceuta

Ceuta es la forma castellana de Ceita (así la designan las fuentes portuguesas de los siglos XV y XVI), que se fue imponiendo en las tres últimas centurias. El origen del nombre puede remontarse a la designación dada por los romanos a los siete montes de la región (Septem Fratres). De Septem Septa Ceita Ceuta. A lo largo de la historia Ceuta fue sucesivamente ocupada por fenicios, griegos, cartagineses, romanos, vándalos, visigodos, bizantinos y musulmanes, encontrándose, por lo menos desde el siglo XIII, como lo prueban las Cantigas de Santa María de Alfonso X el "Sabio", en la mirada de Castilla dentro del ámbito de un proyecto expansionista de esta Corona, cuyos primeros pasos remontan al reinado de Fernando III el "Santo". Fue así asediada en 1234, pero logró defenderse con la ayuda de los genoveses. Desde 1292, fecha de la conquista de Tarifa, que dio paso al asentamiento de los castellanos en la costa norte del Estrecho de Gibraltar, Ceuta se va a sentir cada vez más amenazada por los cristianos.

Ya por 1411 que Juan I, rey de Portugal, pensaba en una empresa militar de gran envergadura contra el Islam. En 1415, el monarca se decidió por Ceuta, llave del estrecho de Gibraltar, influido en buena medida por D. Duarte, D. Pedro y D. Enrique, sus tres hijos varones mayores, que estarían o no industriados por Joao Alfonso, veedor de la hacienda, y apoyados también por el bastardo regio D. Alfonso, conde de Barcelos. Por esas fechas, Marruecos era gobernado por la dinastía de los Banu Marín, ya en situación precaria, y cuyo poder se circunscribía a Fez y sus alrededores.

Una vez decidida la conquista de Ceuta, se envió de inmediato a la reina de Sicilia una embajada a través del prior de la Orden del Hospital, cuyo verdadero objetivo era, en el viaje de ida y en el de vuelta, pasar por la ciudad del Estrecho a fin de estudiar el terreno. De regreso al reino el prior relató a Juan I todo lo que pudo observar, garantizándole la victoria, lo que le mostró por medio de una

maqueta de la ciudad hecha con habas y una escudilla que fue destruida de inmediato.

Convocado el consejo real para Torres Vedras, sus miembros apoyaron la empresa. A continuación se pasó a reunir los medios humanos y financieros. Se fletaron navíos en Castilla, Vizcaya, Galicia, Flandes, Bretaña, Inglaterra y Alemania. Es probable que también se hubieran adquirido armas en Inglaterra.

Al infante D. Enrique se le encargó concentrar en Oporto a las fuerzas oriundas de las comarcas de Beira, Trás-os-Montes y Entre-Douro-e-Minho, y al conde de Barcelos le cupo seleccionar a los combatientes en esta última. En Lisboa iba a embarcar la gente de Extremadura, Odiana y Algarve, capitaneada por el infante D. Pedro.

Según el cronista castellano Alvar García de Santa María, Juan I obligó a los hombres válidos a participar en la empresa. Ordenó comprar mercancías (como vino, higos, pescado) por el precio de coste a los mercaderes portugueses, enviándolas para su venta a Flandes y recibiendo a cambio oro, plata, cobre y telas. Acuñó monedas de cobre y de plata baja de ley, obteniendo así moneda de oro y plata para adquirir otros suministros para la armada. De hecho, llegó hasta nosotros una ley de 3 de marzo de 1415 por la que el monarca ordenaba que sólo se pudiese vender, cambiar, dar o recibir oro y plata en los cambios regios de Lisboa y Oporto.

Para desviar las miradas de la expedición, Juan I hizo constar que había mandado desafiar al duque de Holanda. El relato del veneciano Morosini se hace eco de esa idea, mostrando que en Flandes y en Venecia se creyó en la artimaña del rey de Portugal. Mientras tanto, un poco por todas partes, el Mediterráneo se preparaba, temiendo un ataque portugués. Castilla hizo partir para el reino vecino un embajador a fin de ratificar la paz y la ciudad de Sevilla mandó reparar sus murallas. En Aragón y Venecia, se extendió el mismo miedo y, a su vez, Sicilia ordenó obras en el castillo de Bellver. Por motivos de peso, Granada se atemorizó y envió un emisario, declarando desear mantener las buenas relaciones con Portugal, ofreciendo incluso ventajas comerciales en su territorio.

A su vez, en Portugal también se tejían hipótesis sobre el destino de la armada, surgiendo las más dispares interpretaciones. Para unos se trataba del cumplimiento de un voto hecho por Juan I de ir a Jerusalén como agradecimiento en caso de salir victorioso de la guerra con Castilla; otros adivinaban posibles enlaces de los infantes con princesas extranjeras. Sólo Judas Negro, judío servidor de la reina D^a Felipa, en unas trovas que envió a un escudero de D. Pedro, sugería la toma de Ceuta. Azurara comenta: "mas isto entendiam que ele nao soubera tanto por nenhum sinal certo que visse, somente por júízo de astronomia en que ele muito usava".

Entretanto, se iba preparando la flota. Azurara relata con detalle el "tráfego tamanho" que se vivió en la ribera de Oporto. La armada, que reunió gente de las comarcas de Beira, Trás-os-Montes y Entre Douro-e-Minho e integraba 70 embarcaciones, además de muchas fustas, era dirigida por D. Enrique; llegó al puerto de Lisboa en mayo de 1415. El infante D. Pedro se encargó de reclutar combatientes en las comarcas de Estremadura, Entre Tejo y Guadiana y Algarve.

Partiendo hacia el Restelo y prosiguiendo los preparativos, los infantes decidieron, algo capciosamente, que el monarca participaría en la conquista, a pesar de la opinión contraria del condestable Nuno Álvares Pereira. De cualquier forma, la empresa fue de hecho dirigida por los hijos de Juan I.

El 23 de julio estaba ya el rey en el Restelo, el 24 en Santa Catarina de Ribamar y el 25 la armada levó anclas. No se sabe con certeza el número de navíos ni de combatientes: entre 100 y 270 embarcaciones, según los autores y, de acuerdo con Ruy Díaz de Vega, espía aragonés, 7500 hombres de armas, cinco mil ballesteros y entre 20 y 21 mil peones. Entre ellos se incluían el rey los infantes, y también el conde de Barcelos, el condestable, los maestros de las tres órdenes militares, el prior del Hospital, el almirante, el mariscal Gonçalo Vasques Coutinho, el alférez Joao Gomes da Silva. También había extranjeros de Francia, Polonia, Inglaterra, Alemania y Flandes, entre ellos La Salle, que después haría un relato del acontecimiento.

El 26 de julio doblaron el cabo de San Vicente. Finalmente, ya en Lagos, Juan I encargó a Fray Joao Xira que, en un sermón, divulgara el destino de la expedición militar. Sin embargo, Ruy Díaz de Vega afirma que, el día de la salida, ya casi todos conocían el destino de la armada, dudándose sólo entre Ceuta y Granada. El día 30 partieron para Faro, y allí permanecieron una semana. El 7 de agosto se tomó rumbo hacia Estrecho, parando por Cádiz y Tarifa y, el 9 al atardecer, avistaron tierra de moros. Al anochecer, la flota entró en el Estrecho, fondeando el 10, frente a Algeciras. Los de Granada, temiendo un ataque cristiano, salieron al encuentro de Juan I con diversos regalos.

D. Duarte cuenta, en su *Leal Conselheiro*, que por esas fechas era grande el desánimo entre las huestes portuguesas, siendo el monarca aconsejado que regresara debido a los malos presagios (muerte de la reina D^a Felipa, condiciones meteorológicas adversas), a lo que contestaría "que o coração nao lhe consentiria partir até provar toda sua força".

El día 12, finalmente, los navíos se dirigieron a Ceuta, pero una densa niebla dificultó las maniobras, siendo las naves arrastradas por la corriente en dirección a Málaga. Sólo las galeras, fustas y otras pequeñas embarcaciones llegaron a su destino, siendo recibidas con tiros de la artillería musulmana que, sin embargo, dada la distancia que las separaba, no las alcanzó.

Entretanto, algunos desembarcaron, registrándose escaramuzas con los moros en la playa. El 14, Juan I reunió al consejo y se decidió fondear en el Barbaçote (Bahr Bassul), al sur de la ciudad, en lo que hoy se denomina Punta del Desnarigado, mientras no llegaban las naves garreadas. Dos días después se decidió a atacar la ciudad por el sur, pero sobrevino otra tormenta, arrastrando la corriente de nuevo a las naves hacia Málaga y llevando las galeras a Algeciras. El consejo volvió a reunirse el 19, y muchos se pronunciaron por el regreso a Portugal. Otros decían de quedarse para la conquista de Gibraltar, pero no faltaban los que defendían la prosecución del proyecto hasta el final. Entre ellos los infantes, siempre entusiastas. El rey ordenó disponer la armada a la entrada de la bahía de Algeciras y al día siguiente comunicó al consejo su decisión: Ceuta sería atacada. La flota comandada por D. Enrique iba a fondear en la Almina. La del rey y del infante D. Pedro se colocaría delante de la ciudad, para despistar a los Moros, que creerían ser éste el ataque principal, desguarneciendo así la Almina. Asaltada ésta, se enviarían refuerzos y Juan I desembarcaría a su vez. El desembarco fue el 21, dando paso al ataque de la ciudad.

Mientras Juan I esperaba la hora para iniciar el ataque, un criado del conde de Barcelos, impaciente, dirigió su batel a tierra. El infante D. Enrique siguió ordenando el desembarco. D. Duarte acudió al lugar e inmediatamente se reunieron cerca de 150 portugueses. Obligados a retroceder por la puerta de la Almina, los moros no lograron evitar la entrada de los invasores. El combate duró todo el día, muriendo muchos musulmanes pero, según Azurara, sólo ocho portugueses. No hay duda que se refiere sólo a personas de elevada condición social. Durante toda la noche los conquistadores saquearon la ciudad.

Entretanto, el día 23 el rey mandó que se procediera a la limpieza de la mezquita principal para consagrarla al culto cristiano y que en ella se celebrase un Te Deum de acción de gracias por la victoria. Esto fue en el día 25, domingo, con la asistencia de todos, ricamente trajeados. Fray Joao Xira predicó una vez más. Se colocaron en la nueva iglesia, repiqueteando alegremente, dos campanas que, en tiempos pasados, los corsarios habían llevado de Lagos. Terminado el oficio religioso Juan I armó a los hijos caballeros, con las espadas que les había regalado D^a Felipa, siguiéndoles muchos otros jóvenes.

Decidida la manutención de la ciudad conquistada, Juan I designó para capitán a Martim Alfonso de Melo, que no aceptó el cargo, cayendo entonces la elección sobre D. Pedro de Meneses, hijo y nieto de partidarios de D^a Leonor Telles. El regreso al reino se hizo el 2 de septiembre.

Ya en el reino, en Tavira, Juan I hizo a su hijo D. Pedro, duque de Coimbra y a D. Enrique, duque de Viseu y señor de Colvilha. En fecha incierta, pero no posterior al 8 de febrero de 1416, él mismo añadió a sus títulos de rey de Portugal

y del Algarve, el de "Señor de Ceuta". Pero no quedarían aquí las mercedes. El combatiente anónimo de 1415 fue privilegiado de muy diversas formas, acumulándose en la cancillería de Juan I, de D. Duarte e incluso de Alfonso V, los perdones y las cartas de pousados.

Conquistada Ceuta, Juan I invitó a Fernando I de Aragón a participar en una iniciativa conjunta contra Granada. Sin embargo, ciertamente enojado con la empresa portuguesa, el aragonés rehusó el convite, aunque felicitó a su homólogo portugués por la victoria sobre el Islam. Castilla sólo aceptó la conquista portuguesa de Ceuta en 1423.

Alejada la hipótesis de Granada, Juan I pensó en continuar las campañas marroquíes, solicitándolo a las cortes, y también obteniendo una nueva bula de cruzada, la Rex Regum, concedida por Martín V el 4 de abril de 1418. Al mismo tiempo, pedía al rey de Aragón la venta de caballos de guerra de Sicilia y tranquilizaba a Castilla, enviando una embajada para ratificar las paces de 1411. La empresa nunca pasó del proyecto, debido a una supuesta amenaza de invasión castellana en Portugal y a los cercos de Ceuta de 1418 y 1419.

2. Los cercos de 1418 y 1419

Disensiones diversas entre los musulmanes de Marruecos hicieron que en los tres primeros años de presencia portuguesa los ataques musulmanes a Ceuta no pasaran de escaramuzas sin importancia. Esta situación no se mantuvo por mucho tiempo, ya que en el verano de 1418, el rey de Fez, Abu Said Uthman III, llegó a un acuerdo con el de Granada, Muhammad VIII, a quien prometió el señorío de Ceuta, decidiéndose entonces el ataque a la ciudad perdida en 1415.

El 13 de agosto de 1418, los atalayas de Ceuta vieron aproximarse a las primeras avanzadas moras. El capitán, D. Pedro de Meneses, que había sido avisado por un portugués de Tarifa, los esperaba en todo momento y mandó preparar la defensa. Al día siguiente, envió peones y ballesteros para entretener a los sitiadores con escaramuzas, en el exterior de los muros. Al tercer día, los musulmanes atacaron, lanzando piedras y matando a algunos portugueses. Mientras tanto, aportaron varias fustas moras para auxiliar a los combatientes de tierra, ocupando los moros una torre y haciendo cautivos a sus ocupantes. Meneses ordenó la continuación de las escaramuzas, pero al llegar las fustas a la ensenada de la Almina y aunque los que en ellas venían no llegaron a desembarcar, los musulmanes de tierra atacaron la ciudad. Las escaramuzas prosiguieron el cuarto día del cerco, recurriéndose siempre a los ballesteros, que causaron muchas bajas en el enemigo. Azurara alaba el valor de las mujeres portuguesas de Ceuta que, en semejante trance, no dudaron en combatir al lado de los hombres. Más fustas llegaron,

entretanto, de Granada, al quinto día, pero una vez más no osaron desembarcar. Meneses, más tranquilo, mandó reparar los muros de Ceuta.

Probablemente ya en 1419 hubo un nuevo cerco. La narrativa de Azurara no es muy clara, pero el desarrollo de los acontecimientos permite suponer, como ya lo hiciera David Lopes en 1931, que los hechos siguientes se refieren a un nuevo año. D. Pedro de Meneses supo, en agosto de 1419, a través de Tarifa, que el rey de Granada se preparaba para atacar de nuevo la ciudad del Estrecho con un fuerte ejército. Escribió entonces a Juan I, que envió a D. Duarte a Lisboa para pertrechar una flota de socorro. Los infantes pidieron ser incorporados en la defensa de Ceuta, pero el rey sólo dejó partir a D. Enrique y a D. Juan. A la expedición se incorporó también el conde de Barcelos, bastardo del monarca. 600 hombres oriundos de Lisboa (ciudad donde el infante recogió gran cantidad de pertrechos bélicos), de Oporto y Algarve (a la que se unieron, como en 1415, extranjeros), llegaron al destino en tres días, pasando un mes en Ceuta sin noticias de ataques importantes. Pensando que los moros no volverían por ser invierno, se dispusieron a regresar a Portugal, cuando observaron un enorme fuego que duró cerca de cuatro horas, hecho que interpretaron como una señal de los moros de Marruecos para que los de Granada se aproximasen. Así fue, intentado los sitiadores derribar los muros de Ceuta con tiros de bombardas. Arremetieron después contra la Almina, donde se trabó un duro combate, el 9 de octubre. Los musulmanes acabaron por ser derrotados, muriendo muchos (tres mil, según D. Duarte), quedando otros cautivos y huyendo buena parte hacia las embarcaciones sin que consiguiesen escapar, presentando el mar de Ceuta, durante esos días, un espectáculo macabro de cadáveres y sangre. En esa decisiva confrontación murió el capitán de la flota, sobrino del rey de Granada.

Conseguido el descerco, los infantes permanecieron algunos días más en Ceuta. D. Enrique trazó un plan para atacar Gibraltar, pero fue disuadido de esa idea. Estando cerca de la costa andaluza, el infante aún pensó en atacar Cádiz. Entretanto, disgustado con el resultado de la empresa, el rey de Granada pensó en arremeter de nuevo contra Ceuta, pero sus consejeros le disuadieron del proyecto.

3. ¿Porqué la conquista de Ceuta?

Las razones que llevaron a Juan I a la conquista de Ceuta han dado paso en Portugal a encendidos debates historiográficos. En el transcurso del tiempo se han mencionado diversos factores para explicar la cuestión, pero por lo general las hipótesis apuntan a motivaciones estratégicas, sociales y económicas.

El primer intento de explicar la conquista de Ceuta lo hizo el autor del *Livro dos Azares*, un año después del suceso. Este escribe que el objetivo de tal empresa

fue poner un punto final en las destrucciones y daños causados por los musulmanes en la Península Ibérica, aliado al deseo de controlar el Estrecho de Gibraltar.

Más tarde, en su *Crónica da Tomada de Ceuta*, Azurara defendió una hipótesis que iba a hacer escuela durante siglos: la de que la conquista de Ceuta se debió a que D. Duarte, D. Pedro y D. Enrique, los tres hijos varones mayores de Juan I, deseaban ser armados caballeros en un escenario más digno y honroso que el de un sencillo torneo. Joao Alfonso, veedor de la hacienda, habría sugerido la ciudad del Estrecho y el proyecto, acogido con entusiasmo por los infantes, habría sido después aceptado por el monarca.

En el siglo XIX, el Cardenal Saraiva, en un opúsculo no directamente relacionado con la conquista de Ceuta, recordaba que los ataques constantes de los piratas musulmanes a la costa portuguesa, además de la ancestral enemistad con el Islam, podrían haber sido las causas que llevaron a los portugueses a tomar la ciudad del Estrecho.

Más tarde, Oliveira Martins referiría, a la par de la continuación de la Reconquista, otro factor: "era abrir a Portugal las puertas doradas del Oriente lejano y misterioso donde, efectivamente, existían cristianos, los cristianos del Preste Juan, donde también existían especias, telas preciosas, oro luciente, y todo lo demás que las caravanas transportaban por el desierto, desde el mar Rojo, por el Egipto, Tripolitania, Argel, hasta Marruecos, de que Ceuta era como Nova York, y Fez la capital, como Washington, una corte".

Pero sería la hipótesis avanzada en 1919 por António Sérgio la que, simultáneamente, tendría mayor éxito y controversia en la historiografía. El autor de los *Ensaio*s afirmó que el veedor de la hacienda de Juan I surge, en Azurara, como representante de una burguesía interesada en el comercio ultramarino, siendo Ceuta un punto clave, por la afluencia de las riquezas de Oriente y de los cereales de Marruecos.

Entretanto, en 1923, en un trabajo que pasó desapercibido, Luís Teixeira de Sampaio presentó factores de tipo económico y estratégico, escribiendo sobre éstos: "En manos de los portugueses, Ceuta era una amenaza para los moros de Granada y permitía a Juan I actuar como mejor le pareciera con respecto a la conquista de Andalucía".

En 1924 David Lopes, escribiendo por primera vez sobre el tema, al que volvió repetidamente, recordó que Ceuta no era una zona productora de cereales (que sí existían al sur de Marruecos), ni siquiera un emporio de mercancías orientales, papel que verdaderamente desempeñaba Fez (a propósito rechaza, con la autoridad de gran arabista que era, la comparación de Ceuta con Nueva York y de Fez con Washington, hecha por Oliveira Martins). Prefiere la idea de continuidad

de la Reconquista, realzando aún el hecho de que Ceuta era una importante base naval que, en manos portuguesas, representaba el fin del dominio musulmán del Estrecho y de la piratería islámica en la zona.

Jaime Cortesao publicó en 1925 un primer artículo sobre el tema, negando la hipótesis de Sérgio, pero defendiendo el espejismo del oro del Sudán y, yendo más lejos, defendía la idea de un vasto proyecto de expansión que, en un último análisis, tenía como objetivo la India. No olvidó tampoco el componente de combate contra la piratería.

Mientras se iban añadiendo datos, Joao Lúcio de Azevedo, haciendo tabla rasa de todo lo que se escribiera sobre el tema, volvió en 1929 a la idea del "desempleo" de la nobleza, que habría impedido a Juan I actuar. En ese mismo año Joaquim Bensaúde avanzaba la idea del "proyecto de las Indias" del infante D. Enrique, que deseaba destruir el peligro turco que amenazaba a la Cristiandad, iniciándose precisamente ese duelo con la conquista de Ceuta. Contestando también a Sérgio, Mário de Albuquerque recordó una vez más la desocupación de la nobleza, así como el espíritu de caballería y los ideales religiosos. Baltasar Osório, en un estudio mediocre publicado en 1933, vino a reafirmar que la conquista de Ceuta fue, sobre todo, un acto caballeresco.

Veiga Simoes, a su vez, elabora un cuadro de las necesidades de los diferentes grupos sociales, concluyendo que la crisis económica que se vivía por entonces llevó al deseo de "ensanchamiento de tierras". En 1940, en una ponencia olvidada, el Vizconde de Lagoa vino a defender la existencia de un "estímulo económico" en la conquista de Ceuta, más concretamente el deseo portugués de establecer un centro de intercambios en la costa africana donde afluyesen oro y otras riquezas de Oriente.

Pero, la hipótesis de Sérgio, pese a las críticas, vino a recibir la atención de un historiador profesional muy reconocido por su magisterio intelectual: Vitorino Magalhaes Godinho. Este, empezó por criticar en 1943 un libro de Joaquim Bensaúde y, volviendo después al mismo tema, escribió que Ceuta valía por sí misma, para facilitar la apertura a los dos mundos, el marroquí-mediterráneo y el marroquí-atlántico. Allí habrían visto los mercaderes portugueses la posibilidad de buscar el oro de Sudán, el cereal de Marruecos, nuevas áreas de pesca y una base para el rescate de esclavos.

Torquato de Sousa Soares, escribiendo inmediatamente después de la publicación de un libro de Godinho, *A Economia dos Descobrimentos Henriquinos*, negó la existencia de un proyecto global para la conquista de Marruecos, defendiendo que la idea de combatir a los musulmanes en su territorio no era de 1415. El objetivo primordial de la empresa juanina habría sido acabar con la piratería y el corso islámicos, responsables de la captura de un gran número de cristianos.

Por las mismas fechas, Dias Dinis hacía el elenco de las bulas de cruzada concedidas por los Papas a los reyes de Portugal, antes de 1415, manifestándose a favor de la idea de continuidad entre la Reconquista y las arremetidas contra Marruecos, en concreto, con el fin de evitar el refuerzo de Granada.

Para Borges Coelho, fueron las siguientes las razones decisivas de la conquista de Ceuta: "el dominio del Estrecho, la posesión de una base magnífica para la guerra de corso, un paso adelante en dirección al mundo del oro, de las especias y de los esclavos".

En trabajo redactado en 1971, pero sólo difundido en Portugal después de la muerte del autor, Alexandre Lobato defendió que el espíritu de caballería, en su doble vertiente de honra y de provecho, fue el móvil esencial de la conquista de Ceuta. Y escribió: "No hay ningún imperativo nacional, peninsular, o internacional, para la conquista de Ceuta. Trátase de una grandiosa inutilidad, cualquiera cosa como el hecho de la construcción de Mafra en el siglo XV". Negó así todo tipo de intervención burguesa en el acontecimiento.

En 1978 Adao da Fonseca recordaba que una de las motivaciones de la conquista de Ceuta fue el deseo de controlar el Estrecho, tema que interesaba a portugueses y genoveses. De hecho, después de 1415 la ciudad pasó a ser la base de las navegaciones lusas contra el Islam y contra el Mediterráneo Occidental.

Poco tiempo después, Jorge Borges de Macedo puso en cuestión interpretaciones apoyadas en "factores que la sociedad de ese tiempo no vivía, ni analizaba con nuestras prioridades", para destacar aspectos estratégicos: "las razones para la conquista buscaban el equilibrio de las fuerzas internacionales. La operación militar es el resultado de una estrategia derivada directamente de la insuficiencia de un posible apoyo de Inglaterra a Portugal, en el siglo XV, y cuyo objetivo era garantizar a Portugal una mayor área de intervención en el ámbito del equilibrio peninsular, de modo que, por un lado, actuara como forma de presión sobre Castilla, y por otro, valorizara el reino de Aragón, al sur".

Joao Silva de Sousa, en su tesis doctoral leída en 1988, recordó la idea un poco olvidada del "deseo de hechos bélicos", aliándola a la desocupación de la nobleza.

En un trabajo de 1990, António Dias Farinha caracterizó la conquista de Ceuta como siendo una "iniciativa aislada, sin ningún enemigo que amenazara las fronteras, sin ningún peligro inminente y preparada en gran secreto", para terminar diciendo que la misma se justificó por la necesidad de afirmación de Juan I y de la casa de Avis a nivel interno y externo, para contrarrestar la amenaza de invasión castellana y para obtener la benevolencia del Papado y de la Cristiandad en general.

Más hay que atribuir a A.H. de Oliveira Marques la revisión crítica y global del problema. En 1962 este autor se manifestó en gran parte de acuerdo con las ideas de Vitorino Magalhaes Godinho pero diez años después, en su *História de Portugal*, revisó toda la problemática, destacando los diferentes aspectos que llevaron a los portugueses de 1415 a asediar la ciudad del Estrecho. Oliveira Marques apuntó en este sentido que "las motivaciones, objetivos e infraestructuras" de la conquista de Ceuta no se podían confundir con las de la expansión ultramarina, relacionándose más bien con la Reconquista de los siglos XII-XIII o aún con las manifestaciones expansionistas europeas en el Mediterráneo de los siglos XIV al XVI. De hecho, la empresa portuguesa de 1415 es más parecida a los ataques castellanos contra Trípoli, en 1434 o contra Melilla, en 1497, que al reconocimiento del archipiélago de Madeira o al paso del Cabo Bojador.

Más tarde, Luís Filipe Reis Thomaz recuperó y desarrolló muchas de estas ideas si bien en un ámbito y con unos objetivos completamente diferentes. Para este autor, también se debe plantear la intervención portuguesa en Ceuta como la extensión natural de la Reconquista. Desde finales del siglo XII, con la creación de la diócesis de Marruecos pero, sobre todo desde la batalla del Salado, cuando se empezaron a multiplicar las bulas de cruzada concedidas a los monarcas portugueses, se pensaba en algo semejante. Por otro lado, aunque tuvo alguna importancia a nivel económico y estratégico, Ceuta nunca fue un emporio y es gratuito afirmar, porque nada en la documentación lo confirma o sugiere, que la burguesía hubiera presionado a Juan I para la conquista de la ciudad, que por el contrario habría sufrido algunos perjuicios con la empresa. Tal y como hizo David Lopes, este autor recuerda que Ceuta no era una región rica en cereales y el hecho de haber sido abastecida con trigo del Reino, de Andalucía, de las Azores, de Flandes y del sur de Marruecos, en los siglos de ocupación portuguesa y española demuestra su insuficiencia frumentaria. Con la marcha a Ceuta la monarquía desvió para Marruecos una nobleza turbulenta, entusiasta de conquistas, que pasaba por alguna inestabilidad, poniéndola al servicio del Estado, dándole cargos públicos, tenencias, encomiendas y posibilidades de enriquecerse rápidamente, al mismo tiempo que reducían en el reino posibles focos de tensiones sociales.

4. La campaña de 1437 y el problema de la restitución de Ceuta

En 1437, los portugueses intentaron una nueva conquista en el Norte de África. A Tánger se dirigió un ejército comandado por el infante D. Enrique, hermano del rey Duarte, en el que se integraba también el infante D. Fernando, hermano pequeño de ambos. El incumplimiento de las exactas instrucciones regias y la ineptitud del comandante, hicieron que la arremetida contra Tánger redundase en un total fracaso militar.

Firmada la paz, los portugueses se obligaron a restituir Ceuta. Como garantía, el infante D. Fernando permaneció rehén de los musulmanes. Empezó por ser llevado para Arcila, permaneciendo allí siete meses, pasando después a Fez, capital del reino de los mariníes, de donde le sería casi imposible huir.

En los años siguientes el rey D. Duarte, la reina regente D^a Leonor y el infante regente D. Pedro intentaron continuamente negociar con los musulmanes la liberación del infante a cambio de la restitución de Ceuta (que estuvo a punto de efectuarse pese a la ruptura del tratado de paz y a la gran oposición en el reino a tal proyecto) o por otras negociaciones, con o sin intermediarios, ya fuera preparando una evasión o pagando un rescate. La desconfianza de ambas partes malogró todos los proyectos, acabando por ser el infante D. Fernando la gran víctima, cuyo cautiverio de casi seis años osciló entre el tratamiento privilegiado de prisionero de "lujo" y el dado a un desestimable cautivo, en función de las negociaciones con Portugal. Acabó por morir en Fez el 6 de julio de 1443.

5. Ceuta y las nuevas campañas en Marruecos

Subiendo al poder en 1448, Alfonso V se interesó de inmediato por la continuación de la guerra contra los musulmanes. No olvidemos que Ceuta seguía siendo la única plaza fuerte portuguesa en Marruecos y el nuevo monarca tuvo consciencia, como ya antes Juan I y D. Duarte, de la poca utilidad y eficacia de esa presencia aislada.

Así, en 1458, conquistó Alcázar Seguer y, dos años más tarde, idealizó el proyecto de pasar a Ceuta con 2000 jinetes y de allí emprender alguna conquista. Pareceres negativos y una enfermedad súbita del monarca, hicieron aplazar el proyecto. Sin embargo, ya en 1463, se preparaba de nuevo para ir al Norte de África. Dos antiguos cautivos portugueses revelaron que un caño existente en la muralla de Tánger estaba colocado hacia fuera, haciendo posible una escalada. Pero tardaron tanto los preparativos que los moros pudieron prevenirse. El rey partió el 7 de noviembre de 1463, seguido también del infante D. Fernando y de muchos nobles. En Lagos, y después cerca de Silves, donde la flota fondeó, Alfonso V fue aconsejado a desistir de la empresa, ya que el final del otoño, generalmente tormentoso en las costas marroquíes, podría ser fatal. A cierta altura, la flota fue cogida por una tormenta y casi se perdió. Dos embarcaciones nunca fueron recuperadas, pero las demás fueron arribando a Ceuta, yendo los tripulantes, con Alfonso V a la cabeza, a agradecer a Santa María de África la salvación de una muerte que tuvieron como cierta.

El rey permaneció en Ceuta del 12 de noviembre hasta por lo menos el 13 de marzo de 1464, distribuyendo gracias y mercedes, expresamente a los que, beneficiándose del perdón general, se habían incorporado a la armada. En enero se desplazó a Gibraltar, encontrándose con Enrique IV de Castilla. Este, más interesado en la guerra contra Granada, dejó a Alfonso V el camino libre para nuevas iniciativas en el Norte de África.

Por tres veces se intentó alcanzar Tánger desde Alcázar Seguer, siempre sin éxito. Alfonso V no quiso regresar al reino de manos vacías, idealizando el plan de adueñarse de Arcila. Sin embargo, lluvias intensas hicieron que volviera a Ceuta. No desistió el monarca y, avisado por algunos moros, decidió esta vez arremeter contra la sierra de Benacofú (probablemente Beni Gorfot). Con él partió, aunque desconfiado por la temeridad de la empresa, el capitán de Alcázar Seguer. Duarte de Meneses que, por entonces, se encontraba en Ceuta. El terreno difícil de la sierra no ayudó en las acciones de los portugueses, sobre todo de los jinetes, acabando por darse orden de retirada. Alfonso V pidió a Meneses que le cubriese la fuga, acabando por morir el héroe de tantos combates. Corrían los primeros días de febrero de 1464. El rey, disgustado, regresó a Ceuta.

En la década de 1460 tuvieron lugar importantes cambios políticos en Marruecos. En 1465 se registró la revolución de los idrisíes, que llevó al asesinato del rey de Fez, Abd al-Hakk y puso fin a la dinastía de los mariníes. Ascendió al poder un jerife, pero de inmediato la familia de los wattasíes (Beni-Wattasi), emparentada con los mariníes, intentó hacerse con el poder. Así, en 1471, Fez se encontraba cercada por el alcaide de Arcila, Muhammad al-Shayk (el Mulei Xequé de las crónicas portuguesas), que al año siguiente daba comienzo a una nueva dinastía.

Sabedor de esto, Alfonso V se decidió a llevar a cabo nuevas operaciones militares en Marruecos. Su idea era dirigirse en primer lugar a Tánger. Fue sin embargo aconsejado a optar por Arcila, por el tamaño y fuerza de Tánger y también porque una empresa como ésta exigiría más gastos al reino. Además, con Arcila en manos portuguesas, Tánger no tendría razón de ser para los musulmanes. Así fue: en 1471, Arcila cayó frente a las armas portuguesas y los habitantes de Tánger abandonaron la ciudad donde entró Alfonso V con el solo disgusto de no habersele dado lucha. Muhammad al-Shayk, rey de Fez, firmó la paz con Alfonso V y le reconoció el señorío de Ceuta, Alcázar Seguer y Arcila, el derecho de ocupar Tánger, Larache y Anafé y aún de atacar y adueñarse de ciudades amuralladas, sin que con eso se rompiera la paz. Por su parte, el rey de Portugal reconocía a Muhammad al-Shayk como legítimo soberano de Fez.

ASPECTOS ESTRUCTURALES

1. Población

Buena parte de la población de origen portugués que habitó las ciudades y villas portuguesas del Norte de África en el siglo XV era más permanente de lo que a primera vista se pudiera pensar. De hecho, además de los frontereros, grupo más o menos flotante, se encontraban los que suelen designarse como vecinos, o sea, la población permanente de las plazas entre los que había ya algunos nacidos en el Norte de África.

En 1442 se concedió una tenencia a un físico que sirvió 26 años en Ceuta. Al año siguiente, un caballero de la casa real, Alfonso de Miranda, vendió sus bienes antes de partir para la misma ciudad. En ese mismo año, Alfonso V hizo donación de casas, corrales y heredades de pan en Ceuta a un hombre que allí vivía desde 1415. En 1446 se concedió perdón al hijo de un hombre que había habitado 20 años en Ceuta, donde permanecía desde los 18. También, hacía 26 años que en la ciudad del Estrecho vivía Joao Pacheco referido en documentación en 1448. En 1451 un vecino de Albufeira se desplazó para Ceuta con su mujer e hijos. Pero el caso más significativo es el de la familia Pereira, formada por los descendientes de Joao Pereira Agostim, combatiente de 1415 que se quedó en Ceuta después de la conquista.

Desde las mujeres de los capitanes a los escalones más bajos de la sociedad, es un hecho a destacar la presencia femenina, en contraste con otros espacios de expansión portuguesa como son la costa occidental africana, Oriente y Brasil. Por lo general, se trataba de mujeres casadas, pero también las había solteras, algunas de ellas prostitutas o mancebas.

Pero, aun así, eran visibles los casos de población flotante. Además de los ya mencionados frontereros, habría que destacar la importancia de los nobles relacionados con la actividad bélica y, no olvidemos tampoco que las plazas portuguesas eran puntos privilegiados de destierro y de refugio. Así, no sólo eran frecuentes la ida y vuelta al Reino, sino también el tránsito de una plaza para otra.

La documentación menciona diversos individuos con el patronímico "de Ceuta". Eso puede indicar dos situaciones: el que hubieran nacido en la ciudad del Estrecho y se hubieran ido a vivir al Reino, llevando con ellos el apelativo del lugar de origen; o, lo que es más probable, el que hubieran nacido en otro lugar distinto de Ceuta, pero hubieran vivido en ella durante algún tiempo, siendo mencionados al regresar a sus lugares de origen como "de Ceuta".

2. Sociedad

Diversos tipos de personas habitaban las ciudades y villas portuguesas del Norte de África. Empezando por los fronteros, el capitán se encontraba a la cabeza de este grupo de hidalgos y otros nobles que integraban su casa, la de otros grandes señores o la misma casa real. El primer capitán de Ceuta, entre 1415 y 1437, fue D. Pedro de Meneses. Este hijo y nieto de partidarios de D^a Leonor Telles, había sido llevado para Castilla, regresando a Portugal en 1404. Ocupaba en 1415 un lugar destacado en la casa del heredero del trono. Parece que su nombramiento para la capitanía de Ceuta se hizo bajo presión de D. Duarte, en última instancia, después que varios individuos no aceptaran el cargo. Este hidalgo restableció su casa siempre con referencia a sus denigrados antepasados y no a la nueva dinastía, instituyendo un mayorazgo en 1431.

Después de D. Pedro de Meneses, que falleció en 1437 poco antes de la expedición portuguesa a Tánger, fueron capitanes de Ceuta algunos descendientes suyos, o sea, miembros de la casa de Vila Real. Además, en 1463, se permitió al capitán de Ceuta que eligiera a un hermano o a un hijo para sucesor; lo mismo pasó en 1467 con el conde de Vila Real.

Por lo general, los capitanes se hacían acompañar de las respectivas familias, habiendo noticias sobre la presencia de sus mujeres, hijos e hijas. Por ejemplo, dos de las tres mujeres de D. Pedro de Meneses residieron con él en Ceuta y aquí también casó una de sus hijas ilegítimas. También se hacían acompañar por otros hidalgos y nobles, algunos de su casa.

En cuanto a otros, habría que recordar que el carácter específico de las plazas portuguesas llevaba a que casi todos los hombres sanos que allí vivían se ocupasen del oficio de las armas. Sin embargo, los profesionales eran un número reducido.

Otro grupo importante estaba formado por desterrados y forajidos. De hecho, muchos delitos cometidos en el reino implicaban penas de destierro para el Algarve de Ultramar. Por otro lado, muchos criminales huían para las ciudades y villas de Marruecos que funcionaban como los cotos de forajidos (coutos de homiziados) en el Reino. Los crímenes contra la seguridad interna del Reino, como eran abrir cartas regias, de infantes, duques y condes, falsificar señales de desembargadores, instituir cárceles privadas, acudir a peleas y alborotos, haber desertado de las armadas de 1415 y 1437, implicaban penas de destierro en Ceuta que iban de uno a cinco años, de acuerdo con el delito y la persona que lo cometía, no olvidando que muchas de las penas conllevaban multas y azotes.

También era castigado con el destierro en Ceuta quien falsificase o cercenase moneda, ayudase a la evasión de prisioneros, durmiese con mujer casada, desde que el marido se reconciliase con ella después, y los acusados de hechicería, de

vicio de juego, de arrancar mojones de propiedad ajena y de homicidio no premeditado. Las penas de destierro no eran por lo general muy largas, a excepción de la referente al adulterio, que podía llegar a siete años, al uso consciente de moneda falsa, cuya pena era perpetua, y al juego, dejada al arbitrio del rey.

Muchos de los condenados por sentencia o carta regia al destierro en Ceuta veían después la pena conmutada por transferencia a los coutos de homiziados del Reino, al alegar incapacidad física o necesidad de asistir a familiares desvalidos. Así, por lo general, cumplían el doble de tiempo que cumplirían al servir en Ceuta. A la inversa también se verificaba, aunque con menos frecuencia. Y también parecía ser preferible la permanencia en el Norte de África que en la zona sub-sahariana.

La permanencia en Ceuta, Tánger, Alcázar Seguer y Arcila podía conllevar perdones para delitos anteriores, o sea, era considerada circunstancia atenuante. Por otro lado, se concedían muchos perdones a condición de que el culpado pasara algún tiempo en una de las plazas. Numéricamente, no eran muchos los desterrados y forajidos.

No hay tampoco que olvidar la presencia de artesanos en plazas de Ultramar, destacando entre ellos los herreros de Ceuta, que recibían diferentes contribuciones pagadas por los judíos del Reino, conociéndose datos de las comunas de Lamego, Guarda, Porto, Chaves, Vila Real, Guimaraes, Torre de Moncorvo y Covilha para el período de 1432 a 1496.

También vemos extranjeros, judíos y moros en las ciudades y villas magrebíes. Dias Dinis piensa que cierto Paulo Húngaro, fraile de la Orden de Cristo, era un magiar nacido en la ciudad. En 1464 o antes, fue muerto Fernao García, extranjero de origen no especificado, que vivía en Ceuta. También se localizan alemanes como bombardeos y un cierto Ramseider, de Salzburgo, que inventó un ingenio bélico. En estas plazas residían aún castellanos. Un documento de 1478 refiere que Ruy López de Alcaraz, vecino de Sevilla, poseía casas y bienes en Ceuta, Tánger y Arcila desplazándose hacia allí con consentimiento de los Reyes Católicos pese a la guerra entre Portugal y Castilla.

Por esas fechas de presencia portuguesa, los judíos no formaban una verdadera comunidad autóctona al ser de diversas procedencias. En verdad, muchos de los que se venían dedicando al próspero comercio con Italia y Aragón, iniciado en el siglo XI, huyeron con los musulmanes de Ceuta en 1415. Así mismo, después de la expulsión de 1492, fueron pocos los que eligieron Ceuta como destino, prefiriendo Tánger, Arcila, Safi y Azamor. Sin embargo, antes de eso, encontramos en Ceuta al maestro José, físico del conde D. Pedro de Meneses y al maestro Guedelha, físico y cirujano del conde de Vila Real.

En cuanto a los moros, es casi total el silencio de las fuentes, ignorándose, por ejemplo su número y papel en las plazas portuguesas. Lo más seguro es que, al igual que en Ceuta en 1415, hubieran escapado casi todos para territorio islámico.

Situación diferente vivían los denominados moros de paces, musulmanes que, desde fines de la década de 1460 y sobre todo de los 70, pagaban tributo a las plazas portuguesas por habitar en las cercanías. En 1464 hubo así mismo una discordia entre los capitanes de Ceuta y Alcázar por el cobro del tributo de una tierra, acabando por decidirse la cuestión en favor del primero.

3. Economía

Eran diversas las actividades económicas a que se dedicaban los habitantes de las ciudades y villas portuguesas del Norte de África. En cuanto a la agricultura, vemos el sencillo cultivo de legumbres en campos y huertas, mencionado en lo que a Ceuta se refiere, por el alemán Nicolau Lankman de Valckenstein, que visitó la ciudad en 1451. Para la misma ciudad, Vitorino Magalhaes Godinho recopiló en la documentación varias menciones a tierras de cultivo de cereal. En relación a la actividad pecuaria, se sabe que la cría de porcino estaban, en las plazas magrebíes, al cuidado de andaluces y cristianos nuevos castellanos.

El comercio asumía diversas vertientes siendo una de ellas con el reino. Así, en 1459, se dispensó a los habitantes de Ceuta de pagar el diezmo de los moros y otras mercancías llevadas de allí a Lisboa, por mar. Sólo en 1502, D. Manuel extendió un semejante privilegio a los habitantes de Tánger, Arcila y Alcázar.

El comercio con el Islam requerido por Juan I, fue autorizado a los cristianos de Ceuta por el Papa Martín V: podrían comerciar de todo, excepto hierro, cuerdas, navíos, armas, etc. D. Duarte renovó ese permiso en 1437, el regente D. Pedro en 1443 y, Alfonso V en 1456.

Como ya antes de 1415, muchos extranjeros se dejaron atraer por las plazas portuguesas en el marco de ese comercio legal con el Islam. Genoveses, mallorquines, venecianos y catalanes, que ya se encontraban en Ceuta en la fecha de la conquista portuguesa, allí siguieron después. En verdad, los genoveses han sido siempre uno de los pueblos más interesados en comerciar con el Marruecos portugués. Antes de la guerra de 1474-1479 también se veían castellanos negociando en Ceuta, Arcila y Tánger. Ruy López de Alcaraz es un ejemplo.

Muchos de los mercaderes eran judíos. A uno de ellos se le concedió en 1464 el mismo privilegio atribuido a los habitantes Ceuta: la exención de pago del diezmo de los productos llevados para el Reino.

Pero ese comercio también podía ser, y de hecho era, frecuentemente ilegal pese a todas las prohibiciones papales y regias. De ahí las constantes infracciones, castigos y perdones. En 1453 un judío fue detenido por orden del capitán de Ceuta cuando junto con varios moros intentaba hacer pasar mercancías de Tánger para Granada.

En 1466 a Diogo Lopes, cristiano, se le perdonó el crimen de haber intentado llevar una barca de Ceuta para Málaga.

Todavía una palabra sobre moneda y precios. En Ceuta existían cecas ya antes de la conquista portuguesa, continuando su labor después de 1415, por lo menos durante los reinados de Alfonso V y Juan II, acuñando medios escudos y reales de plata. En 1454, se nombró para Ceuta un escribano de la moneda.

Obsérvese aún que el famoso ceutil, moneda de cobre puro hecha desde fines del reinado de Juan I, debió su nombre a la ciudad del Estrecho y es probable que se acuñara para celebrar esa conquista. Circuló hasta fines del siglo XVI.

4. Aproveccionamiento

El aprovisionamiento se hacía por diversos medios. En primer lugar, lo que los habitantes de las plazas obtenían en la actividad de corso y almogaverías.

De la primera, cuya importancia como forma de aprovisionamiento ya ha sido mencionada, hay un ejemplo de diciembre de 1415: los portugueses asentados en Ceuta habían capturado un barco siciliano cargado de cereal. En cuanto a las almogaverías, como medio de obtener comestibles y cautivos, abundan los ejemplos en las fuentes, de manera destacada en las Crónicas de Azurara.

Otra importante fuente de abastecimiento era Portugal. En Lisboa, la denominada Casa de Ceuta, centralizaba dinero, cereal y otros géneros que en el reino o fuera de él se recogían con destino a la ciudad portuguesa del Estrecho. Creada ya en 1415, el más antiguo documento en que se le hace referencia es de 1434. La Casa de Ceuta estaba dotada de un elaborado cuerpo de oficiales, que iban desde el tesorero-mayor a individuos con funciones no especificadas, pasando por escribanos, recibidores, veedores de la hacienda, contadores y fieles.

Había grandes problemas en cuanto al abastecimiento alimenticio. De acuerdo con un documento de 1446, el contador del Algarve enviaba frecuentes víveres para Ceuta. En 1466, un cierto Diego Lopes vendió a los moros de Málaga, vinos y otros suministros destinados a Ceuta.

Pero, iba a ser el cereal el verdadero rompecabezas de los portugueses en relación a Ceuta, Alcázar, Arcila y Tánger. En los primeros años de presencia portuguesa en Ceuta, parecen haber sido los almojarifazgos de Guimaraes y Vila

Real, el realengo de Ribamar el maestrazgo de Santiago y otros los encargados de abastecer de cereal a la ciudad; desde los años 40 casi todo el reino contribuyó, a pesar de verificarse una mayor concentración en los llamazares de Ribatejo. Las necesidades de las plazas llevaba a no pocos abusos a la hora de recoger el cereal. Se gastaba anualmente con Ceuta una media de 700 toneladas de trigo, siendo 350 la cifra para Alcázar. Si Arcila y Tánger no presentaran cifras muy diferentes se verificaría que el reino exportaba anualmente para el Magreb por lo menos 2000 toneladas de cereales.

También se sabe algo sobre las embarcaciones que se dirigían a las plazas portuguesas del Norte de África, en misión de abastecimiento o sencillamente militar. Desde 1415 el monarca requirió en el Entre Douro y Minho un conjunto de navíos para el abastecimiento de la nueva conquista. En 1455 Oporto presentó en Cortes una queja contra la apropiación de barcos, fondeados en el Duero, que hacía el contador de la Casa de Ceuta con destino a la ciudad del Estrecho. Un documento de ese mismo año menciona una barca denominada, de manera muy significativa, Santa María de África destinada a transportar víveres para Ceuta. Naturalmente, en el reino también se requerían calafates para ir en las galeras o prestar servicio en Ceuta. Los de Lisboa eran elegidos por sus maestros, pero en 1459 se quejaron al rey de que habían pasado a serlo por el capitán, almirante, veedores de la hacienda y almojarifes de la ciudad; Alfonso V ordenó que se volviera a la primera forma. Se confirmó en 1492. Se sabe también que en 1462 un navío de la duquesa de Bragança andaba transportando cereal para la ciudad del Estrecho.

5. Administración

En 1416 Juan I entregó al infante D. Enrique "todas as cosas que cumprem para a dita nossa cidade de Ceuta e para sua defesa". Se trata de un documento que convertía al infante en el más alto responsable ultramarino, después del rey, función que suscitó algunas dudas entre los historiadores al no quedar claras las atribuciones de D. Enrique y las de los capitanes de Ceuta. Como ya fue observado, este cargo del infante se atenía sólo a la responsabilidad en el Reino para el gobierno de Ceuta. La situación se esclarece cuando Alfonso V declara para sí la gestión suprema de la ciudad, en 1450.

En cuanto al capitán o gobernador de las ciudades y villas magrebíes, detentaba amplios poderes, no muy diferentes de los de otros espacios ultramarinos. En 1445, el nombramiento del conde de Arraiolos para Ceuta conllevaba *la jurisdicción cível e crime, alta e baixa, mero e misto império*. Podía aplicar penas incluso de muerte sin apelación. Eso se repitió en diversos nombramientos posteriores. Sólo excepcionalmente se facultaba a los capitanes el poder donar propiedades y nombrar a ciertos oficiales, como sucedió con los condes de Arraiolos

y de Odemira, capitanes de Ceuta. De hecho, semejantes poderes tan pronto eran dados como suprimidos, dependiendo más de la persona del capitán que de otro factor.

A diversos capitanes de Ceuta, Alcázar, Tánger y Arcila se les concedió aún el quinto del botín de las cabalgadas y presas de mar y tierra, y el quinto de los tributos por pagos de los moros de paces.

Las ciudades y villas portuguesas de Ultramar eran servidas, tal como las del reino, por una gran red de funcionarios públicos, cuya acción se extendía a diversas áreas. Así, se conocen datos sobre notarios públicos, jueces, jueces de huérfanos, almotacenes y camineros.

También hay que referir a la organización financiera de las plazas. Ceuta y Tánger eran sedes de almojarifazgo a semejanza de otras ciudades del reino. Aquellas dos ciudades, como Alcázar y Arcila, poseían diversos funcionarios de hacienda, entre ellos los contadores, recibidores, escribanos de comptos y porteros de comptos.

6. Defensa

La situación de las ciudades y vilas portuguesas del Norte de África era particularmente difícil a nivel de defensa, al encontrarse enclavadas y aisladas entre territorios musulmanes. Era un caso de ocupación limitada, referida por Robert Ricard en un artículo de 1936, todavía actualizado. No hay que olvidar que Ceuta fue la única plaza portuguesa entre 1415 y 1458, fecha en que se le juntó Alcázar Seguer y, sólo en 1471, Arcila y Tánger. Fueron 43 años de aislamiento.

Eran dos los tipos de peligro procedentes del Islam: los moros vecinos, que atacaban cuando podían, realizando las famosas almogaverías, y las fuerzas del rey de Fez, cuyos ataques menos periódicos, eran quizá más eficaces o, por lo menos, llevaban a una mayor nubilización de recursos por ambas partes. Por ejemplo, en 1426, 1300 moros, siendo 300 jinetes y los restantes a pie, sitiaron Ceuta. D. Pedro de Meneses salió a su encuentro con 25 jinetes y algunos peones, matando a 130 atacantes y cautivando a 22. Entre los cristianos no hubo más que 22 muertos. En 1490, un emir que fundara una ciudad cerca de Tetuán y que, junto con el alcaide de Granada, tenía en jaque a la autoridad portuguesa en Marruecos, intentó ocupar Ceuta utilizando una estratagema que envolvería al escudero Lopo Sanches. Y se seguirían los ejemplos.

En cuanto al rey de Fez, éste sólo reaccionó en 1418-1419, con dos grandes cercos llevados a cabo junto con el soberano de Granada. Diversos documentos mencionan el envío de una armada a Ceuta en 1440, lo que lleva a pensar en nuevo cerco. Inmediatamente después de la conquista de Constantinopla por los

Turcos en 1453, el rey de Fez asedió Ceuta, "mas porque entao achou a cidade con mais força e maior segurança do que fez fundamento, levantou o cerco com propósito de logo tornar sobre ela com mais artilharias, engenhos e poder". En 1458, poco antes de la conquista de Alcázar Seguer, el conde de Odemira, capitán de Ceuta, pidió auxilio militar a Alfonso V por temer un cerco del rey de Fez, pero éste, "como deu vista a Ceuta logo se volveu". Será éste el episodio de que habla Munzer: en 1458, 40.000 hombres bajo el mando de los reyes de Fez, Túnez y Orán cayeron sobre Ceuta. En una de estas campañas se incorporó el alemán Jorge de Ehingen, residente en Castilla, que pidió permiso a Alfonso V para ir a Ceuta a ayudar a los cristianos a rechazar a los musulmanes. Éstos eran cerca de 20.000 y el asedio duró tres días, llegando el referido alemán a luchar cuerpo a cuerpo con un moro, decapitándolo. En 1464, la ciudad del Estrecho sufrió un nuevo cerco por el rey de Fez. Se sabe muy poco de este sitio, sólo que Alfonso V envió a la ciudad a D. Álvaro de Castro. En 1475 los musulmanes se coaligaron con los Reyes Católicos de Castilla y Aragón para atacar Ceuta. Otro cerco ocurrió un año después.

Pero los cristianos residentes en Ceuta, Alcázar, Arcila y Tánger también atacaban a los musulmanes por tierra y por mar, o sea, en almogaverías y en acciones de corso. Refiriéndose a estas últimas, diversos autores mencionaron ya la importancia del corso portugués desarrollado a partir de Ceuta, en el siglo XV. Guillermo Gozalbes Busto reseñó, en las crónicas marroquíes de Azurara, buena parte de las iniciativas bélicas marítimas contra el Islam ordenadas por el conde D. Pedro de Meneses y, posteriormente, desde Alcázar Seguer, por su hijo D. Duarte de Meneses. Se realizaron ataques a las costas mediterráneas y atlánticas, alcanzándose Larache y Anafé y destruyéndose navíos provenientes de Tánger y Alcázar Seguer. D. Duarte de Meneses llegó incluso a conquistar Gibraltar, en agosto de 1462.

Las operaciones terrestres, eran conocidas por almogaverías, tal y como las musulmanas. Veamos algunos ejemplos: en 1437, en las vísperas de la fracasada empresa de Tánger, D. Duarte de Meneses habría hecho una almogavería a nueve leguas de Ceuta, trayendo prisioneros y ganado. Aún llegaron a Tetuán, pero las murallas les cerraron el paso, no pudiendo atacar por falta de armamento. En 1451, para celebrar el paso por Ceuta de D^a Leonor, hermana de Alfonso V y emperatriz de Alemania por su reciente enlace con Federico III, el capitán efectuó una almogavería contra Tánger, acompañado de gran número de combatientes, trayendo cautivos y ganado vacuno y mular. La emperatriz ordenó que libertasen a los cautivos.

Como escribieron Mercedes García-Arenal y Miguel Ángel de Bunes Ibarra, refiriéndose al conflicto entre Cristiandad y Islam en las plazas portuguesas y

españolas, era una guerra "latente aunque nunca declarada abiertamente, que no pretende conquistar las tierras del enemigo, sino hacerle el mayor daño posible".

Se sabe algo de las técnicas de defensa de estas plazas. Existía un elaborado sistema de vigilancia, a fin de garantizar eficazmente la seguridad en los alrededores de la ciudad, práctica a la que llamaban "asegurar el campo". Atalayas, atajadores, escuchas y almocadenes, designados todos ellos "gente del campo", garantizaban el funcionamiento de ese sistema. A los atalayas o vigías les incumbía explorar el terreno junto a las murallas antes de que se efectuara alguna salida al campo; los atajadores se encargaban de descubrir caminos, así como las señales dejadas por los enemigos y de observar los posibles sitios de emboscadas; los escuchas debían espiar y los almocadenes funcionar como guías. La señal de alarma era dada por una campana que tocaba a rebato, para que los que se encontraban fuera de las murallas pudiesen regresar, por el "facho", una especie de cesto sin fondo colocado a media asta en caso de peligro y completamente izado en clima de tranquilidad

Nos llegaron pocas informaciones sobre ingenios bélicos. Un individuo natural de Salzburgo, llamado Ramseider, dejó en Ceuta un invento peculiar, que consistía en una cazuela de barro mal cocido, destinada a llenarse cal, polvo y triángulos de hierro y que sería arrojada a los moros desde lo alto de las murallas.

Muchos sirvieron en las plazas portuguesas durante este período. Ya se recordó que su especificidad llevaba a que casi todos los hombres sanos que allí vivían se ocupasen del oficio de las armas. Todavía, hay que distinguir las funciones relacionadas con la vida en el interior de las plazas (alcaide mayor, alcaide del mar y alcaide de las puertas), de las que se relacionaban con las operaciones fuera de las murallas (adalid, almocadén, atajador y escucha). Sobre la paga debida a estos hombres, el rey D. Duarte decretó entre 1437 y 1438 que los que iban a Ceuta recibieran 1200 reales, ya fueran escuderos, 600, ya fueran peones, solventando el adelanto de sueldo de cuatro meses. Más tarde, prescribió que cada hombre de armas llevara mil reales, cada ballestero 700 y cada peón 500, además de tres meses de mantenimientos.

Muchos de éstos sirvieron en Ceuta en 1415 y en los descercos de 1418-1419. Algunos quedaron por allá unos años sirviendo militarmente. Otros han llegado a la ciudad mientras tanto. La documentación registra casos de 18, 20, 26 y 35 años de servicio. Hubo quien fue a Ceuta en cinco ocasiones distintas.

Siendo el servicio militar algo extremadamente gravoso y todavía más en el Norte de África, no extraña que muchos intentasen eximirse. Son así muchas las cartas de exención del servicio militar en Ceuta, pasadas sobre todo a ballesteros del conto. Además, ya en 1433 se pedía que no se excediese el tiempo prescrito para prestar servicio en Ceuta. Los del Algarve dicían: "a serventia de Ceuta é tao

aborrecida aos que lá vao que assim se têm por desterrados quando sao alguns a ela constringidos". Y durante los años 40 y 50 no cesaron las protestas en la zona más meridional portuguesa.

Ceuta y otras plazas funcionaron aún como verdaderos campos de ensayo para caballeros de diversas procedencias geográficas, como por ejemplo aragoneses y flamencos. Los mismos nobles portugueses, con la casa real a la cabeza, hicieron el tirocinio en el Norte de África. Los hijos mayores de Juan I tuvieron su bautismo de fuego en campañas magrebíes (1415), y más tarde los infantes D. Juan (1419) y D. Fernando (1437), el mismo rey Alfonso V y su hermano D. Fernando (1458) así como el futuro Juan II (1471). Mucha de la crema de la nobleza del reino se incorporó en las diversas campañas.

La defensa de Ceuta era llevada a cabo, como se pudo constatar, por la guarnición y la población civil. Se planteó la hipótesis de que allí sirvieran elementos de las Órdenes Militares pero nunca llegó a concretarse. De hecho, siempre inquieto con la defensa de esa Ceuta cristiana, el Papa decretó, en 1456, que hubiese en la ciudad cuatro conventos de las Órdenes Militares (Santiago, Avis, Cristo y Hospital), obligándose cada una a enviar anualmente para allí un tercio de sus efectivos. En 1461, cuando concedió a Alfonso V la administración del Maestrazgo de la Orden de Cristo, Pío II afirmó hacerlo en parte como auxilio para la defensa de Ceuta. En 1462 renovaba la determinación de Calixto III en cuanto a las órdenes, pero en 1464 Pablo II la revocó, en parte por la resistencia del infante D. Fernando, hermano de Alfonso V y Maestre de Santiago, a fundar el convento ceutí. Sin embargo, en 1472, Sixto IV volvió a la determinación de 1456.

La construcción, manutención y reparación de las estructuras de defensa de las ciudades y villas portuguesas fue siempre muy importante. Además de las fortalezas y ciudadelas que conocemos, la documentación revela el nombre de veedores de obras, de escribanos de aquéllos y de obreros, como carpinteros, canteros y maestros de obras. Algunos de ellos desempeñaban funciones en diversas plazas, como por ejemplo, el cantero Rodrigo Eanes que, en 1473, fue nombrado para Ceuta, Alcázar, Arcila y Tánger.

7. Organización eclesiástica

Hasta 1415 existían en el Norte de África diócesis titulares con los denominados obispos *in partibus infidelium*; a continuación, después de esa fecha y por motivos de peso se erigieron diócesis en los nuevos territorios. Ceuta fue como es evidente, la primera en 1421, siguiéndole la de Tánger, tan sólo en 1469 y la de Safi en 1499. Se verifica que estas últimas se fundaron aún antes de las respectivas conquistas por los portugueses, lo que ayuda a demostrar el incentivo papal a estas iniciativas bélicas.

Las diócesis *in partibus infidelium* existían desde el siglo XIII, remontándose a 1225 el primer obispo conocido, concretamente Fray Domingo, obispo de Baeza. Al año siguiente, aparece Fray Agnelo con el título de obispo de Fez. Estos prelados, así como sus sucesores, pertenecían casi todos a las Órdenes de San Francisco y de Santo Domingo que, en realidad, llevaban lo esencial de las misiones en Marruecos.

Con la conquista de Ceuta, se formó la respectiva diócesis. Ya en 1418 el Papa Martín V mandó a los arzobispos de Braga y Lisboa que verificasen la validez de la solicitud formulada por Juan I, a lo que se pronunciaron afirmativamente dos años después. En 1421, fue nombrado para la nueva diócesis de Ceuta, Aymar de Aurillac, franciscano de origen inglés, confesor de D^a Felipa de Lancáster y obispo de Marruecos desde 1413. Quizá se hubiera desplazado a Ceuta. Se sabe que falleció en 1443. Le sucedió al año siguiente, el carmelita D. Fray Joao Manuel, hijo bastardo del rey D. Duarte, transferido en 1459 para Guarda. La diócesis tuvo a continuación diversos administradores apostólicos, acabando por tener, en 1474, un nuevo obispo, D. Joao Afonso Ferraz. Transferido éste, dos años más tarde, a Idanha, le sucedió Martinho Peres, deán de Braga, que no llegó a tomar posesión de su cargo. Por 1477-78 surge un cierto D. Joao Galvao, pero ya en 78 se nombra a D. Justo Baldino, que fallecería en 1493, sucediéndole D. Fernando de Almeida, muerto en 1500.

Para mantener las nuevas diócesis se asignaron bienes en el reino y en el mismo territorio marroquí. La diócesis de Ceuta poseía tierras en el reino. Así, en 1473, Sixto IV integró en ella la comarca eclesiástica de Valença do Minho. Hay que referir además a diversas localidades del Alentejo, como Olivença, que en 1472 fue cedida al arzobispado de Braga. Más compleja fue la cuestión de Tuy y Badajoz. En 1436 el Papa Eugenio IV negó la solicitud hecha por D. Duarte de integrar en la diócesis ceutí los bienes de las catedrales tudense y pacense situados en Portugal. Asintiendo en 1444, el Papa se volvió atrás en la decisión, pues en 1452 Alfonso V pedía a Nicolao V que el obispo de Ceuta pudiese tomar posesión de territorios pertenecientes en tiempos pasados a esos obispados españoles. El referido pontífice confirmó aún en 1452 la decisión de 1444, en lo que le siguieron Calixto III (1456) y Pío II (1463).

En cuanto a los edificios religiosos, los portugueses extendieron catedrales, otras iglesias y conventos por las nuevas ciudades y villas conquistadas. Se conoce a la catedral de Ceuta, fundada en 1421 sobre la antigua mezquita principal, por la famosa imagen de la Virgen de la Asunción, llevada en 1425 y al principio denominada como Virgen Conquistadora y hoy, a causa de la españolización de la ciudad, como "La Portuguesa". De acuerdo con el testimonio del alemán Valkenstein, que la visitó en 1451, allí se regalaban medallas de plomo a los peregrinos.

El convento franciscano fue fundado en 1420 a ruego del infante D. Pedro, y puesto bajo la invocación de Santiago en una antigua ermita del mismo nombre, que fue antes una mezquita. En su primer testamento, redactado antes del desastre de Tánger, el infante D. Fernando lo había elegido para su sepultura, si moría en África. En 1475 Alfonso V concedió privilegio a un servidor del convento y dos años después se dio a los frailes permiso para tener dos mamposteros que pidiesen limosnas en Lagos y Tavira.

También existió el convento de Santo Domingo de Ceuta, fundado en 1451.

La iglesia de Santa María de África encierra una historia legendaria semejante a la de muchos otros templos marianos: la imagen que hoy allí se venera habría sido encontrada en el campo después de la conquista portuguesa, y asociada de inmediato con la que el Emperador Justiniano I enviara a Procopio, gobernador de la ciudad a comienzo del siglo VI. Sin embargo, en su testamento el infante D. Enrique declara, taxativamente, que él mismo envió la imagen en 1421. Añade además que "estabeleci e ordenei a igreja de Santa Maria de África, situada em a cidade de Ceuta". En otro pasaje refiere que, cuando dejó la ciudad en 1415, allí quedaron personas de su casa ordenando la iglesia. Sin embargo, ambas versiones desmienten la versión tradicional, que afirmaba que la iglesia fue levantada por orden del capitán D. Fernando, conde de Arraiolos, para cobijar la imagen hallada después de 1415. La parroquia, que recibió el nombre de la iglesia, fue creada por el Papa a petición del infante D. Enrique, en 1434, con jurisdicción sobre Alcázar Seguer y otras tierras cercanas. En 1443 Eugenio IV donó la iglesia a la Orden de Cristo, que la erigió en encomienda. En 1458, después de la conquista de Alcázar Seguer, Alfonso V entregó el patronazgo de esta iglesia de África. Este templo era visitado por peregrinos en la festividad de la Asunción. En 1460, el infante D. Enrique le dió el encargo de una misa semanal por su alma.

8. Asistencia

Diferentes fueron los asuntos y problemas asistenciales en las plazas portuguesas del Norte de África en el siglo XV. Hay noticia, de que en Ceuta había, al menos un hospital más o menos improvisado, destinado a combatientes y a cautivos, entre otros, y con una incipiente asistencia médica dirigida una vez más, a los heridos en las luchas con los marroquíes. Junto a la iglesia de Santa María de África, se hallaba un hospital para peregrinos pobres, combatientes, cautivos fugitivos y heridos. Fue edificado en 1450 por Fray Paulo Húngaro, de la Orden de Cristo, que seis años después pidió al Papa indulgencia plenaria para todos los que allí viniesen a morir, y para los que contribuyesen a su manutención.

Hay aún noticia sobre algunos profesionales de la salud. El maestro José fue físico del conde D. Pedro de Meneses, sirviendo en la ciudad "muito tempo bem".

Ceuta en el siglo XV

Maestro Guedelha, judío castellano, fue físico y cirujano del conde de Vila Real, y ejerció medicina en Ceuta. Allí también se localiza un físico de la casa del infante D. Pedro, Martinho Valerinho, que un documento de 1442 dice haber servido durante 26 años. En 1455, se menciona a Diogo Salvador que había sido físico en Ceuta, salvando de la muerte a muchos combatientes.

Ceuta fue en diversas ocasiones atacada por la peste: 1443, 1451, 1453 y 1455, no sabiéndose concretamente nada más sobre el asunto.

La redención de los cautivos cristianos en suelo musulmán era un problema grave a considerar en las plazas. Este azote, que ya existía antes de la presencia portuguesa, se extendió desde 1415, pues los conflictos y las muchas almogaverías y actos de corso hacían constante el peligro de caer en manos del enemigo musulmán. Las tareas de rescate de los cautivos estuvieron primeramente a cargo de una orden religiosa, la de la Santísima Trinidad, fundada en 1198 e introducida en Portugal pocos años después. En 1454 la Corona nacionalizó los rescates, creando el Tribunal da Redençao dos Cativos, con un proveedor-mayor, un mampostero-mayor y algunos alfaqueques. Estos últimos, se distribuían por el reino y también por Ceuta, Alcázar Seguer, Arcila y Tánger.

VIVIR EN CEUTA EN EL SIGLO XVI

ISABEL M. R. MENDES DRUMOND BRAGA

Doctora en Historia

Profesora de la Universidad Nova de Lisboa

VIVIR EN CEUTA EN EL SIGLO XVI

En Ceuta, como en las otras plazas portuguesas y castellanas del Norte de África, la vida cotidiana de la población era difícil, o mejor dicho, por lo general se llegaban a sentir más dificultades que las que por esas fechas sentía Europa y, en concreto, la Península Ibérica. Aunque no se dispone de información que nos permita estudiar aspectos como el traje, la habitación, el entretenimiento y el afecto que, en principio, no difieren mucho de lo verificado para Portugal¹, lo mismo no puede decirse con respecto a la alimentación, salud y seguridad de la población.

La defensa era una de las grandes preocupaciones para quienes gobernaban y habitaban la ciudad de Ceuta. Después de la conquista, hubo que establecer una amplia separación para garantizar la protección, constantemente violada por los ataques de los moros. Se delimitó así una frontera² con los mismos elementos materiales que formaban la plaza fuerte, que pasó por sucesivas reparaciones³. Por otro lado, eran diversos los cargos militares, unos relacionados con la vida en el interior de la Plaza - alcaide mayor, alcaide menor, alcaide del mar y alcaide de las puertas - y otros relacionados con las operaciones fuera de las murallas - adalid, almocadén, atajador y escucha-.

Dado el carácter específico de la presencia cristiana en el Norte de África se desarrolló un elaborado sistema de vigilancia, a fin de garantizar eficazmente la seguridad en los alrededores de la ciudad, práctica a que se llamaba "asegurar el campo". Atalayas, atajadores, escuchas y almocadenes, designados todos ellos por "gente del campo", garantizaban el funcionamiento de ese sistema. A los atalayas o vigías les incumbía explorar el terreno junto a las murallas antes de que se efectuara alguna salida al campo; los atajadores se encargaban de descubrir caminos, así como las señales dejadas por los enemigos y observar los posibles sitios de emboscadas; los escuchas debían espigar y los almocadenes funcionar como guías⁴.

Después del abandono de algunas de las plazas marroquíes, durante el reinado de Juan III, hubo que proveer bien las que quedaban para que se mantuviesen en posesión de Portugal. Era el caso de Ceuta. En 1550, el monarca ordenó que allí

debería existir siempre cierta cantidad de armas y de artillería y también de lanzas, picas, ballestas, pólvora, plomo, hilo, alquitrán, pez, sebo, albardas, etc, así como cierto número de gente: tres trompetas, un polvorista, un herrero, un armero y un cerrajero. La artillería, armas y municiones serían enviadas por la Casa de Ceuta y por medio de la factoría de Andalucía⁵.

En 1558, la Corona prescribió un nuevo conjunto de normas con objeto de hacer más efectiva la defensa y, consecuentemente, la seguridad de la población. En la puerta de Albacar estarían, por lo menos, diez arcabuceros (siempre con sus armas cargadas) y diez alabarderos. Tres de ellos deberían posicionarse sobre la puerta, vigilando la llegada de navíos extraños. Todos vigilarían para que ningún moro entrase en la ciudad. Todos los tratos con musulmanes deberían efectuarse extramuros, por el capitán o un representante suyo. Por la noche los soldados se recogerían en el interior y se cerraría la puerta. En la puerta de la Almina habría diez hombres armados, que impedirían la entrada de extraños. La puerta "que sae a ribeira contra Tetuao" estaría siempre cerrada, salvo en casos extraordinarios en que sería custodiada por cuatro bombarderos armados. Día y noche, la guardia de la muralla estaría a cargo de vigías, únicos conocedores de una seña de reconocimiento. En el Albacar se quedarían los vigías además de dos profesionales de la guerra⁶.

Después de Alcázar Kebir, los musulmanes militarmente victoriosos, cobraron ánimo, creyendo que podían reconquistar las plazas bajo dominación cristiana. Por esas fechas, en Portugal la gran preocupación era conseguir rescatar los numerosos cautivos pero, en España, Felipe II no dejó de preocuparse de cuestiones relacionadas con la defensa de las plazas, especialmente Ceuta y Tánger. Así, envió gente y armas, consiguiendo también tomar posesión de las plazas por medio de corregidores. En lo que a Ceuta se refiere, fue el doctor Antonio Felizes de Ureta, corregidor de Gibraltar⁷.

Comentaba una carta de 14 de diciembre de 1579, dirigida por el marqués de Santa Cruz a Felipe II que, si después del abandono de Arzila en el reinado de Juan III, Ceuta y Tánger habían quedado "*muy apretadas*", después de la batalla de los Tres Reyes la situación había empeorado bastante⁸. Convenía pues que se reforzaran las guarniciones de las dos plazas. En abril de 1580, la situación era inquietante. D. Jorge, apeló a Felipe II para el envío de una ayuda que no podría tardar: "*Aquella ciudad de Cepta, tan ynportante, esta del todo perdida y en peligro del tomaren moros, no se le puede de aca acudir que ni ay dinero, ni gente, ni bastimentos ny naide quiere hir a ella*"⁹.

Cuando se tomaban decisiones en el ámbito de la arquitectura militar estaba siempre presente la estructura peninsular de la ciudad, aprovechándose siempre la parte más estrecha del istmo. El frente de la ciudad era su parte más vulnerable.

Allí existía un foso seco que Miguel Arruda transformó en canal navegable; construido en 1549, fue un importante elemento de defensa que, al llenarse de agua, constituía un obstáculo contra la aproximación de extraños así como un factor de insalubridad¹⁰. Con la construcción del foso, la plaza se transformó en una isla unida al continente africano por un puente levadizo, porque ocupaba el istmo entre el continente y la península de Almina.

Siendo la seguridad una cuestión vital, dado el aislamiento de la población en un medio hostil y por las mismas características de ocupación limitada del suelo por parte de los cristianos¹¹, no deja de sorprender la falta de obras y de reparaciones en tiempo oportuno y aún más que la Plaza se hubiera mantenido, a pesar de los muchos sobresaltos, ataques y cercos¹². Sin embargo hay que recordar que en diversas ocasiones, la Corona vendió *padroes de juro* para financiar las obras de reparación de la muralla de Ceuta, como al menos, en 1534, 1547 y 1578¹³.

En 1549, el capitán de Ceuta, D. Afonso de Noronha, informó a Juan III sobre el estado de las obras de Ceuta: "*imda que da banda da terra fyrme esta forte, das bamdas do mar e d' Almyna esta muy fraca, como sempre esteve*"¹⁴. Pocos años después, en 1553, le tocó a Martim Correia da Silva, por entonces capitán de la plaza, informar de que la ciudad necesitaba obras: "*tantas vezes tenho esprito a Vossa Alteza as necessidades d' esta terra que cuidio ja que me pode ser tido mais a importunação que a necessaria lembrança*"¹⁵. El problema continuó en el siglo XVII¹⁶.

Ceuta tenía nueve baluartes y cuatro puertas que se cerraban por la noche o en caso de peligro. El suministro de material bélico y de soldados se hacía, muchas veces, por Andalucía, pero, no siempre el número de hombres y de armas era suficiente. Cuando se observaba algo anómalo, la señal de alarma era dada por una campana que tocaba a rebato en la torre más alta de la ciudad, permitiendo a los que se encontraban extramuros recogerse rápidamente así como sus animales. La campana ahorraba los gastos de pólvora en tiros de artillería. En 1531, reinando Juan III, pero Álvares fundió una campana que pesaba 18 quintales¹⁷ y, en 1551, el monarca refirió la necesidad de Ceuta de poseer varias campanas "hum grande pera repique e quatro pequenos pera as velas"¹⁸.

El cierre de las puertas por la noche o en caso de peligro diurno, llevaba por lo general al cautiverio a los que quedaban extramuros. Fue el caso de Francisco, natural de Ceuta que a los 12 años quedó una noche fuera de las puertas, al no conseguir recogerse a tiempo después de un paseo por los dátilos. Al ver que las puertas estaban cerradas, Francisco se apoyó en las trincheras pero fue capturado por ocho moros y llevado a Tetuán. Quedó cautivo, renegó y se hizo corsario, regresando junto a los cristianos diez años después, cuando la embarcación en que viajaba llegó a la costa en el Algarve¹⁹.

Si bien se vivía en Ceuta, así como en las demás plazas una situación de inseguridad por los ataques recíprocos y el peligro de cautiverio, hubo períodos de paz establecidos tácitamente o por medio de tratados. De cualquier modo, como las dificultades y los daños eran constantes, se tomaron medidas para reducir los problemas de los perjudicados en el ejercicio de sus funciones. Por medio de una provisión, no datada, se estableció que, en caso de pérdida de caballos de atalayas y otras gentes del campo, las víctimas serían resarcidas hasta 40 cruzados para "se encavalgarem", en caso de que no hubiese habido descuido²⁰. Mujeres y niños víctimas indirectas de los moros también disfrutaban de alguna protección. En 1586, en la hacienda real, estaban asentados 14 niños con edades comprendidas entre los seis y los 16 años, a quienes los musulmanes habían dejado huérfanos. Ocho mujeres de atalayas y atajadores cautivos recibían algunas fanegas de trigo para ayuda de su mantenimiento²¹. La Misericordia de Ceuta también llegó a conceder dotes a huérfanas cuyo progenitor había sido muerto por los moros²².

El clima de inseguridad cotidiana era frecuentemente agravado por la falta de suministros. Sabiendo que en esta época, así como en la Edad Media²³, la base de la alimentación era el pan y el vino, y siendo evidente que poco se producía en Ceuta, había que recurrir al aprovisionamiento directo por medio de almogaverías²⁴ y, sobre todo, a la compra de alimentos, especialmente de cereales, a través de la factoría portuguesa de Andalucía²⁵. La pesca y la caza –de perdices, codornices, palomas y conejos²⁶– completaban el cuadro.

No hay que olvidar que, después de la conquista, Ceuta pasó a ser abastecida con géneros provenientes de Portugal, sobre todo de Lisboa, Algarve e islas atlánticas, especialmente las Azores. A esta fuente de abastecimiento se añadió, desde fines del siglo XV, Andalucía. En 1521, la Corona determinó que la distribución de cereales entre la población se haría según ciertas normas. Se prescribió que se entregaría el trigo, primero al capitán, después al contador, al amojarife y a los demás oficiales. Todas las entregas quedarían registradas. Nadie podría entrar en el granero, excepto a la hora de recibir, saliendo de inmediato para dejar paso al siguiente²⁷. En 1548, se estableció que cualquier entrega de bizcocho, centeno, cebada o harina, en sustitución de trigo debería ser convenientemente registrada para que el amojarife pudiese prestar cuentas precisas²⁸. En 1559, se decretó que el capitán y el contador deberían estar presentes a la distribución de cereales entre los habitantes de la ciudad, no autorizándose la apertura del granero en su ausencia²⁹.

Sin embargo, a veces los suministros no eran suficientes y otras veces llegaban con retraso y no siempre en buen estado. Por ejemplo, en 1522, 186 alqueires de trigo provenientes de Andalucía estaban "muito roym que fedya e nem avia homem do mundo que podesse estar"³⁰. Al año siguiente, un cargamento de Lisboa se

componía de cereal "velho e furado"³¹ y, en 1530, el que aportó proveniente de Flandes estaba "podre"³². De ahí que no sea exagerada la referencia a las hambres periódicas o a dificultades significativas, además documentadas.

En 1523, la ciudad de Ceuta envió a Lisboa a Luís Pinto para hablar con Juan III de la "estrellydade que temos"³³. En 1531, la plaza estaba "muyto perdyda a fome como Vossa Merce ve e ho pam que at'aora comemos era tal que muytas creamças e pesoas pereceram por lho tam somentes pode ter naryzes pera ho cheyrar quamto mays pera ho comer"³⁴. Los años de 1539-1541 parecen haber sido particularmente difíciles. En cuanto al primero, la documentación alude "a grande necesydade"³⁵, llegando a enviarse con urgencia, un emisario a Málaga y a Marbella³⁶. En 1540, era patente la "muita fome"³⁷ y en 1541 se hablaba de la necesidad de que el factor abasteciera con trigo a la plaza "pela falta que delle ora nesta cydade ha"³⁸. En 1566, un representante del rey en Puerto de Santa María comentaba que "la ciudade de Cepta y la villa de Mazagón que son dos de los lugares que el rey mi señor tiene en Africa tienen muy gran necesidad de pan cosido porque aunque tienen algún trigo no pudan salir fuera de los lugares a traer leña para lo coser porque los moros están tan cerca que cada día les corren la tierra hasta las puertas de los dichos lugares y a esta causa los vecinos y gente de guerra que en ella ay padescen muy grande necesidad y hambre"³⁹. En ese mismo sentido se pronunció un testigo: "abra ocho días que vinieron de la dicha ciudad unos sus cuñados hermanos de su muger los quales le dixeron y certificaron como en la dicha cibdad avía muy grand necesidad de mantenimiento y qu'estava la gente tal a causa de lo susodicho que estaban algunos para yrse de la tierra porque aunque tenían algun trigo era pouco y los hornos no ardían por falta de leña que no la ay en la cibdad ni podían salir a buscarlla por miedo de los moros que cada día les corren la tierra y no salen a el campo y que a esta causa de agua no tenían abasto para beber y lo mismo le dixeron a este testigo otros dos ombres que ayer bieron de la dicha ciudad donde era vezino y por la necesidad que en la dicha ciudad avía del dicho mantenimiento se sallio della y se vino a esta villa donde al presente vive y para coser pan para su casa y para venirse le cosía y cosía con esteras y con seras de esparto que en su casa tenía por falta de leña"⁴⁰. En 1581, la situación no había mejorado. El corregidor del Estrecho informó a Felipe II que la gente de Ceuta "padesce grandíssima necesidad"⁴¹.

El recurso a las almogaverías compensaba cuando tenían éxito. En estos casos era una realidad la obtención de vacas, carneros, yeguas, bestias diversas, leña e incluso de cautivos. Por ejemplo, en 1522, D. Pedro de Meneses recorrió el campo de Tetuán, matando 20 moros y capturando algún ganado⁴². Pero no fue siempre así. Por ejemplo, el 9 de diciembre de 1588, acosada por falta de alimentos, leña y forraje, la población de Ceuta decidió hacer una incursión a la sierra en el

campo de la Guardia Real, pero el alcaide de Tetuán estaba emboscado y la operación redundó en la muerte de 45 hombres y en la captura de 203 personas de diversas edades y condición⁴³.

Tanto en el período de la unión ibérica como después, se mantuvo el problema del abastecimiento de Ceuta y de las restantes plazas del Norte de África y, ni siquiera el recurso a contratadores iba a cambiar de forma positiva la situación⁴⁴. La alimentación pobre, desequilibrada y deficitaria en vitaminas, concurría a que la población ofreciese escasa resistencia a infecciones, no superando algunas heridas resultantes de accidentes o enfrentamientos con los musulmanes y permitiendo la rápida extensión de epidemia

La documentación cotejada no nos permite identificar enfermedades sufridas por la población de Ceuta por cierto semejantes a las de Europa a excepción de la peste. Efectivamente, en 1574-1579 la peste parece haber hecho muchas víctimas y al mismo tiempo haber servido de pretexto para que los españoles llegasen a la Almina, impidiendo que los moros tomasen la ciudad antes de la aclamación de Felipe II⁴⁵. A la fecha del juramento del monarca, el flagelo ya parecía haberse extinguido⁴⁶. Por otro lado, en la visita efectuada por Jorge Seco en 1586, puede verificarse que las bajas causadas por la peste también se hicieron sentir entre los bombarderos⁴⁷, lo que parece haber puesto en riesgo la siempre precaria defensa. En 1592, hubo un nuevo brote, aunque sin la intensidad del anterior.

Durante el siglo XVI, la vida en Ceuta o en otra plaza portuguesa o española se mantuvo de forma idéntica a la del siglo XV y a la del XVII, resultando ser una situación más difícil que la que se vivía en la Península Ibérica, debido a que el aislamiento en un medio hostil aumentaba las dificultades de aprovisionamiento, facilitaba las emboscadas y propiciaba el cautiverio.

En 1534, D. Duarte de Meneses escribía a Juan III; *"senhor sempre vyvemos nestes medos e nam temos outros proveytos desta nosa guerra, se nam matarao foam catyvarao foam e nam tyrao foam"*⁴⁸. Pocos años después, en 1540, de acuerdo con Sebastiao de Vargas, la situación no había mejorado: *"os caminhos pera Ceita nao sao hoje seguros, porque todas aquelas serras amdao alevantadas e os caminhos se correm commuito rreceo, salvo se vao grandes cafilas e muita jente"*⁴⁹.

Hambres, o por lo menos crisis de abastecimiento, pestes y guerras han sido una constante en la vida cotidiana de las poblaciones cristiana, judía y musulmana. Efectivamente, la coexistencia secular permitió etapas de tolerancia, aunque nunca de pleno entendimiento, básicamente por motivos religiosos.

Gran parte de la población que habitaba Ceuta era portuguesa, registrándose también la presencia de muchos españoles, principalmente de Castilla y de Andalucía. También se encontraban alemanes y flamencos, relacionados sobre todo con actividades de defensa, a la par que italianos, ingleses, franceses y armenios, por lo menos durante el siglo XVII⁵⁰. Se registran también esclavos negros de diferentes etnias convertidos al cristianismo, judíos, moros y moriscos. En este contexto, la actividad de espiar el adversario, convertirlo o traicionarlo, animó a algunos. No fue por casualidad que, a comienzos del siglo XVII, D. Agostinho Ribeiro, obispo de Ceuta, prohibiera los debates sobre las diferentes religiones. Se justificó el prelado con la posibilidad de que los cristianos no letrados blasfemasen⁵¹. Sin embargo, el miedo de que algunos moros llevaran a los cristianos a la apostasía, parece ser una explicación plausible una vez que el cambio de religión no era desusado entre cristianos y moros.

Hay que recordar que la violencia era una constante no siempre resultante del contacto entre personas de credos diferentes. Tengamos en cuenta que Ceuta, así como las restantes plazas, fue lugar de destierro para muchos delincuentes del reino⁵². La ciudad disponía de buenas condiciones para acoger a los prevaricadores: estaba cercada de agua y de musulmanes lo cual implicaba que, al huir, los desterrados renegasen de la fe cristiana. Por otro lado, los que iban para el Norte de África en estas condiciones, se alejaban del lugar del delito ahorrándose otros problemas, al mismo tiempo que poblaban zonas de riesgo. Como resultado de la visita efectuada por Jorge Seco en 1586, se consideró oportuno establecer una serie de disposiciones que indicasen cómo y con qué armas servirían los desterrados y cuáles serían sus obligaciones. Era la respuesta a la situación observada por el visitador: muchos de los desterrados en Ceuta no hacían más que consumir alimentos, recibiendo de la hacienda real una fanega de trigo y 80 reales de sueldo, mereciendo más bien ser castigados como vagabundos, inútiles que, a veces ni siquiera acudían a los rebatos⁵³. No obstante, se veían desterrados desempeñando las referidas funciones de defensa, como el mismo Jorge Seco verificó, destacando a la vez la necesidad de que fueran aprovechados para oficios mecánicos, una vez que recibían medio sueldo⁵⁴. De cualquier modo, Ceuta era también escenario de delitos cometidos por la población local.

Por ejemplo, Nascere, criado moro de D. Luis de Córdoba, morador en Ceuta, hirió a un esclavo y robó cierta cantidad de seda, lo que le costó una condena a las galeras. Sin embargo, D. Luis solicitó el perdón real consiguiendo que su servidor no sufriese nada⁵⁵. Henrique Dias, caballero de la Orden de Cristo, también vecino de Ceuta, agredió a una mujer "saltara com ella queixosa com hum pao e lhe dera pancadas com hua cana de bengalla"⁵⁶, lo que le costó el destierro de un año. De cualquier forma, sólo cumplió cuatro meses, siendo el resto de la pena

conmutada a cambio de 1000 reales para el Arca da Piedade y de otros tantos para la Relação.

Vivir en Ceuta parece haber sido una aventura fascinante y desoladora a la vez. Al colorido de los trajes de los cristianos, judíos y musulmanes, se añadían las lenguas habladas por gentes diversas, las diferentes religiones, la falta de alimentos, el miedo de ser cogido por el enemigo, los conflictos, el cautiverio, las conversiones de cristianos al Islam y de musulmanes al cristianismo, los ataques, pero también la trasposición de un tipo de vida que en todo pretendía asemejarse a la de Portugal: las aclamaciones regias, procesiones, bodas, bautizos y las actividades ordinarias, como los paseos en barco, la pesca, la caza, formas de entretenimiento, de abastecimiento y de asistencia como es el caso de la misericordia estudiada por D. Manuel Cámara, que estuvo marcada por el cumplimiento de las 14 obras de misericordias desarrollando una labor de asistencia benéfica⁵⁷. Vivir en Ceuta era por cierto una aventura arriesgada pero inolvidable para todos los que pasaban por tal experiencia.

NOTAS

- ¹*Nova História de Portugal*, dirigida por JOEL SERRAO E A. H. DE OLIVEIRA MARQUES, vol. V, Lisboa, Presença, 1998 (en prensa).
- ²LUCIEN FEBVRE "Frontière: le Mot et la Notion". *Pour une histoire à Parte Entière*, Paris, SEVPEN, 1962, pp. 11-24.
- ³CARLOS GOZALBES CRAVIOTO, "Ceuta Portuguesa: las Fortificaciones Hispano-Portuguesas del Frente de Tierra de Ceuta (1550-1640)", *Transfretana*, nº 2, Ceuta, 1982, pp. 19-49; Idem, "Las Puertas de la Traición en las Fortificaciones Medievales de Ceuta", *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, vol. 5, Ceuta, 1989, pp. 55-62.
- ⁴ROBERT RICARD, "Le Problème de l'Occupation Restreinte dans l'Afrique du Nord (XV^{3me} - XVIII^{eme} siècle)", *Annales d'Histoire Économique et sociale*, nº 41, Paris, 1936, pp. 428-429.
- ⁵*O Livro Grande de Sampaio ou Livro dos Vedores de Ceuta (1505-1670)*, publicado por José de Esaguy, Coimbra, 1941, pp. 73-75.
- ⁶*O Livro Grande Sampaio* (...), pp. 51-55.
- ⁷Simancas, A.G.S., Secretaría de Estado, leg. 422, doc s/nº.
- ⁸Simancas, A.G.S., Secretaría de Estado, leg. 419, doc. 295.
- ⁹Simancas, A.G.S., Secretaría de Estado, leg. 419, doc. 165.
- ¹⁰ANTÓNIO DIAS FARINHA, "Características da Presença Portuguesa em Marrocos", *Portugal no Mundo*, vol. 1, Lisboa, Alfa, (s.d.), p. 119.
- ¹¹ROBERT RICARD, op. cit., 426-437 Y MERCEDES GARCÍA ARENAL, MIGUEL ANGEL DE BUNES IBARRA, *Los Españoles y el Norte de África*. Siglos XV-XVIII, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 259-264.
- ¹²ISABEL M. R. MENDES DRUMOND BRAGA, "Um Caso de Cooperação Luso-Espanhola: Ajuda Militar a Ceuta (1694-1695)", *Al Qantara*, vol. 13, fasc. 2, Madrid, 1992, pp. 323-348; Idem, "A Defesa Militar de Ceuta (1580-1640)", *Revista Militar*, II século, vol. 49, nº 8-9, Lisboa, 1997, pp. 829-751.
- ¹³JOSÉ DA COSTA GOMES, *Collecção de Leis da Divida Publica Portuguesa*, 1ª parte, tomo 1, Lisboa, Imprensa Nacional, 1883, pp. 140,141-143,157-159.
- ¹⁴*Les Sources Inédites de l'Histoire du Maroc*, 1ª série (Dynastie Sa'Dienne.1530-1660. Archives et Bibliothèques de Portugal), vol. 4, Paris, Paul Geuthner, 1946, p. 329.
- ¹⁵Ibidem, vol. 5, p. 13.
- ¹⁶ISABEL M.R. MENDES DRUMOND BRAGA, "A Defesa Militar de Ceuta (...)", pp. 729-751.
- ¹⁷*O Livro Grande de Sampaio* (...), p. 75.
- ¹⁸Ibidem, pp. 49-50.
- ¹⁹Lisboa, A.N./T.T., Inquisição de Évora, proc. 2235.
- ²⁰*O Livro Grande de Sampaio* (...), p. 39.
- ²¹Ceuta, A.M.C., Revista que el Dr. Jorge Seco Visitador de los Lugares de África paso em Zeuta en el Año de 1586.
- ²²ISABEL M. R. MENDES DRUMOND BRAGA, "A Misericórdia de Ceuta e a protecção às Donzelas. 1580-1640", *Congresso Internacional de História. Missionação Portuguesa e Encontro de Culturas*. Actas, vol.,3, Braga, Universidade Católica Portuguesa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, Fundação Evangelização e Culturas, 1993, pp. 455-463.
- ²³A.H. DE OLIVEIRA MARQUES, *A Sociedade Medieval Portuguesa. Aspectos de Vida Quotidiana*, Lisboa, Sá da Costa, 1981, pp. 7-22-
- ²⁴ISABEL M.R. MENDES DRUMOND BRAGA, "As Almogavérias durante o Reinado de D. Joao III, vistas a través das Cartas de Privilégio", *Mare Liberum*, nº 6, Lisboa, 1993, pp. 83-88; Abel dos Santos Cruz, *A Nobreza Portuguesa em Marrocos no século XV (1415-1464)*, Porto, Dissertação de Mestrado em História Medieval apresentada a Faculdade de Letras da Universidade do Porto, exemplar mimeografado, Porto, 1995.
- ²⁵ISABEL M.R. MENDES DRUMOND BRAGA, *Península Ibérica: um Espaço, dois Reinos* (Interrelações na Época de Carlos V), Lisboa, Dissertação de doutoramento em História Económica e Social apresentada à Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, exemplar mimeografado, 1996, pp. 267-293.
- ²⁶JERÓNIMO DE MASCARENHAS, *Historia de la Ciudad de Ceuta* (...), Lisboa, Academia das Ciências de Lisboa, (s.d.), cap. 3, p. 11.
- ²⁷*O Livro Grande de Sampaio* (...), pp. 35-336.

- ⁸ Ibidem, pp. 32-33.
- ²⁹ Ibidem, pp. 62-63.
- ³⁰ Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte II, maço 100, doc. 3.
- ³¹ Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte II, maço 109, doc. 14.
- ³² Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte I, maço 44, doc. 85.
- ³³ Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte II, maço 107, doc. 62.
- ³⁴ Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte III, maço 11, doc. 33.
- ³⁵ Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte II, maço 230, doc. 3.
- ³⁶ Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte II, maço 230, doc. 47.
- ³⁷ Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte II, maço 231, doc. 72.
- ³⁸ Lisboa, A.N./T.T., Corpo Cronológico, parte III, maço 15, doc. 41.
- ³⁹ TOMÁS GARCÍA FIGUERAS, HIPÓLITO SANCHO MAYI, *Documentos para el Estudio del Abastecimiento de las Plazas Portuguesas desde el Sur de España. Los Expedientes de Abastecimientos de Mazagán, Tânger y Ceuta por Factores Portugueses del Puerto de Santa María (1563-1567)*, Tânger, Instituto General Franco para la Investigación Hispano-Árabe, 1939, p. 61.
- ⁴⁰ Idem, Ibidem, p. 63.
- ⁴¹ Simancas, A.G.S., Secretaría de Estado, leg. 427, doc. s/n°.
- ⁴² *Les Sources Inédites de l'Histoire dy Maroc*, (...), Portugal, vol. 5, pp. 5-6.
- ⁴³ Madrid, B.N., Ms. 9741, fol. 83v.
- ⁴⁴ Santiago de Luxan Meléndez, "Contribución al Estudio de los Presidios Españoles del Norte de Africa. Las Dificultades de la Plaza de Ceuta para Abastecerse de Trigo (1640-1668)", *Hispania*, nº 130, Madrid, 1975, pp. 333-342.
- ⁴⁵ Simancas, A.G.S., Secretaría de Estado, leg. 419, doc. 165.
- ⁴⁶ Simancas, A.G.S., Secretaría de Estado, leg. 416, doc. 322.
- ⁴⁷ ENRIQUE JARQUE ROS, *La Peste Bubonica y Ceuta*, Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, 1988, p. 202.
- ⁴⁸ *Documentos do Corpo Cronológico relativos a Marrocos*, publicados por António Baiao, Coimbra, Imprensa da Universidade, 1925, p. 14.
- ⁴⁹ *Les Sources Inédites de l'Histoire du Maroc*, (...), Portugal, vol. 3, p. 298.
- ⁵⁰ CARLOS POSAC MON, *La Última descada Lusitana de Ceuta*, Ceuta, Publicaciones del Instituto Nacional de Enseñanza Media, 1967, pp. 43-44.
- ⁵¹ PEDRO DE AZEVEDO, "A Inquisição em Mazagao em 1607 e 1609", *Revista de História*, nº 17-20, Lisboa, 1916, pp. 334-335.
- ⁵² PAULO DRUMOND BRAGA, "Transferência de Degredados: De e para Ceuta (Portugal, meados do Século XV)" *Ceuta Hispano-Portuguesa*, direcção Alberto Baeza Herrazti, Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, 1993, pp. 145-153.
- ⁵³ *O Livro Grande de Sampayo* (...), p. 69.
- ⁵⁴ Ibidem, p. 131.
- ⁵⁵ Lisboa, A.N./T.T., Chancelaria de D. Sebastiao. Perdoes e Legitimações, liv. 21, fol. 12 v.
- ⁵⁶ Lisboa, A.N./T.T., Chancelaria de D. Sebastiao. Perdoes e Legitimações liv. 42, fol 100 v.
- ⁵⁷ *Manuel Cámara del Río, Beneficencia y Asistencia social: La Santa y Real Hermandad, Hospital y Casa de Misericordia de Ceuta*. Ceuta, Instituto de Estudios ceutíes. Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1996.

INDICE

DEDICATORIA	7
SALUTACIÓN	15
<i>Pedro José Gordillo Durán</i>	
PRESENTACIÓN Y CONCLUSIONES	17
<i>Manuel Camara del Río</i>	
CEUTA LUSITANA	27
<i>Alberto Baeza Herrazti</i>	
CRÓNICAS DE LA CEUTA PORTUGUESA DESDE LA CONQUISTA HASTA LA INCORPORACIÓN A LA CORONA DE FELIPE II	43
<i>Carlos Posac Mon</i>	
CEUTA EN EL SIGLO XV	63
<i>Paulo Drumond Braga</i>	
VIVIR EN CEUTA EN EL SIGLO XVII	91
<i>Isabel Drumond Braga</i>	

